HARLEQUIN®



BIANCA®

aventura, intriga, pasión

Novelas con corazón®

Venganza por honor

Alex Ryder

315Ptas

Venganza por honor

Alex Ryder

Venganza por Honor (1995)
Título Original: Dark avenger
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 748
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nikos y Carrie Stevens

Argumento:

Cuando el hermano de Carrie Stevens escapó con la hermana de Nikos después de embarazarla, Nikos decidió vengarse utilizando a Carrie, quien de pronto se vio envuelta en una trampa…

Capítulo 1

Las súplicas y amenazas de Carrie no sirvieron de nada. Desesperada, volvió a intentar arrancar el viejo motor, pero no logró ponerlo en marcha. Blasfemó en voz baja al salir del reducido compartimento para subir a cubierta y respirar aire puro.

Este no era su trabajo, pensó enfadada; sino de Jimmy, quien debería haber llegado hacía una hora. Protegiéndose los ojos contra el sol, buscó con impaciencia a su hermano pequeño en el muelle; decidida a hablar con él seriamente. Clavó la mirada en las casas pintadas de blanco y en las tiendas del puerto. Era probable que estuviera en una taberna, mirando con romanticismo los ojos oscuros de alguna belleza de la localidad, actitud comprensible en un muchacho de diecinueve años, pero ya era hora de que recordara sus obligaciones. Tenía que ganarse la vida y si no entregaban esa misma noche el cargamento de provisiones al equipo arqueológico en Desvos, como lo habían prometido, se quedarían sin un cliente más.

El sudor corría por su cuello. A ella también le gustaría estar en una taberna y saborear una bebida fría, reflexionó. El calor de agosto en el Egeo era insoportable y estuvo a punto de zambullirse en las aguas azules del mar para refrescarse.

El Miranda se mecía con suavidad sobre las olas que provocaba otro barco que abandonaba el puerto, y Carrie se enjugó el sudor con un trapo grasiento. Necesitaba un nuevo motor. «¡Maldición, no nos engañemos, Carrie Stevens!» El Miranda mostraba el deterioro del tiempo y era indispensable hacerle una total revisión y pintarlo, pero, como de costumbre, les faltaba tiempo y dinero. Su supervivencia dependía de ofrecer un servicio normal y confiable a las islas más pequeñas. Una buena revisión les llevaría un mes, tiempo suficiente para que algún competidor se les adelantara.

De nuevo miró al muelle con las cejas fruncidas y bajó otra vez al compartimento del motor.

Presionó una vez más el botón de arranque, y su cara mostró su desesperación cuando el motor se limitó a hacer un ruido, en vez de funcionar.

Eso ya había sucedido antes pero Jimmy, con una llave, lograba ponerlo en marcha. Debió poner más atención, pero siempre le tuvo miedo a las cosas mecánicas, quizás era una especie de bloqueo mental. Incluso su padre, cuando vivía, nunca consiguió quitarle ese temor y se limitó a enseñarle náutica; a conocer el tiempo, las mareas, las corrientes y a leer una carta de navegación. Con la ayuda de una brújula y un sextante era capaz de navegar alrededor del mundo, si fuera necesario, pero desconocía los misterios de las válvulas, las bombas y los pistones.

Pero de ahora en adelante las cosas iban a cambiar se prometió a sí misma. Los dos tenían los mismos intereses en el Miranda y cada uno debería aprender el trabajo del otro para que en una emergencia cualquiera de los dos supiera ponerse al timón del barco. Tenía la sensación de que, ahora, otras cosas ocupaban la mente de Jimmy. Llegaría el momento en que se cansaría de llevar esa rutina, de ir de acá para allá entre las islas. Era probable que decidiera regresar a Inglaterra para buscar una bonita chica y quedarse allí. ¿Quién podría reprochárselo?

Si eso llegara a suceder Carrie no podría hacer nada. Aunque el Miranda había visto tiempos mejores, por lo menos le procuraba algo que para ella valía más que nada: independencia, la cual en una ocasión estuvo a punto de cambiarla por un anillo de matrimonio, pero las promesas de Victor, al igual que todo lo relacionado con él, resultaron falsas.

Más frustrada que nunca, una y otra vez insistió en poner en marcha el motor sin resultado alguno.

—Si continúa haciendo eso, se quedará sin batería —una voz en la cubierta rompió el silencio.

Al volver la cabeza vio una silueta alta contra el cielo azul.

Frunció las cejas, indignada por el atrevimiento del desconocido de entrar a su barco, pero se controló. Tal vez se trataba de un cliente importante.

Salió a cubierta y parpadeó ante la intensa luz del sol, y miró al recién llegado.

—El motor no… —su voz se apagó ante el impacto de la apariencia del desconocido.

—¿No qué? —preguntó con voz profundamente masculina.

—No funciona —explicó—. No puedo… ponerlo en marcha —¿qué diablos le pasaba?, se preguntó. ¿Por qué se comportaba como una colegiala nerviosa? ¿Acaso por aquellos ojos que la inspeccionaban de arriba abajo?

Era alto, de hombros anchos y caderas estrechas, pero sin duda, aquellos ojos era lo que llamaba más su atención. Ojos verde jade, más atractivos aún en una persona de piel oscura. Llevaba pantalones oscuros y una camisa blanquísima desabotonada para dejar al descubierto los músculos del pecho y su piel bronceada por el sol. Un elegante reloj de oro brillaba en su muñeca y sus zapatos eran italianos, confeccionados a mano.

Sentía que el corazón le daba un vuelco, por la vergüenza. Si era un cliente potencial, Carrie temblaba ante la mala impresión que le estaba causando. El viejo barco de pesca tenía la pintura en pésimas condiciones, la madera decolorada por el sol y el motor roto y la apariencia desaliñada de la chica tampoco inspiraba confianza, su rubio cabello estaba cubierto por una gorra de béisbol manchada de grasa. La bata de Jimmy le quedaba enorme y su cara estaba manchada de aceite.

El hombre la inspeccionó con rapidez y después de observar el desorden de la cubierta, clavó la vista en ella una vez más y, después de un silencio exasperante, habló con brusquedad:

—Busco a la señorita Stevens, la propietaria de este… este trasto flotante. ¿Dónde está?

Su tono despreciativo y la descripción del Miranda la irritó, pero se tragó su orgullo.

—Yo soy Carrie Stevens —afirmó con serena dignidad. Hizo un ademán de desconcierto al volver la vista al compartimento del motor—. No es nada serio. Mi hermano llegará en cualquier momento y lo arreglará.

—¿Es usted la hermana mayor de James Stevens? —replicó con un tono de decepción.

¿Quién diablos se creía que era ese hombre para hablarle de aquella manera? ¿Y qué tenía que ver con Jimmy? Su hermano nunca le había dicho que conociera a un extranjero alto, moreno, de

ojos verdes y con una risa sarcástica.

—¿Para qué quiere verme exactamente, señor…? —le preguntó con voz glacial.

—Lo sabrá a su debido tiempo —le informó, áspero—. ¿Puedo sugerirle que se ponga algo más adecuado para una mujer y se quite la mugre de la cara? Sólo entonces le contestaré.

—Mire, no… no esperaba a nadie —explicó resentida al tiempo que se ruborizaba—. Estamos a punto de zarpar. Además a nadie le importa lo que me ponga para trabajar.

El desconocido hizo caso omiso del arrebato de la muchacha y caminó hacia el compartimento del motor. Después de echar una mirada sacudió la cabeza y se volvió hacia ella.

—¿Dónde compró el motor? ¿En un museo?

—No está en tan malas condiciones —apretó los dientes y también los puños a su espalda—. Reconozco que está viejo, pero una vez que empieza a funcionar trabaja bien. Jimmy lo arregla, ya lo ha hecho varias veces sin problema alguno.

—Ah, sí, James Stevens —una sonrisa de desagrado apareció en el rostro del recién llegado—. O Jimmy, como lo llama cariñosamente. Por desgracia no está aquí ahora que lo necesita, ¿verdad? —Consultó su reloj—. Qué lástima. Me dijeron que era imprescindible que entregara el último cargamento de Desvos a las ocho de la noche. Es un trayecto de seis horas en un barco de este tipo y ya ha perdido dos horas.

—Llegaremos a tiempo —aseguró con una confianza que no sentía. ¡Maldito Jimmy! Si hubiera sido puntual, ya estarían de camino a Desvos.

El desconocido se quitó la camisa y la colgó con cuidado en la barandilla. El movimiento la sorprendió por completo y miró fascinada su cuerpo bronceado, esbelto y musculoso. A la luz del sol, la piel varonil brillaba como seda, al fin recuperó la voz y respiró hondo.

—¿Qué… qué hace?

—Voy a arreglar el motor —contestó—. Y usted, señorita Stevens, va a ir abajo para que se arregle un poco, y yo pueda

darme cuenta de cuál es su verdadera apariencia.

Abrió la boca en señal de protesta, pero de inmediato la cerró pues la mirada de aquellos ojos verdes la hizo estremecerse. «No es la clase de hombre con el que se puede discutir», se dijo a sí misma. Era fácil detectar que estaba acostumbrado a que la gente obedeciera de inmediato sus órdenes, y aunque carecía del derecho legal de subir a bordo, no intentaría discutir la ley con él, pues ni siquiera le prestaría atención.

Con un gran esfuerzo, adoptó un aire de indiferencia y levantó los hombros.

—Estaba a punto de lavarme cuando usted apareció. Y si le gusta arreglar motores, continúe. No es mi intención interrumpirle.

Deprisa bajó por la escalera y cerró la escotilla firmemente. ¿Quién diablos era ese desconocido y qué quería?, se preguntaba. La gente con zapatos italianos hechos a mano y con relojes de oro no contrataban barcos como el Miranda. Era más probable que continuara por la costa hacia la propiedad de la familia Spirakis, para alquilar uno de sus flamantes barcos de motor.

Carrie frunció las cejas. A menos… a menos que buscara algo turbio. ¡Contrabando, por ejemplo! ¿Parecía un tipo sospechoso? Sí, muy sospechoso y peligroso, como un miembro de la mafia griega en caso de que ésta existiera.

Cuando llegara Jimmy, le diría que no les interesaba tratar con él y lo mandaría al diablo.

En su reducido camarote se dio una ducha y después de secarse se puso unos vaqueros limpios y una camiseta de algodón blanco. Luego se cepilló el cabello.

Después de unos momentos, bajó el cepillo y se estiró para mirar la estropeada fotografía de su padre. Se la habían hecho un poco antes de que muriera. Estaba de pie en la cubierta del Miranda, sonriente y con un aspecto indestructible. Cada vez que se deprimía, Carrie miraba esa fotografía y de inmediato se animaba, dispuesta a luchar por lo que era de ella y de Jimmy.

El Miranda fue el orgullo y la alegría de su padre. Como ex-marino que era, siempre soñó con tener su propio barco, pero su matrimonio impidió que esa ilusión se hiciera realidad. Cuando la

madre de Carrie vivía, él trabajaba en una oficina de nueve a cuatro y aunque odiaba ese empleo, nunca se quejó.

Ella tenía doce años y Jimmy sólo cinco cuando su madre murió. Un borracho la había atropellado matándola en el acto.

La tragedia la destrozó, pero la agonía no terminó ahí. El conductor quedó libre con una multa de quinientas libras y dos años de retirada de carnet.

La compensación económica que les entregó la compañía aseguradora del conductor fue igualmente ridícula y pronto su padre los llevó a ella y a su hermano a Grecia. Después, les explicó que los recuerdos de su madre eran demasiados y que le resultaba imposible pensar en trabajar en una oficina el resto de su vida.

Había encontrado el Miranda abandonado en un muelle, en un lugar llamado Kiparissia. Era un barco de pesca de dieciocho metros, y todos se enamoraron de él de inmediato. Ese día su padre llegó a un acuerdo con el dueño, y dos días después salieron hacia cabo Matapán, y más tarde, al Egeo con sus miles de islas diseminadas como esmeraldas verdes a través del reluciente mar azul.

Durante dos meses, su padre se conformó con zarpar cada vez que deseaba hacerlo. Pero en el fondo de su mente, debió preguntarse de qué iban a vivir cuando el dinero se agotara, pero lo dejó en manos de la suerte.

Una tarde anclaron en la bahía de una pequeña isla. Un hombre en la playa les hizo señas con un pañuelo. Su padre utilizó la lancha pequeña para llegar a tierra y regresó con la noticia de que lo había contratado para llevar a la siguiente isla a un grupo de quince personas que celebraban una boda.

El dueño del barco que se suponía iba a llevarlos había bebido demasiado la noche anterior y aún estaba recuperándose.

Cuando terminaron ese trabajo, uno de los invitados de la boda los contrató para llevar una docena de ovejas al mercado más cercano.

Rápidamente el negocio creció. Las islas más grandes eran atendidas por las líneas habituales de transbordadores, pero las más pequeñas y alejadas necesitaban con urgencia los servicios de

barcos como el Miranda.

Habían sido los dos años más maravillosos de su vida, pero no pudieron continuar. Su padre decidió que tenían que seguir con sus estudios y los mandó a un colegio interno en Inglaterra.

Después de la cómoda y placentera vida a bordo del Miranda, los rigores y la disciplina de una escuela estricta fue como una ducha de agua fría. Pero ahora, Carrie se daba cuenta de que había sido una experiencia valiosa.

Grecia estaba a unas horas en avión, y ella y su hermano volaban allí cuando tenían vacaciones para pasar unas maravillosas semanas con su padre.

En esa época, la chica cometió el error más grande de su vida. Incluso ahora, siete años después, se sentía incómoda cada vez que lo recordaba. Tenía dieciocho años, cuando decidió quedarse en Inglaterra para asistir a la universidad, pero al final no se matriculó en ninguna y sólo se dedicó a hacer tonterías.

Después de colocar de nuevo la fotografía de su padre, se miró al espejo. No, no era el momento de pensar en Victor, pertenecía al pasado y no deseaba abrir viejas heridas.

En aquella época, triste y herida, Carrie pensó en irse con su padre, pero enseguida cambió de opinión. En primer lugar, Jimmy aún estaba en la escuela y no quería dejarlo solo. Pero existía una razón más fuerte y sombría… culpabilidad y un sentimiento de fracaso. La única manera de remediarlo era quedarse y sacarle el mejor provecho.

Se inscribiría en una escuela para hacer un curso de dos años sobre administración, y una vez con su diploma buscaría un empleo digno de sus habilidades.

Encontraría trabajo, de telefonista o camarera de media jornada, cualquier cosa que le diera de comer.

Consiguió un trabajo en una agencia de viajes, donde sus conocimientos de las islas griegas fueron una excelente ayuda, pero ver aquellos fantásticos folletos de viaje sólo la perturbaron y la hicieron anhelar una vez más, subir a un barco.

Dos años después su padre murió en un trágico accidente. Jimmy ya había salido de la escuela e iniciado un aprendizaje en un

taller mecánico de la localidad. Los dos tomaron un avión para asistir al funeral y se consolaron mutuamente en aquellos momentos tan tristes.

Una vez que terminó el entierro, el abogado de su padre los condujo a su oficina.

Había poco dinero, les explicó, pero si les interesaba podrían vender el Miranda, pues estaba seguro de encontrar un comprador dispuesto a pagar un precio razonable.

—¡No! —los dos hermanos rechazaron al unísono el ofrecimiento, e intercambiaron una mirada de comprensión. El Miranda había sido el sueño de su padre y venderlo a un desconocido sería un insulto a su recuerdo. Además, Inglaterra ya no tenía nada que ofrecerles. Se quedarían con el Miranda para continuar el negocio que su padre había iniciado.

El abogado los miró con desconfianza, pero cuando ella le aseguró que entre los dos podrían hacerse cargo del Miranda, accedió de mala gana y los ayudó a preparar todas las formalidades y el papeleo.

Tres días después, llenos de optimismo y con una lista de los clientes de su padre, zarparon en el Miranda para entregar un cargamento de tuberías y una bomba de agua para facilitar la vida de los habitantes de una isla al sur de Naxos…

Un ruido interrumpió sus pensamientos y se estremeció un poco cuando el motor comenzó a zumbar. Sin duda Jimmy había llegado y podría decirle al desconocido que se fuera.

Se miró al espejo con ojo crítico. Los años al sol habían aclarado su cabello rubio para darle un tono platino. Por comodidad lo llevaba corto, pero hacía tiempo que no iba a la peluquería y se lo recogía con una cinta. Nunca se maquillaba, ni siquiera en las raras ocasiones en que visitaban las islas más grandes, durante la temporada de turismo.

Se puso unas sandalias y subió a cubierta.

Paralizada por la sorpresa, emitió un gemido de ira. El desconocido no sólo había puesto el barco en marcha, sino que ahora se encontraban a una distancia considerable del malecón ¡rumbo a mar abierto!

Desesperada, miró hacia todos lados en la cubierta y dentro del compartimento del motor, pero no encontró indicio alguno de su hermano.

—¡Qué diablos hace? —preguntó furiosa mientras entraba en la caseta del timón—. Vuelva al puerto inmediatamente.

El desconocido la ignoró por unos momentos mientras consultaba la brújula.

Aún no se había puesto la maldita camisa, observó Carrie con desagrado.

—Volvamos —lo miró, enfadada—. No hemos recogido a mi hermano.

El hombre recorrió su cuerpo con la mirada, con gran interés y cuando levantó una ceja oscura con gesto burlón, sus facciones adoptaron una apariencia diabólica.

—Sin duda usted no es la mujer con la que he hablado hace unos minutos ¿verdad? —Arrastró las palabras—. La otra estaba manchada de aceite y no tenía atractivo alguno. No puede ser la Carrie Stevens que he venido a ver.

La chica se sintió prácticamente desnuda bajo aquella mirada lasciva y la boca se le secó.

—Mi… mire —tartamudeó—… no tiene derecho de…

—No esperaba a alguien con tanto atractivo sexual, señorita Stevens. Pero esto hará que mi misión resulte un placer en vez de una obligación.

No sabía de lo que hablaba el desconocido, pero presintió que estaba en peligro. Después de respirar profundamente, puso las manos sobre las caderas.

—Voy a denunciarle a la policía.

—No lo hará, señorita Stevens —mostró su impecable dentadura en una sonrisa irónica—. «Señorita Stevens» es demasiado formal. Como vamos a tener una relación muy íntima, de ahora en adelante la llamaré Carrie. Soy Nikos Spirakis —hizo una pausa y por un instante sus ojos verde jade brillaron divertidos—. ¿Significa mi nombre algo para usted Carrie?

—No. ¿Por qué debería significar algo? Nunca… —cortó la frase

cuando un repentino pensamiento le pasó por la cabeza. ¿Spirakis? ¡No era posible! Y sin embargo… Había algo en él. Poseía esa fría seguridad en sí mismo que sólo proviene del poder y la riqueza. Lo observó con mayor atención, antes de contestarle indecisa—: La… la única familia Spirakis que he oído nombrar son los dueños de la mitad de los barcos de Grecia y de los olivares.

—Sé con exactitud lo que poseemos. Podría afirmar que somos una de las familias más ricas y poderosas de Grecia —en su voz no había petulancia, se limitaba a afirmar un hecho.

Carrie tragó saliva. Todo el mundo sabía quién era la familia Spirakis.

—No me importa lo rico o poderoso que sea usted, señor Spirakis —dijo controlando el miedo que sentía en el pecho—. No tiene derecho de estar en este barco. Si no lo conduce al muelle, lo haré yo misma. Mi contrato indica que estaré fuera más de un mes y no puedo dejar abandonado a mi hermano. Al menos tendré que saber si le ha pasado algo.

—Le aseguro que su hermano está sano y salvo —después de una pausa agregó con suavidad—: Al menos por el momento. Su bienestar depende de usted.

—¿Qué quiere decir? —La palidez cubrió su rostro—. ¿Dónde está?

—Trabajando en uno de nuestros olivares, bajo la supervisión de mi tío y mis primos. Por lo menos, le daré tiempo para que reflexione en el error que cometió.

—No sé de qué me habla, señor Spirakis, pero le advierto que si algo le pasa a Jimmy, yo…

—Supongo que quiere mucho a su hermano —ignoró la amenaza de la chica y la contempló con sarcasmo.

—¡Maldición! —exclamó, furiosa—. ¿Por qué me hace esa pregunta tan estúpida? Desde luego que quiero mucho a mi hermano. Es mi único familiar.

—¿De modo que hace la vista gorda con respecto a la forma de vida tan promiscua de él, porque es su hermano? —preguntó con severidad.

—¿Jimmy? —Abrió la boca sorprendida y rió con incertidumbre —. ¿Promiscuo? Usted está loco.

—Quizá no lo conoce tan bien como supone —refunfuñó él—. Es un joven atractivo y agradable. La mayoría de las chicas lo encontrarían irresistible. ¿Espera que le crea que no ha explotado esas ventajas para su propio beneficio?

—Jimmy no es así —lo defendió acalorada—. No niego que salga con muchachas si se le presenta la oportunidad, pero jamás perjudicaría… a ninguna de ellas.

—Por favor. No es lógico que un muchacho de diecinueve años presuma de sus conquistas con su hermana mayor, ¿verdad?

El miedo crecía en el interior de Carrie. Aunque tenía una vaga idea de a dónde quería llegar ese hombre, rezó con fervor para que sus sospechas fueran infundadas.

Nikos Spirakis notó que el rostro de la chica revelaba emociones conflictivas y movió la cabeza con satisfacción, como si hubiera puesto el dedo en la llaga.

—Quizá sea un consuelo para usted saber que su hermano la adora. Al menos es lo que le pareció a mi tío, el cual sostuvo una larga conversación con él.

—Siempre hemos estado muy unidos —dijo con rapidez.

—Magnífico. Si fuera de otra manera, estaría perdiendo el tiempo aquí —la recorrió con la mirada—. Ahora, para cambiar de tema, hablemos de usted, ¿de acuerdo? Háblame de sus amigos… de sus amantes. ¿La promiscuidad es común en su familia?

—Váyase al diablo —sus mejillas se enrojecieron y apretó los puños.

—Si me voy al diablo, también se irá su hermano —la miró en silencio y levantó los hombros.

El tono inequívoco de amenaza hizo que Carrie se estremeciera otra vez y luego suspiró profundamente.

—Sólo… tuve un novio, hace varios años.

—¿Cree que soy tonto, señorita Stevens? —levantó una ceja con franca incredulidad.

—Mire, me importa un comino si lo cree o no —apretó los dientes y sus mejillas se arrebolaron de nuevo—. Dirigir este barco me mantiene ocupada y no tengo tiempo para enredos sentimentales.

—¿No tiene tiempo? —preguntó pensativo—. ¿O no le atraen? —la retó—. Ahora es una buena oportunidad de averiguarlo —sugirió con suavidad.

Carrie intentó dar un salto hacia atrás, pero él fue más rápido y la aprisionó entre sus brazos. El grito de protesta se ahogó en un jadeo cuando el desconocido la apretó contra su pecho.

—Un cuerpo suave, flexible —susurró al tiempo que le sonreía —. Ahora veremos si sus labios son igual de complacientes —levantó una mano para sujetarla del cabello y Carrie miró temerosa las profundidades insondables de aquellos ojos verde mar.

La chica cerró los ojos con rapidez cuando él acercó su boca a la de ella. El desconcierto la mantuvo inmóvil y apretó los labios. Sin dejarse intimidar por la negativa inicial de corresponderle, la lengua de Nikos comenzó a atormentar y a explorar su boca hasta que al fin logró introducirla entre aquellos cálidos labios. Oh, Dios, pensó Carrie. ¿Cuándo fue la última vez que la besaron así? Aquella era una provocación irresistible y se dio cuenta de que sus miembros perdían fuerza.

A través de la camiseta de algodón, percibía la calidez del pecho de aquel hombre y el ritmo de su corazón, y se avergonzó de no llevar sujetador puesto, ya que sentía que los pezones se le endurecían sobre el cuerpo masculino, lo que sin duda lo excitaría aún más. Sus manos la traicionaron cuando hizo el intento de apartarlo pues se deslizaron entre sus brazos y le apretó la espalda. El roce de la piel masculina provocó un estremecimiento a través de los muslos.

Mientras la lengua de Nikos seguía explorando en el interior de su boca, ella comenzó a reaccionar, al principio con lentitud después, el deseo la invadió haciéndole olvidar la sensatez y su lengua comenzó a contestarle con erótico abandono. Todas las terminales nerviosas de su cuerpo se estremecieron de placer al sentir que Nikos deslizaba las manos debajo de su camiseta. Carrie gemía mientras él le acariciaba los pechos. Su toque era un fuego…

que la marcaría para siempre.

Cuando la rodilla del desconocido trató de separar sus muslos ella luchó con desesperación por recobrar el juicio. Avergonzada, lo empujó con fuerza.

—¡Basta! —con desesperación apartó su boca de la de él—. Suélteme, maldición.

Privado de las delicias de aquella boca, los labios de Nikos descansaron sobre el cuello de Carrie y comenzaron a trazar un sendero de sensualidad desde la oreja hasta el hueco del cuello. Cuando estaba a punto de rendirse para aliviar aquel deseo incontrolable, una partícula de sensatez brilló en el torbellino de la mente de Carrie, quien alzó las manos para obligarlo a apartar la cara.

Con un gruñido, él la soltó, haciéndola tambalearse sobre sus talones. Al tocarse la mejilla y ver una pequeña mancha de sangre en sus dedos, Nikos esbozó una mueca sombría.

—De modo que la hermosa rosa inglesa tiene espinas con las que lucha para defender su honor. No tiene idea de cuánto me agrada su actitud, Carrie.

Aunque el arañazo no había sido intencionado, no iba a decírselo.

—Si vuelve a tocarme no será un simple arañazo lo que tenga en su cara.

—No se preocupe, señorita Stevens —descartó su amenaza con una sonrisa fría, burlona—. No tengo intención de volver a hacer un esfuerzo por seducirla. Si sólo fuese su cuerpo lo que me interesara, ahora mismo la tumbaría sobre la cubierta y sin duda se retorcería de placer.

La respiración de Carrie volvió a la normalidad, su mente de nuevo comenzó a funcionar con prudencia. Bajó la vista al darse cuenta de que su amenaza había sido ridícula. Su fuerza no podía compararse con la de un hombre como él, y si en realidad hubiera querido hacerla suya, no se habría detenido por un simple arañazo ni por su negativa. Ahora lo único que sentía era indignación contra sí misma por su debilidad y su facilidad para excitarse.

—¿Qué se supone que le ha hecho mi hermano para que se crea

con algún derecho sobre mí?

—A mí no me ha hecho nada, Carrie —aclaró con una voz que de manera inesperada revelaba amargura e ira—. A mi hermana… Helen.

Una mano helada le apretó el corazón obligándola a morderse un labio. Ahora todo estaba claro, pues era consciente de la importancia del honor familiar en hombres como él. La idea de que un vulgar marinero se fijara en su hermana debió de ser el peor insulto.

—Mire —declaró ella con calma—, Jimmy siempre me hace caso. Le… pediré que de ahora en adelante se mantenga alejado de su querida hermana. De todos modos, estoy segura de que no quiso molestarla.

—Helen es una chica preciosa —la examinó una vez más con la mirada—. Tiene dieciocho años —explicó con amargura—, y estaba comprometida con el hijo de un amigo. Iban a casarse dentro de seis meses, pero gracias a su hermano, la boda no se llevará a cabo.

—Oh, por favor —protestó—. El hecho de que Jimmy haya salido con su hermana no significa que…

—Hizo algo más que «salir» con ella —la interrumpió cortante —. La deshonró. Está embarazada y su hermano es el padre de ese niño.

Carrie palideció y lo miró con incredulidad, luego habló en voz baja:

—Eso… eso no es verdad. Jimmy no sería tan tonto… quiero decir… quizá está equivocado —de inmediato comprendió la impertinencia de su comentario y con una mueca de desagrado esperó la contestación de su interlocutor.

—No me considere un estúpido. ¿Cree que habría venido sin tener la más completa seguridad de lo ocurrido?

Sintiéndose enferma, llena de frustración, se mordió el labio inferior. ¿Cómo podía ser Jimmy tan estúpido? Maldito cretino. Habría sido ya bastante reprobable que lo hiciera con otra muchacha, pero tenía que mezclarse con alguien del clan Spirakis; tal vez no sabía quién era ella, pero de todas formas debió ser más respetuoso con la chica. Se sintió avergonzada por el

comportamiento de su hermano.

Miró con indecisión el rostro indignado de Nikos y estuvo a punto de preguntarle si estaba seguro de que su hermana no había provocado a Jimmy, pero se arrepintió.

—La situación es tan incómoda para mí como para usted —advirtió con aire resignado—, y compadezco a su hermana. La acción de Jimmy es imperdonable, pues ya tiene suficiente edad para saber lo que hace. Pero no sé cómo actuar.

—Al menos está de acuerdo con que debería recibir un castigo ¿no es verdad?

—¿Qué clase de castigo? —preguntó con cautela. Había oído algunas descripciones gráficas de la forma en que esos griegos arrogantes y soberbios devolvían los insultos al honor de su familia. Y si la familia era rica y poderosa, la policía acostumbraba a darles la razón.

—Ojo por ojo, señorita Stevens —le advirtió con una sonrisa lúgubre—, y diente por diente. Estoy seguro de que conoce la referencia bíblica, ¿no es cierto?

Al principio, Carrie no comprendió de qué le hablaba, pero enseguida cayó en lo que quería decir.

Al darse cuenta del efecto que su amenaza ejercía sobre ella, inclinó la cabeza con irónico regocijo.

—Sí, señorita Stevens. Después de todo, es sólo una justicia común. Puedo actuar con usted de la misma forma en que lo hizo su hermano con mi hermana —se detuvo como si quisiera asegurarse de que ella no dudaba de la suerte que correría y sonrió por anticipado—. Voy a seducirla y a dejarla embarazada, señorita Stevens.

Por un momento ella se quedó sin respiración por la absoluta insensibilidad del hombre y después lo miró con una mezcla de menosprecio e ira.

—De modo que me mintió y después de todo pretende violarme, como la bestia que en realidad es —bufó con desdén—. Aunque sea rico y se considere un hombre de honor, en lo que a mí respecta, alguien que pretende hacer tal cosa vale menos que la espuma de los canales del Pireo.

—Está equivocada, mi querida Carrie. No voy a violarla. Al contrario. Usted misma va a suplicarme de rodillas que le haga el amor.

—Debe de estar loco de atar. Jamás haría semejante cosa.

—Dispone de un mes —le señaló con tranquilidad—. Este viaje durará un mes y cuando termine, lo mejor será que usted esté embarazada. Si no…

—¿Si no, qué? —demandó con una sonrisa burlona.

—Su hermano regresará a su lado. Pero mis primos se encargarán de dejarlo estéril.

Al ver la expresión de horror de la muchacha, Nikos sonrió satisfecho y se frotó las manos con energía.

—¿Por qué no prepara un poco de café mientras yo me ocupo del barco? Le aseguro que nos espera un mes muy interesante y agotador.

Capítulo 2

De pie, en el improvisado muelle de madera, Carrie contemplaba a Nikos, que hábilmente manejaba la grúa para desembarcar el último cargamento.

John Chambers, el hombre a cargo del equipo arqueológico, cotejaba los artículos con una lista.

—Parece que todo está en orden, Carrie. Llegaste justo a tiempo; ya estábamos preocupados. Se nos había terminado nuestra última caja de provisiones —sacó un sobre del bolsillo de su camisa—. Esta es la lista de provisiones que necesitaremos al final de septiembre.

—Muy bien, señor Chambers —sonrió con alegría.

—¿Quien es el nuevo marinero de cubierta? —preguntó John, moviendo la cabeza hacia Nikos.

—Un sustituto temporal —contestó con voz alta.

—Supongo que Jimmy está ocupado en su pasatiempo acostumbrado de perseguir a las jovencitas. Ojalá yo tuviera diecinueve años.

El inoportuno comentario ocasionó que Nikos se quedara rígido.

Terminó de amarrar la grúa y consultó su reloj.

—En una hora podemos llegar a Paraxis —gruñó él—. Suelte las cuerdas y yo pondré en marcha el motor.

—Este barco todavía me pertenece —le advirtió, seca—. No acepto órdenes suyas. Mañana iremos rumbo al sur. Paraxis está en la otra dirección.

—Necesito comprar algo de ropa —explicó él, incisivo—. Sólo cuento con la que traigo puesta.

—No es culpa mía —replicó—. Debió pensar en eso antes de tomar la decisión de entrar en… —terminó la frase con un chillido porque él la sujetó para llevarla al muelle con brusquedad.

—Haga lo que quiera —gruñó él—. Puede quedarse aquí esta noche. Regresaré mañana a recogerla.

Le dio la espalda para entrar en el compartimento del motor y ella lo observó iracunda.

—Puede pasar la noche con sus amigos arqueólogos —Nikos asomó un momento la cabeza—. Estoy seguro de que le dejarán una tienda de campaña.

Cualquier cosa sería mejor que pasar la noche cerca de él, pero la camioneta conducida por John Chambers ya se había ido al lugar de las excavaciones, más o menos a ocho kilómetros. De todos modos, ¿por qué tendría que ser ella la que se fuera?

Subió al barco, con aire desafiante, dispuesta a enfrentarse a él. Ojalá pudiera convertirse en hombre por cinco minutos para darle a Nikos Spirakis una lección que jamás olvidaría.

—¿De modo que cambió de opinión? —Nikos salió del compartimento, después de poner en marcha el motor—. Magnífico. Vaya a desamarrar la cuerda de la popa.

—Desamárrela usted —le lanzó la pulla—. Voy a bajar.

En la intimidad de su camarote se sentó en el borde de su litera. ¡Dios, qué lío! ¿Cómo era posible que su vida se hubiera complicado de esa manera, en tan poco tiempo? Si no fuera por el cretino que estaba arriba, esa noche habría sido igual que las demás. Estaría preparando la cena mientras Jimmy se ocupaba del mantenimiento de rutina. Cenarían en cubierta y después ella fregaría los platos. Más tarde se pondrían a jugar a las cartas compartiendo una botella de vino para recordar a su padre y los buenos tiempos que pasaron juntos. Por lo general. Jimmy se acostaba antes que ella. En una noche cálida como ésa, dormiría en la cubierta de proa y ella se sentaría afuera de la caseta del timón para contemplar las estrellas un rato antes de acostarse.

Habían llevado una vida sana, feliz y sencilla, y no les había importado saber que nunca serían ricos. Algún día Jimmy se casaría… o quizás ella se enamoraría de alguien, pero ninguno de los dos se preocupaba y, al igual que su padre, habían dejado su futuro en manos del destino.

Pero ahora, su destino se había convertido en un callejón sin salida.

Aún no habían tomado ninguna decisión con respecto al

ultimátum de Nikos, pero de algo estaba segura… no permitiría que la familia Spirakis llevara a cabo su amenaza contra su hermano. El simple hecho de pensarlo era horrible.

Comprendió con amargura que no le quedaba otro remedio que aceptar las condiciones de Nikos, lo cual significaría humillación y absoluta degradación. ¿Pero qué era todo eso comparado con la amenaza contra Jimmy?

Quedarse embarazada y tener un hijo no deseado era una perspectiva que la desalentaba, pero, ¿cómo evitarlo? Y cuando tuviera a ese hijo, ¿qué pasaría? Su deber sería mantenerlo, cuidarlo, ¿y cómo hacerlo y seguir con su vida despreocupada, nómada? El Miranda no era lugar adecuado para criar a un niño.

En cuanto a Jimmy, tendría que hacerse cargo de la muchacha y de su hijo. Su vida estaría completa y ya no tendría tiempo para ella, a pesar de ser el culpable de toda esa situación.

Y Nikos Spirakis era un sádico. «Ojo por ojo», le había dicho, pero estaba equivocado. Existía una gran diferencia. Jimmy aparentemente había seducido a una muchacha de la familia Spirakis… o tal vez había sido al revés… pero desde luego no la había violado como Nikos intentaba hacerlo con ella. Aunque tratara de negarlo y de cambiar las palabras, el chantaje moral que estaba usando era violencia en un nivel más refinado.

Cuando más pensaba en ello, sus problemas parecían más sombríos y sin solución; no obstante, después de media hora se dio por vencida y subió a cubierta para calmarse.

El rostro de su acompañante era una máscara de luz y sombra mientras la miraba desde la cámara del timón. Le volvió la espalda con desdén y miró hacia el frente. La luz de las estrellas iluminaba el mar y pudo ver las luces de Paraxis.

El Miranda parecía moverse más rápido que de costumbre y Carrie frunció las cejas. Eso significaba que el acelerador estaba abierto a toda su capacidad, aumentando el desgaste del motor y el consumo de combustible, pero desde luego, ese hombre no se preocuparía por algo tan insignificante.

Pronto oyó los sonidos provenientes de la isla… las bocinas de los taxis y la música de una discoteca. Durante la época de turismo no tenía tiempo de visitar las islas griegas de mayor tamaño.

El corazón le dio un vuelco cuando Nikos entró al concurrido puerto a toda velocidad; se dirigió hacia un hueco vacío en el muelle, movió el timón y acomodó el barco en su lugar. Ella soltó el aire en un suspiro de alivio. ¡Maldición! Lo había hecho con el propósito de asustarla o de impresionarla.

Con los brazos cruzados, dejó que él se encargara de amarrar el barco. Una vez que su acompañante desembarcara, ella bajaría a cenar y después entraría en su camarote para dormir.

Pero los planes de Nikos eran diferentes. La sujetó de la cintura y casi la levantó en brazos para subirla al muelle.

—Suélteme —espetó al tiempo que lo empujaba—. No voy a ir con usted a ningún lado.

—No te queda otro remedio, Carrie —sus ojos brillaron de forma peligrosa por un instante—. Si te dejo sola tomarás una decisión absurda, por ejemplo: zarpar sin mí. Desde luego tarde o temprano te alcanzaría, pero mientras tanto, sentiría que tu desafortunado hermano… —levantó los hombros sin concluir la frase.

—¡Está bien! —La ira en sus ojos se convirtió en amarga derrota —. Prometo no abandonar el puerto. ¿Satisfecho?

Por un instante la contempló con tranquilidad antes de sacudir la cabeza.

—No sé si eres de fiar o no. Lo sabré a su tiempo, pero mientras tanto, prefiero tenerte vigilada.

Ella no supo qué contestar. Al ver que bajaba los hombros en evidente rendición, Nikos inclinó la cabeza satisfecho.

—Así está mejor. Primero voy a comprar algo de ropa. Después cenaremos y tomaremos una copa como una pareja normal. ¿Por qué no te relajas e intentas disfrutar?

—Trataré de hacerlo, pero no concibo la idea de disfrutar en su compañía.

—Al menos puedes fingir, ¿no es verdad? —le alzó la barbilla con el dedo índice y sonrió—. De todos modos tendrás que hacerlo tarde o temprano.

La calle, a lo largo del paseo marítimo, era un estruendo de música, a través de los altavoces colgados afuera de las tabernas y

clubs nocturnos.

Nikos la llevó a una parte más tranquila de la isla y la escoltó por el impresionante vestíbulo de un lujoso hotel para dirigirse a un salón denominado Restaurante del Gourmet. Observó los manteles de lino blanco y la reluciente plata.

Acababan de entrar cuando un hombre de enormes bigotes entró por una puerta lateral y saludó a Nikos con afecto. Como dos personas que hacía tiempo que no se veían hablaron mucho rato en griego, hasta que Nikos guardó silencio para tener la cortesía de presentarla.

—Stavros, ella es la señorita Stevens, también pertenece al negocio naviero —después de mirarla con irónico regocijo, añadió —: Por el momento estamos hablando de una fusión.

Ella comprendió el sarcasmo, no así el dueño del restaurante, quien hizo una cómica inclinación de cabeza.

—Me alegro de conocerla. Nikos y yo somos amigos desde hace mucho tiempo.

Ella sonrió con amabilidad. Aunque los amigos de Nikos Spirakis no eran sus amigos, no iba a demostrarlo; de por sí la velada ya era incómoda.

Stavros les asignó una mesa solitaria y después le hizo una seña a un camarero, quien se acercó con una botella de vino y dos vasos.

—¡Cava Clauss! —Nikos levantó una ceja después de revisar la botella—. ¿Cómo te las arreglaste para conseguirla?

—Con mucho trabajo, Nikos —el dueño irradiaba felicidad ante la reacción de su amigo y extendió las manos—. Siempre guardo algo especial para amigos como tú.

Nikos le devolvió la botella al camarero y éste llenó dos vasos. Carrie, de mala gana, levantó el suyo y tomó un sorbo. Por lo general prefería el vino blanco y el tinto, pero éste era excelente. Tomó otro sorbo más largo y, al darse cuenta de que el dueño la observaba con preocupación, bajó el vaso.

—Me gusta.

—La señorita Stevens tiene un gusto excelente. Quizás le gustaría pedir ahora, ¿no es verdad?

Nikos le entregó la minuta, pero ella no le hizo caso:

—Desearía un *souvlaki*, si lo tiene.

—Yo pediré lo mismo —comentó Nikos—. Pero antes me gustaría que me trajeran una pluma y papel, Stavros.

Stavros se lo pidió a un camarero. Nikos escribió deprisa unas instrucciones y le entregó el papel a Stavros.

—¿Puedes hacerte cargo de esto, mi querido amigo?

—Por supuesto —Stavros sonrió después de leer la lista—. Nos haremos cargo de todo, a tu entera satisfacción.

—¿Qué ha escrito en el papel? —preguntó Carrie, suspicaz, una vez que el dueño se fuera.

—Una lista de lo que necesito —contestó, informal—. Ahora relájate, tranquilízate y disfruta de tu vino.

¿Tranquilizarse? Sin duda se burlaba de ella. Después de beber otro sorbo de vino, miró alrededor con envidia. Las pocas veces que Jimmy y ella tenían tiempo de cenar en tierra, iban a una taberna barata. Sin duda ese lugar era carísimo… aunque para Spirakis no significaba nada.

En ese momento, Nikos parecía contento de estar ahí, bebiendo su vino y observándola. La muchacha hacía lo posible por ignorarlo y miraba hacia otro lado.

Cuando llegó la comida, Nikos tuvo la oportunidad de concentrarse en otra cosa. No debería tener hambre ya que la tensión y la ira habían destrozado su estómago, pero de pronto recuperó el apetito. Quizá había sido el vino o el delicioso aroma del cordero asado, o tal vez la magnífica presentación de la ensalada.

Después de terminar de cenar, Spirakis volvió a llenar los vasos. Ella ya había bebido dos con la comida, lo cual era su límite, pero aquella situación no podía describirse como normal. Nunca se había emborrachado, pero quizás aquél era el momento.

Estaba demasiado preocupada como para prestar atención a lo que decía Nikos, pero la mención del Miranda fue lo que llamó su atención.

—¿Qué decía del Miranda?

—Que a pesar de su estado es una buena embarcación —repitió con paciencia—. No es de fabricación griega. ¿Cómo la conseguiste?

—Era de mi padre —le informó—. Después de su muerte, Jimmy y yo nos la quedamos. Y tiene razón, no es de fabricación griega. Originalmente era un barco de pesca construido en Escocia para resistir los rigores del Mar del Norte. Soporta todas las inclemencias del Egeo.

—Háblame de tu padre. ¿Qué clase de hombre era?

La noche avanzaba y otra botella de vino apareció en la mesa. Carrie se preguntaba cuánto tendría que beber, para que el vino hiciera efecto.

—¿Por qué no me pregunta qué desayuné esta mañana? —preguntó Carrie con sarcasmo—. Me ha preguntado todo lo demás.

—No exactamente —aclaró, afable—. Háblame sobre tu ex-novio. ¿Era un buen amante?

—Eso no le importa —contestó furiosa.

—Trato de que me importe —le advirtió con voz baja y amenazadora—. Así que contéstame.

—No pienso hacerlo —impávida, lo miró de frente—. Y no puede obligarme.

—Carrie, parece que aún no te das cuenta de la posición en que te encuentras, de modo que de nuevo voy a explicártela. No es mi intención pasar un mes escuchando tus insultos, ni viendo continuamente tu ceño fruncido. De ahora en adelante, harás justo lo que te diga y fingirás disfrutar mi compañía —la examinó pensativo.

—No soy tan buena actriz —aclaró con amargura—. Me pide lo imposible.

—Comprendo —suspiró profundamente y, después de ponerse de pie, la miró con frialdad—. En ese caso, me voy. Cogeré el transbordador de por la noche, y mañana a primera hora me encargaré de tu hermano. Quizá necesite algunos días de hospitalización después de su «accidente», pero estoy seguro de que caminará sin mucha dificultad en una semana.

—¡Cielos! —exclamó horrorizada—. ¡No! No lo haría… no

podría… —su voz se apagó, pero una vocecita interior le aseguró: «Desde luego que podría. Es un despreciable bárbaro. No lo pensaría dos veces»—. Por… por favor —tartamudeó—. Por favor siéntese.

—Sólo si prometes comportarte de una forma más civilizada de ahora en adelante.

Aquella era la peor pesadilla que jamás hubiera imaginado.

—Usted gana. Lo… prometo —musitó, después de morderse un labio.

—Eso no es suficiente, Carrie —le advirtió, mientras sacudía la cabeza—. Tienes que sonreír y decirme: «Sí, Nikos, lo prometo».

De modo que no sólo quería hacerla sufrir, también era un sádico. Levantó los ojos y casi se ahogó al decir:

—Sí, Nikos, lo prometo.

—Mmm —la miró indeciso, una mueca irónica deformaba sus labios—. Está bien. Con un poco de práctica, tu sonrisa mejorará —tomó asiento de nuevo y cruzó los brazos—. Ahora dime lo que deseo saber. ¿Era un buen amante tu ex-novio?

—No sé —al ver un brillo de ira en los ojos de su interlocutor, añadió deprisa—: Mira, es el único hombre con quien me he acostado, de modo que no sé si era bueno o no.

—¿Disfrutaste haciendo el amor con él? —insistió.

—No mucho —contestó avergonzada.

—En ese caso, debió de ser un mal amante —sonrió, condescendiente—. No fue tu culpa. Detrás de tu frío exterior, existe una pasión ardiente que espera ser liberada. Esta tarde yo mismo lo sentí.

Carrie se ruborizó al evocar la forma en que su cuerpo había respondido a la deliberada provocación de él. Incluso en la cama, Victor nunca logró que su corazón se acelerara de esa manera.

—¿Lo abandonaste porque era… poco hábil? —Nikos continuó con su interrogatorio.

—No —fue la amarga respuesta—. Me di cuenta de que yo sólo era la novia de los sábados por la noche.

—¿La de los sábados por la noche? —frunció la frente, desconcertado.

—Sí. Averigüé que tenía otra para los lunes y otra para los jueves.

—Entonces, ¿era infiel?

—Puedes decirlo de esa manera —en su voz se adivinaba un dejo de sarcasmo.

—¿Y desde entonces, no ha habido otro hombre? —le llenó de nuevo el vaso.

—¿Pretendes emborracharme? —miró el vaso.

—Contesta mi pregunta —ordenó con brusquedad.

—No —aclaró un poco ruborizada—. No ha habido otro hombre —hizo una pausa y agregó—: Sin duda conoces el dicho: «gato escaldado, del agua fría huye».

—Tengo la impresión de que me estás diciendo la verdad Carrie. Te considero una persona franca y honrada.

—Mira —comenzó con fingida cortesía—, ¿te importaría decirme por qué me haces todas esas preguntas? Mi vida pasada nada tiene que ver contigo. Quiero decir… ¿Por qué te importa tanto la clase de vida sexual que he llevado?

—Es muy importante, Carrie —la miró de arriba abajo sin emoción—. Mi intención es lastimar a tu hermano para que sufra la misma desgracia que él le causó a mi familia. Si tú fueras una persona de moral relajada, como parece ser tu hermano, a él le importaría poco tu embarazo.

La frialdad de su razonamiento era casi increíble. Al recobrar la respiración, la chica lo miró con desprecio.

—Supongo que lo único que lamentas es que no sea virgen, ¿no es cierto? Eso te habría hecho feliz.

—Un hombre no puede tenerlo todo. Sin embargo, quiero que te enteres de que no tengo nada personal contra ti, Carrie. En realidad, creo que comienzas a gustarme. Eres muy atractiva, y como dije antes, mi misión aquí será un placer en vez de un deber —extendió las manos en un ademán de admiración—. Te aseguro que comprendo tu situación, pero no es culpa mía que tu hermano no

comparta tus escrúpulos morales.

Los rumores que Carrie había oído acerca de Nikos eran ciertos. Si esa era la forma en que trataba a la gente que le agradaba, Dios prestara ayuda a sus enemigos.

Un pensamiento repentino llegó a su mente. Al principio lo descartó como inverosímil, pero decidió que era mejor obligarlo a que mostrara sus cartas.

—Quiero hablar con mi hermano —le dijo, serena.

—No es posible —dijo ceñudo.

—¿Por qué? Me dijiste que tus primos lo tienen encerrado en algún lugar. Supongo que hay teléfono.

—Desde luego —inclinó la cabeza—. Pero hablar con él no será bueno para nadie. Además, en este momento, él sufre la agonía de ignorar los planes que tengo para ti. Por ahora, preferiría que las cosas se quedaran así.

Una vez más, ella se preguntó cómo alguien podía ser tan insensible.

—Tal vez estés convencido de mi honestidad, pero yo no de la tuya —señaló con frialdad.

—¿Dudas de la palabra de un Spirakis? —Su boca se contrajo en una línea de ira—. Estás pisando terreno peligroso. Te sugiero que tengas cuidado.

—Tú dudaste de la mía —replicó—, y después me sometiste a un interrogatorio. Lo único que te pido es que me permitas hablar con mi hermano. Si te niegas, ¿cómo puedo saber que me dices la verdad sobre él… o de todo lo relacionado con el asunto? Esto podría ser un engaño… un ardid premeditado para sacarme del negocio.

—No seas ridícula —parecía fastidiado—. ¿Qué te hace pensar que yo estaría interesado en una operación tan insignificante como la tuya?

Ella ignoró el comentario despectivo e insistió:

—Entonces déjame hablar con Jimmy. Si está en tu poder, por lo menos tengo que saber que… que se encuentra bien. Tal vez ya te hayas vengado y pretendes aprovecharte de mí. Lo único que he

oído son tus acusaciones y amenazas. Quiero escuchar la verdad de labios de mi hermano.

—Está bien —volvió a mirarla, pensativo—. Te permitiré que tengas una breve conversación con él, si ésa es la única forma de que aceptes tu situación —le hizo una señal al camarero.

Cuando el camarero regresó con un teléfono, Nikos marcó un número.

—¿Andros? Pásame a Stevens. Su hermana desea hablar con él.

Le entregó el teléfono a Carrie y ella lo sujetó con fuerza. Unos momentos después la chica oyó la voz jadeante de su hermano.

—¿Sis? ¿Eres tú?

—Sí, Jimmy —hizo una pausa, temerosa de que la voz le temblara y después respiró profundamente—. ¿Estás bien… Jimmy?

—Desde luego —parecía enojado—. Estoy bien, ¿y tú? ¿Está contigo el hermano de Helen?

Cerró los ojos aliviada de que hasta ahora su hermano estuviera ileso.

—¿Sis? ¿Todavía estás ahí?

—Sí, Jimmy. Y sí… su hermano está aquí.

—Dile de mi parte que si te pone un dedo encima, lo…

—No te preocupes por mí —lo interrumpió—. Puedo cuidarme —ojalá su voz pareciera convincente.

—Mira… iba a contarte lo de Helen —le aseguró después de un incómodo silencio—. Debes creerme, Sis. Tan pronto como me enteré de su estado, tenía la intención de regresar al Miranda a contártelo, pero estos pistoleros pagados me metieron a la fuerza en un coche.

—¿De modo que es verdad lo sucedido entre ella y tú? ¿Va a tener un hijo? —el corazón le dio un vuelco.

—Sí. Voy a ser padre —se hizo otro silencio incómodo mientras él trataba de coordinar sus ideas—. Supongo que no es el momento de celebrarlo. Déjame hablar con su hermano.

—Desea… desea hablar contigo —sentía una presión en el pecho

y le pasó a Nikos el teléfono.

Nikos sostuvo el auricular un momento y después colgó, cortando la comunicación.

—Por lo menos podrías haber escuchado lo que quería decirte —estalló Carrie.

—¿Oír sus disculpas… súplicas de misericordia? Ya es demasiado tarde —le hizo una señal al camarero quien se llevó el teléfono.

En ese momento, Stavros, el dueño del hotel, se acercó y le sonrió a Nikos.

—El alojamiento que pediste está listo y la ropa que ordenaste ya llegó.

—Magnífico —Nikos inclinó la cabeza, satisfecho—. ¿Y el otro asunto?

—Lo están atendiendo. Los hombres creen que necesitarán algunas horas. Estará listo a tiempo y no tendrás queja. Son los mejores de la isla.

Uno de los temas de conversación llamó la atención de Carrie. ¡Había ordenado «alojamiento»!

Tan pronto como Stavros se alejó, Carrie gritó furiosa:

—No voy a quedarme aquí. Regresaré al barco.

—Me temo que no será posible —arrastró las palabras—. Pero no te preocupes. Las habitaciones están separadas.

—Sin duda las unirá una puerta —se arriesgó a comentar.

—No —sus dientes brillaron en una sonrisa depredadora—. Me atrevo a decir que estás impaciente por acabar con todo esto, pero esta noche no sería un buen momento para empezar. Has tenido un día muy ajetreado y estás cansada. Prefiero esperar a que te recuperes por completo del disgusto. Después de todo, deseo que disfrutes de la experiencia tanto como yo.

Capítulo 3

A media mañana ya estaban cerca del siguiente puerto que tenían que visitar. Nikos estudiaba el mapa y después consultó su reloj.

—Llegaremos en dos horas. ¿Cuál es el cargamento esta vez?

—No lo sabré hasta que lleguemos ahí —contestó ella con frialdad—. Tal vez verduras para transportar al mercado más cercano —se apartó el cabello de la cara—. Pero antes iremos a otro lado —mantuvo firme el timón al tiempo que contemplaba el cielo azul.

—¿A dónde? —demandó, irritado.

Contenta de demostrarle que ella estaba a cargo del barco, le lanzó la pulla:

—Es cosa mía. Lo sabrás cuando lleguemos.

Al igual que ella, Nikos llevaba vaqueros y sandalias, pero de nuevo se había quitado la camisa y en el estrecho espacio de la caseta del timón, el contacto ocasional era inevitable. De nuevo la tocó… su pecho desnudo le rozó el antebrazo… y un escalofrío la invadió. Tal vez lo hacía de forma deliberada, reflexionó, ya que ella era capaz de llevar el timón en la dirección correcta y no era necesario que él se inclinara y consultara la brújula cada dos minutos.

—Mira, Nikos… aquí no hay sitio para los dos —el temblor de su voz la traicionó—. ¿Por qué no subes a cubierta y buscas otra cosa que hacer?

—Vamos a estar mucho más cerca que esto, Carrie —sus ojos brillaron divertidos ante la aparente incomodidad de ella—. Pensé que ya te habías acostumbrado a la idea. Sin embargo, si mi cercanía te molesta, yo puedo manejar el timón. Baja a preparar café.

Sin mirarlo a los ojos, Carrie bajó hacia la pequeña cocina.

El dolor de cabeza con el que se había levantado por la mañana, seguía molestándola y sólo había bebido un zumo de naranja y una

aspirina.

Durante el desayuno, Nikos, le preguntó con preocupación:

—¿No tienes hambre? ¿No dormiste bien?

Ella lo miró en amargo silencio, sin molestarse en contestar.

—No te preocupes —Nikos alzó los hombros—. El aire marino te despejará la cabeza.

Poco después, salieron del hotel. Cargando la nueva bolsa de viaje con la ropa que había comprado, Nikos caminó delante de ella por el concurrido paseo marítimo en dirección al muelle, y subieron al Miranda.

Tan pronto como había subido a cubierta, había echado a un lado la bolsa y había entrado en el compartimento del motor.

—Esta es la razón por la que no quise que subieras a bordo anoche. El ruido del trabajo de los mecánicos no te habría dejado dormir.

Carrie miró el compartimento del motor con gran sorpresa.

—¡Es… es un motor nuevo! ¿De… dónde salió?

—¿Supones que un hada lo trajo? —Su irónico comentario se convirtió en un gruñido—. Ordené que lo instalaran anoche.

—No tenías derecho —balbuceó—. ¡No puedo pagar un motor nuevo! El viejo podía arreglarse.

—Nadie te exige que lo pagues —aclaró con brusquedad—. Si voy a permanecer un mes en este barco, no quiero quedar atrapado en una tormenta con un motor que está a punto de deshacerse de viejo. Este es el manual de mantenimiento —le arrojó un libro—. Es evidente que no sabes nada de motores, por lo que te aconsejo que, en tus ratos libres, lo estudies con atención.

—¿Ratos libres? —Le lanzó una mirada de resentimiento—. Voy a estar demasiado ocupada intentando preservar mi dignidad.

—Si estuviera en tu lugar, no le pondría un precio demasiado alto a mi dignidad —advirtió, inflexible—. No creo que tu hermano lo agradeciera.

De nuevo la amenazaba, pensó desesperada.

Carrie contempló de nuevo el caro motor. La ganancia de un año apenas habría cubierto su precio, ¡y él se lo regalaba! ¿Acaso le remordía la conciencia y esa era una forma de… de…? No. Apartó de su mente ese pensamiento. Los hombres soberbios y arrogantes como él nunca sufrían remordimientos. Más bien le preocupaba salvar el pellejo en caso de que se presentara una tormenta.

Cinco minutos después, el Miranda se alejaba del muelle hacia mar abierto.

En aquel momento, Nikos, con un gruñido de agradecimiento, aceptó el café que ella le había preparado. La chica hizo un ademán hacia una mancha en el horizonte.

—Ahí está Skiati.

—Vira cinco puntos al lado izquierdo —le pidió—. Hay una islita al norte de Skiati. Iremos ahí primero.

Nikos movió el timón para tomar el rumbo que ella le indicó. Parada detrás de él, Carrie sonrió. Cuando Nikos se había empeñado en navegar con ella y ocupar el lugar de Jimmy, no sabía lo que eso significaba.

Cuando anclaron en la pequeña bahía, el sol estaba en todo su esplendor y el calor en la cubierta del Miranda era terrible. Se dirigieron a la playa en un bote de remos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nikos cuando arrastraba el bote sobre la arena.

—Vamos a subir por esa colina para ver a una antigua amiga mía.

Sin más explicaciones, empezó a andar. No sabía si él la iba a seguir. Quizá preferiría descansar en la playa o nadar hasta que ella regresara, pero lo dudaba. Un poco después le oyó caminar detrás de ella. Sonrió satisfecha.

En aquel calor, era agotador subir por la ladera escarpada. El lugar no podía verse desde la playa, pero poco a poco se acercaban a una casa blanca medio en ruinas.

—¿Kati? —gritó Carrie al estar lo suficiente cerca de la casa.

De pronto, una anciana envuelta en un chal negro apareció en la puerta y levantó la mano para saludar.

—¿Quién es? —preguntó Nikos.

—Vive aquí sola —explicó en voz baja—. Tiene setenta años.

—¿Sin familia?

—Se fueron de aquí hace mucho tiempo, en busca de una mejor forma de vida. Kati se niega a irse. Su esposo está enterrado aquí.

—Vivir sola debe de ser difícil para ella —observó—. Está loca por negarse a vivir con su familia.

—Acabo de decirte que su esposo está enterrado aquí —replicó Carrie—. Para algunas personas, esa circunstancia es importante. Quizá yo haría lo mismo —después de mirarlo con amargura, añadió—: De todas formas, jamás la he oído quejarse. Cultiva toda su comida y tiene algunas ovejas y cabras. De vez en cuando su familia le manda un poco de dinero. Su verdadero problema es el agua, ya que el pozo de aquí se secó hace varios años. Ahora el único pozo en la isla se encuentra al pie de la colina por la que acabamos de subir. Es una anciana muy decidida e independiente y hace casi todas sus cosas, excepto subir cargando cincuenta litros de agua por esa colina —le dirigió una mirada significativa—. Jimmy y yo tenemos la costumbre de pasar a verla, por lo menos cada seis semanas, a cambio de un poco de queso de leche de cabra, Jimmy siempre le ofrece llenar el tanque donde almacena el agua. Algunas veces tarda dos horas.

—A tu hermano debe gustarle mucho el queso de leche de cabra —gruñó Nikos.

—No. Lo odia.

—Comprendo. Por eso estoy aquí. Para ocupar el puesto de Jimmy. ¿Qué capacidad tiene el depósito?

—Mil litros —le informó—. Cuarenta y cinco litros cada vez, significan veinte viajes al pozo —con la mirada se mofó de él—. Desde luego es probable que pienses que eso es una bajeza para un hombre como tú. O quizá tu estado físico no sea tan bueno como parece. Supongo que pasas la mayor parte del tiempo en una oficina con aire acondicionado y lo más pesado que levantas es el teléfono. Un hombre con las uñas tan bien arregladas como las tuyas, no se acostumbraría a un trabajo pesado. Supongo que tendré que hacerlo yo misma. Tardaré más tiempo, pero no puedo dejar que Kati lo

haga. Le diré que…

—Por amor de Dios, deja de parlotear —la interrumpió con un bufido de impaciencia—. Yo llenaré el maldito depósito de agua.

—Magnífico. Esperaba que te ofrecieras —sonrió con frialdad.

Con satisfacción se dio cuenta de que su acompañante no perdería el tiempo. Después de ser presentado con Kati, tomó los dos recipientes de plástico y bajó por la colina.

A Kati le desagradó que Jimmy no hubiera ido, pero Carrie le contó la mentira de que estaba en Inglaterra pasando unas semanas.

—¿Y este hombre… Nikos? —los ojos de Kati brillaron—. Es muy guapo. Ya es hora de que conquistes a un hombre como él. Su apariencia es fuerte, como debe ser un buen esposo y padre.

Carrie se las arregló para cambiar de tema y ayudó a la anciana a hornear el pan, en el horno de leña que estaba en el exterior. El sol inclemente les calentaba la espalda y, al terminar, se sentaron en la sombra, cerca de la puerta principal.

Dejaron de hablar al ver que Nikos caminaba rumbo al depósito de agua con un recipiente de veinticinco litros en cada mano. Mientras se acercaba, Carrie observó la forma en que los músculos de los brazos, hombros y estómago se tensaban. Su pecho moreno brillaba y un trapo en la frente evitaba que el sudor le cayera sobre los ojos.

—Ya ha cargado suficiente —Kati sintió compasión por él—. El tanque ya debe estar a la mitad. Es todo lo que necesito. Llámalo y tomemos un vaso de vino.

—Déjalo que lo llene del todo, Kati, a Nikos le gusta hacer este tipo de trabajos. Jamás me perdonaría si impido que termine esa tarea. Me hablabas de tu hija en Atenas…

Un buen rato después, una vez que se despidieron de Kati, Nikos bajaba por la colina en silencio y Carrie lo seguía, esbozando una sonrisa de satisfacción. Tenía la esperanza de haberle dejado agotado o de que se hubiera hecho daño en algún músculo.

Carrie acomodó en el bote de remos los dos panes recién horneados y el trozo de queso que Kati les había regalado. Después empujó el bote hacia el agua.

—Un momento —ordenó Nikos—. Necesito descansar un momento.

—¿Por qué? —preguntó ella, inocente—. ¿Tan cansado te ha dejado el trabajo?

La parte superior del cuerpo varonil estaba cubierta de sudor y la sonrisa de burla de la chica desapareció para convertirse en una expresión de angustia cuando él desabrochó con lentitud la hebilla de su cinturón. En su prisa por alejarse, Carrie tropezó y cayó de espaldas horrorizada, levantó la vista y observó que Nikos se quitaba los vaqueros. Cielos, pensó. Iba a vengarse de ella ahí y en aquel momento.

Nikos se paró junto a ella, totalmente desnudo. En una situación como ésa, se suponía que una dama debía apartar los ojos ruborizada, pero los ojos de la chica se negaron a desviarse y lo miró fascinada. Sus muslos eran fuertes y su… su… virilidad… Era imponente. Era… Se le secó la boca y a gatas trató de alejarse de él, pues sentía las rodillas tan débiles que no pudo ponerse de pie.

—¿Nikos…? No te acerques… Me prometiste que no ibas a… a…

—¿Qué te prometí? —preguntó con ironía—. ¿Poseerte a la fuerza? Tranquilízate. Sin duda no es la primera vez que ves a un hombre desnudo. Sólo voy a nadar para refrescarme. Si fueras más sensata y menos pudorosa harías lo mismo.

Después de darle la espalda se metió en el agua.

Transcurrió un rato, antes de que los latidos del corazón de Carrie se normalizaran y, temblorosa, se puso de pie. Nikos tenía razón. Por un instante, deseó… No. Apartó de su mente ese pensamiento insensato.

De pronto comprendió que era una buena idea nadar. Pero no ahí, tan cerca de él. Caminó por la playa hacia el otro lado de la pequeña bahía y miró hacia atrás. Ya no podía alejarse más. Se mordió un labio, luchando contra sí misma, pero, al fin, el agua fresca y transparente ganó la batalla. Se quitó la camiseta y el sujetador, los vaqueros y las pequeñas braguitas. Después de echar una última mirada al otro lado de la bahía respiró profundo y se sumergió en el agua.

Mientras nadaba de espaldas, cerró los ojos en un intento por relajarse, pero aquel pensamiento le martilleaba la cabeza. Era necesario que hiciera algo con ese hombre. Pararse desnudo delante de ella había sido una provocación deliberada. Oh, era astuto, diabólicamente frío y calculador, no había duda. Lo había hecho para observar su reacción y ella había caído en la trampa, pues sus ojos se habían detenido demasiado tiempo sobre ese cuerpo, y esa reacción le había dado a él la respuesta que esperaba.

De ahora en adelante sería más cuidadosa. Debía existir alguna forma de salir de esa situación… alguna forma en la que no fuera a caer, víctima de su propia fragilidad humana.

Después de nadar diez minutos más, regresó a la playa. Se quitó el agua de los ojos e inspeccionó la playa, pero no vio a Nikos.

Una vez vestida y sintiéndose más cómoda, Carrie caminó hacia el bote de remos, pero se detuvo y blasfemó entre dientes. Los jeans de Nikos estaban sobre la arena, en el mismo lugar donde los había dejado, lo cual significaba que en cualquier momento saldría desnudo del mar.

Desconsolada, tomó asiento, apoyó los codos sobre las rodillas y la barbilla sobre las manos para esperarlo. Un rato después, con el rabillo del ojo se dio cuenta de que Nikos nadaba en dirección a la playa y desvió la cabeza.

Poco después echó una rápida mirada. Por fortuna ya estaba vestido. Carrie se puso de pie.

Estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados, cuando ella se acercó, y como si percibiera su cercanía él se incorporó para dirigirle una larga mirada.

—Siéntate aquí —dio una palmada sobre la arena, junto a él.

—No —de inmediato rechazó la invitación—. Ya es hora de irnos.

—Ya es hora de que aprendas a no discutir conmigo —frunció el ceño con aspecto amenazador—. O te sientas de manera voluntaria o te obligaré.

La forma en que aquellos ojos la miraban fue suficiente para que se sentara obedientemente en la arena.

—No tan lejos —resopló—. Más cerca. No voy a comerte. Deseo hablar del cretino de tu hermano.

—Si se trata del asunto relacionado con tu hermana, estoy de acuerdo contigo. Pero eso no te da derecho a…

—No me refiero a lo de mi hermana —aclaro con brusquedad—. Hablo de sus intentos de ayudar a esa anciana. ¿Se da él cuenta del peligro en que la pone?

—¿Kati? ¿Peligro? —frunció la frente—. No entiendo a qué te refieres. ¿De qué manera la pone en peligro? Sólo hace lo que cualquier persona honrada haría. Siempre que puede la ayuda.

—¿Quieres decir que le tiene lástima?

—No sólo eso. Entre Kati y Jimmy existe un vínculo especial.

—¿Vínculo? —ahora fue él quien frunció el entrecejo—. ¿Qué clase de vínculo?

—Jimmy tenía sólo seis años cuando conoció a Kati. Mi padre vivía entonces, pero Jimmy echaba de menos a nuestra madre. Un día llegamos a la isla por casualidad… nos refugiamos del fuerte viento que soplaba en la bahía. A la mañana siguiente, el viento dejó de soplar, pero mi padre decidió que permaneciéramos unos días aquí. Después del desayuno. Jimmy decidió ir a explorar; al ver que no regresaba, después de cuatro horas, decidimos ir a buscarlo. Escalamos por la colina, vimos la casa y nos dimos cuenta de que Jimmy estaba ayudándole a Kati a ordeñar las cabras —sonrió ante el recuerdo—. Kati y Jimmy se cayeron bien de inmediato, Kati extrañaba a su familia y Jimmy necesitaba una madre, de modo que encontraron uno en otro lo que más deseaban —alzó los hombros—. Desde entonces siempre ha sido así. Como te mencioné, la visitamos siempre que podemos.

—Muy conmovedor —opinó Nikos en tono guasón—. ¿Y que ocurrirá si enferma cuando vosotros no estéis con ella? A su edad es fácil que se caiga y se rompa un hueso. Debería estar con su familia.

—Lo sabemos —aclaró para justificarse—. Pero si su propia familia no puede convencerla ¿qué probabilidades tenemos nosotros?

—Para empezar dejad de llenarle el depósito de agua —contestó con aspereza—. Tú y tu hermano le facilitáis la vida y así puede

seguir negándose a irse a vivir con sus hijos. Si tu hermano estuviera más interesado en el bienestar de Kati que en desempeñar el papel de hijo sustituto, habría hecho cualquier cosa para que ella se fuera. Incluso a la fuerza, si fuera preciso.

—Pero… pero su esposo está enterrado aquí. Asegura que no puede dejarlo.

—Tonterías —aseguró con desdén—. La tumba de su marido siempre estará aquí. Podría venir a visitarla cuando quisiera. No hay razón de que se encarcele ella misma en un lugar como éste.

Sin duda él tenía razón. Además, era la solución insensible que debía esperar de un hombre como él.

Un pensamiento repentino aumentó la desesperación de Carrie.

—Como Jimmy ya no vendrá —comentó—, supongo que la única alternativa de Kati será irse. Supongo que ahora mismo debería subir a darle la noticia. Dentro de dos semanas, cuando se acostumbre a la idea, regresaré para llevarla a tierra firme.

Nikos frunció de nuevo el entrecejo. Ninguno de sus comentarios parecía agradar a ese cretino.

—¿Por qué aseguras que tu hermano no volverá? —preguntó—. No veo razón alguna que le impida seguir cuidándola. Pero como ya te expliqué antes, su condición física depende de ti.

—¿De qué hablas? —ahora ella frunció las cejas—. No regresará conmigo, pues no es un hombre que evada sus obligaciones. Se casará con tu hermana y cuidará de ella y de su hijo.

—Y mientras tanto ¿quién va a cuidar de ti y de tu hijo? —arrastró la voz—. Tu hermano no se casará con Helen —aseguró con frialdad—. De modo que tranquilízate. Nuestra familia mantendrá y se quedará con el hijo de tu hermano y éste quedará libre para mantener y cuidar del mío.

Jamás había experimentado una sensación de agravio tan abrasadora, e hizo un esfuerzo por controlarse y no abofetearle.

—¿Y qué sucederá con tu hermana? ¿Acaso no tiene ni voz ni voto en este asunto? ¿Y si está enamorada de Jimmy y desea casarse con él?

—Su futuro ya está decidido —afirmó enérgico—. Helen se irá a

América para vivir con unos familiares. Llegará a ese continente vestida de negro, pues supuestamente será viuda. A su tiempo, se le encontrará un esposo adecuado.

—¡Eres… un salvaje! ¡Un bastardo inhumano… y cínico! —le lanzó una mirada de furia.

—El único bastardo en la familia Spirakis es el que mi hermana va a tener gracias a la cortesía de tu hermano —con lentitud se puso de pie. La ira de sus ojos se convirtió en algo más escalofriante y sus dedos se enroscaron en el cabello de Carrie.

—¿Mi paciencia se está acabando? Carrie. Ya te amonesté con anterioridad por tu insolencia. ¿Por qué no utilizas ahora toda esa energía en tu propio beneficio? Conoces las reglas del juego y tarde o temprano tendrás que iniciarlo…

Capítulo 4

La cubierta del Miranda estaba llena. En la parte delantera había una docena de garrafas de aceite de oliva, cuatro cajones con pollos, dos cabras, un piano pequeño y varias bolsas de fruta y verdura.

Dos hombres de edad avanzada tocaban unas flautas y escupían a un lado.

En la caseta del timón, Carrie encendió la radio para oír el último pronóstico del tiempo. Aunque el agua era clara, estaba revuelta. El tiempo había sido maravilloso durante demasiado tiempo y, cuando una tempestad golpeaba el Egeo, era catastrófico.

—¿A qué se debe esa mirada de preocupación?

Carrie echó un vistazo a Nikos, quien de pronto apareció en la puerta. Ya habían pasado cuatro días desde que tuvieron aquella pelea en la playa, pero desde entonces, su relación era bastante agradable. Charlaban poco, pero al menos se habían acabado los insultos y él no había vuelto a mencionar a Jimmy ni le recordó la amenaza que pesaba sobre ella. Tal vez había cambiado de opinión, pero era poco probable porque Nikos Spirakis no parecía ser un hombre que rectificara su actitud. Si su intención era dejarla embarazada, nada en el mundo lo detendría. Quizá sólo estaba cambiando de táctica y trataba de ser sutil por primera vez en su vida.

—Tengo un mal presentimiento con respecto a este tiempo —susurró.

—¿Cuál es el último pronóstico? —contempló el mar tranquilo y el cielo sin nubes.

—Igual al anterior. Continuará el buen tiempo.

—¿Pero tienes un mal presentimiento?

—¡Es verdad! —exclamó, resentida—. Ahora ríete, ponme en ridículo. Llámame imbécil.

—¿Doy la impresión de estar riéndome? —sus facciones se endurecieron y sus ojos verdes brillaron de manera familiar.

—No —apartó la vista, avergonzada.

—Si aseguras tener un mal presentimiento, es suficiente para mí —gruñó.

La chica apretó la boca con desconfianza y después volvió a mirarlo buscando en su cara el más leve signo de burla, pero no lo encontró.

—¿De verdad?

—Durante los últimos días he tenido la oportunidad de observar tu trabajo. Sabes manejar este barco y estás familiarizada con estas aguas. Eres un marinero nato y confío en tu instinto.

El halago la sorprendió y sintió que se ruborizaba.

—No… no insinúo que vaya a desencadenarse una tormenta — se protegió—. Lo que quiero decir es que éste es un mal lugar para que nos pille.

—¿Por qué? —parecía desconcertado por la afirmación.

—Si consultas la carta de navegación, verás que no tenemos mucha agua debajo del barco. Estamos navegando encima de un escollo sumergido. Al norte de nosotros, el mar es mucho más profundo, y un viento fuerte sólo crea olas muy altas que podríamos salvar sin problema. Pero cuando estas olas llegan a la superficie, rompen y el mar ataca en todas direcciones, como una caldera de agua hirviendo. El Miranda no se hundiría, pero sería azotado de forma terrible.

Demasiado tarde comprendió que la invitación que le había hecho de que consultara la carta de navegación también era una invitación a que se acercara a ella, y la piel de su pecho desnudo una vez más rozó la parte superior del brazo de Carrie. A pesar de que sus terminales nerviosas se sacudieron, ella se quedó inmóvil, temerosa de que Nikos interpretara el más ligero movimiento de ella como un indicio de deseo sexual.

Al fin, Nikos se enderezó y dijo gruñendo:

—Sería aconsejable meter la carga en la bodega, porque está muy poco protegida en la cubierta.

—Pensaba justo en eso. Nunca he perdido un cargamento y no pretendo empezar ahora. Primero meteremos en la bodega el piano

y las cabras; el resto nos llevará sólo unos minutos. Los dos pasajeros pueden bajar al camarote.

—Está bien. Lo haré ahora —respondió Nikos.

Carrie cambió la frecuencia de la radio a onda corta y mientras escuchaba las noticias, con disimulo observó el trabajo de Nikos. Después de desamarrar la grúa, Nikos tiró de ella hacia adelante y la enganchó al piano. Después de ponerlo en la bodega, prestó atención a las dos cabras. Con un pedazo de cuerda, con habilidad, formó una cuna y una a una las metió en la bodega.

La chica reconoció que Jimmy no lo habría hecho mejor ni más rápido y ese hombre sin duda estaba acostumbrado al trabajo duro. Lo comprendió desde el momento en que subió toda esa agua por la colina, porque un cuerpo como el de él no se desarrollaba dictando cartas en una oficina.

Por último, desamarró la lona impermeabilizada, en caso de que tuvieran que cubrir la bodega deprisa.

Apartando los ojos de él, Carrie revisó la brújula y se regañó a sí misma mientras corregía el rumbo del barco. Eso es lo que ocurría cuando no se ponía atención al trabajo. Esperaba que Nikos no se hubiera dado cuenta, aunque era difícil, ya que esos ojos verdes y calculadores estaban pendientes de todo.

Un poco después, Nikos regresó con la chica y apagó la radio.

—¡La estaba oyendo! —se quejó Carrie.

—Puedes oírla después. Ahora prefiero hablar.

—Si se trata de Jimmy y de tu hermana, no quiero escucharte —le lanzó una mirada de reproche—. Habla de cualquier cosa menos de ellos.

—Está bien. Hablaremos de ti —de manera inesperada se puso detrás de ella, haciéndola abrir enormemente los ojos, cuando con las manos le oprimió los senos.

—¡Basta! —apretó el timón—. ¿Qué diablos haces?

—Pasando el tiempo de la forma más agradable que puedo pensar, dadas las circunstancias —su voz era suave y vibrante.

Debajo de la camiseta y el sostén, la chica se sintió inflamada de deseo y gruñó de placer.

—Tu cuerpo pide a gritos que lo acaricien y lo mimen, Carrie. No puedes negar lo que percibo.

Las piernas le temblaban y su cuerpo se arqueó cuando los cálidos labios masculinos rozaron la piel sensible de su cuello, enviándole un delicioso hormigueo por la columna vertebral.

—No… —gimió—. Por favor, Nikos… no…

Haciendo caso omiso de su súplica, Nikos le mordisqueó el cuello y una oreja. Apartó las manos de los senos y Carrie enloqueció cuando comenzó a acariciar le la piel desnuda debajo de la camiseta.

—Por favor, Nikos… basta —imploró desesperada.

—¿En serio deseas que me detenga, Carrie? —sus dedos ahora vagaban debajo del talle de los vaqueros de la chica—. No te hago daño, ¿verdad? —le susurró al oído de manera seductora—. Te estoy dando algo que tú misma te has negado durante bastante tiempo.

Carrie pensó, desesperada, que iba a darle un ataque cardíaco. Los oídos le zumbaban y la sangre hervía por sus venas. Soltó el timón para apretarle con los dedos las muñecas y obligarlo a alejarse.

Con un suspiro de disgusto, Nikos dejó de provocarla y se apoyó contra la ventanilla, con los brazos cruzados y un brillo de burla en los ojos.

—Qué lástima. Estaba disfrutando —arrastró las palabras.

—Siento arruinarte la diversión —comentó ella con voz entrecortada—. En lo sucesivo, controla tus manos.

—Lo haré —prometió en tono de burla—. Quiero decir, hasta que reciba una invitación, que no podrás aplazar mucho tiempo.

Con aire sombrío Carrie desvió la mirada, negándose a reconocer que existía tal posibilidad.

—Cobras muy poco por tu trabajo —Nikos cambió de tema con brusquedad—. Creo que apenas va a cubrir los gastos del viaje.

—La forma en que manejo mi negocio no es asunto tuyo.

—De acuerdo —esbozó una sonrisa irónica—. Pero como

hombre de negocios, me intriga saber cómo te las arreglas para continuar viviendo.

—Cobro poco porque la mayoría de mis clientes son campesinos de escasos recursos. Como esos dos pobres ancianos que están allí —señaló con la mano—. Existen más de dos mil islas, pero casi todas son demasiado pequeñas y con poca población para que los transbordadores normales se molesten en darles servicio —se apartó de la frente un mechón de pelo y continuó mordaz—: A nadie le interesa esa pobre gente. Lo único que les importa son los turistas ricos. Las personas como tú deberían avergonzarse de lo que sucede en las islas. Desprecian una de las culturas más antiguas y hermosas del mundo.

—¿Personas como yo? —entrecerró los párpados.

—¡Así es! —estaba dispuesta a pelear—. Los terratenientes… los dueños de barcos… la gente poderosa.

—Soy un Spirakis —su voz golpeó como un látigo—. Mi familia no necesita que los intrusos vengan a sermonearnos sobre nuestras responsabilidades.

La consternación en el rostro de Carrie, por la terrible crítica, pareció calmarlo y le dirigió una amplia sonrisa de satisfacción.

—Sólo un tonto creería en esa afirmación tan aplastante. Quizá te sorprenda saber que estoy de acuerdo con tu opinión. Las comunidades más pequeñas han sido olvidadas durante bastante tiempo, y no hay duda de que tú prestas un servicio social muy valioso.

—Es verdad… —susurró—. Me agrada que lo consideres así.

—Lo que trataba de explicarte es que incluso un acto de caridad debe obtener el dinero suficiente para pagar los gastos. Navegar en un barco significa mucho más que recuperar la inversión en gasolina. Cuenta el deterioro, el mantenimiento, derechos de puerto cuando es necesario. Seguro…

—Ya te he dicho que ese es asunto mío. Olvídalo —repuso con brusquedad al tiempo que desviaba la vista con culpabilidad.

—Si has logrado sobrevivir hasta ahora, sólo hay una respuesta: economizas dinero.

Carrie se mordió un labio y miró al horizonte.

—El seguro. Esa es la contestación, ¿no es verdad?

—No sé de qué me hablas —susurró enojada.

—¿De verdad? —preguntó con burla—. Por eso querías que el piano se metiera en la bodega. Careces de seguro. Nunca has perdido un cargamento y no crees que te suceda. ¿Acaso no fue lo que me comentaste? La verdad es que no puedes darte el lujo de perder una carga porque te arruinarías.

La ira combinada con culpabilidad explotó y Carrie lo miró con resentimiento.

—¿Por qué debería importarte si me arruino o no? Creí desde el principio que habías venido con ese propósito.

—Después hablaremos de ti —prometió con frialdad—. Lo que me sorprende es tu hipocresía. ¿Y qué sucede con aquellos pastores pobres que aseguras te interesan tanto? Si ocurriera lo peor y perdieran en el mar sus escasas pertenencias, ¿cómo te las arreglarías para pagarles?

—Mi seguro extraoficial se encargaría de hacerlo —argumentó.

—¿Seguro extraoficial? ¿Qué clase de seguro es ése?

—Mi seguro, señor Spirakis —aunque no tenía por qué darle explicaciones estaba dispuesta a quitarle esa sonrisa de incredulidad —. No necesito que un intruso venga aquí a sermonearme sobre mis responsabilidades. Nunca llevo un cargamento que valga más que la cantidad de dinero que tengo en mi cuenta bancaria. Mis clientes lo saben y confían en mí. Hasta ahora no ha sido necesario y, como no pago primas altas a ninguna compañía de seguros poco honesta, cobro más barato por el transporte. Supongo que no es legal —susurró, mientras él digería sus explicaciones—. Sin duda estás ansioso por denunciarme a las autoridades.

—¿Por qué crees que haría una cosa semejante, Carrie? —preguntó con inesperada amabilidad—. Cuanto más te conozco, más me doy cuenta de que somos, por naturaleza, muy parecidos. Cuando nos llega algo al corazón, a ninguno de los dos nos importa desobedecer las reglas, ¿verdad…?

A las dos de la tarde llegaron a su destino y desembarcaron la

carga. Una hora después, navegaban rumbo al noroeste para recoger otro cargamento, cuando la tempestad cayó sobre ellos.

El primer indicio fue un repentino descenso en la temperatura y Carrie se estremeció al ver que las olas perturbaban la tranquila superficie del mar.

—No te has equivocado con respecto al pronóstico del tiempo —refunfuñó él mientras miraba el horizonte con unos prismáticos.

El timón dio un repentino tirón bajo las manos de Carrie cuando la primera ráfaga de viento envió la proa del Miranda sobre el costado derecho. Al principio, el movimiento fue suave, pero cuando el viento cobró fuerza, las olas aumentaron de tamaño. Segura de sí, la chica enfiló el barco en línea recta contra el viento.

—No hay forma de saber cuánto tiempo durará —volvió la cabeza—. Sería buena idea llenar el termo con café caliente ahora que todavía podemos.

La experiencia le había enseñado a juzgar la fuerza del viento por el ruido que hacía éste al soplar alrededor de la cámara del timón. Por el momento, era un lamento… nada de lo cual preocuparse.

El viento comenzó a soplar más fuerte y los primeros indicios de espuma azotaron la ventana delantera. El Miranda, construido para resistir algo mucho peor que eso, seguía su camino y Carrie experimentaba esa emoción familiar de luchar contra los elementos. Aquí era donde el motor nuevo que Nikos había instalado probaría su efectividad, porque si perdían fuerza, el Miranda sería lanzado como un palillo contra las olas de gran altura y ahí terminaría todo.

El mar comenzó a bañar la proa y se precipitó en torrentes a lo largo de la cubierta. El Miranda empezaba a sacudirse pesadamente. Carrie sintió que la boca se le secaba. Sin duda, el tiempo ya no podría empeorar.

Nikos regresó con dos termos de café, que dejó sobre una repisa.

—¡El viento es terrible! —gritó él cerca de su oído—. ¿Responde bien el barco?

La chica cobró ánimo mientras el Miranda se preparaba para embestir otra ola.

—No hay problema. Te aseguré que estaba bien construido.

—Eso espero —refunfuñó—. Esto va a empeorar —acercó la cara al cristal para inspeccionar la cubierta y gritó—: La lona impermeable de la bodega se ha aflojado. Debo salir a amarrarla.

—¡Estás loco! —después de mirar hacia la cubierta se volvió hacia él, horrorizada—. ¡No puedes ir! Te podrías caer al mar.

—¡Tengo que ir! —exclamó con voz fuerte—. Si el agua entra en la bodega, nos hundiremos —con rostro severo, la miró a los ojos—. Dependeré de ti, Carrie. No me pasará nada si mantienes al Miranda contra el viento. ¿Tienes la fuerza para hacerlo?

—Creo… creo que sí —se humedeció con la lengua los labios.

—Por supuesto que puedes —le sonrió con lentitud—. Si evitas que se balancee hasta que sujete la lona, será suficiente.

Carrie trató de detenerlo, pero Nikos saltó a cubierta y corrió hacia la bodega. Al mirar por la ventana, la chica se dio cuenta de que un torrente de agua lo había hecho perder el equilibrio y caer al suelo. El Miranda de nuevo se levantaba hacia el cielo y pudo distinguir a Nikos tumbado en el suelo y agarrado al pie de la grúa. Cuando el barco alcanzó la cima de la gigantesca ola, Nikos hizo un esfuerzo por levantarse y corrió en dirección a la lona.

Controlando el pánico que la invadía, Carrie luchaba con el timón, ya que, si el Miranda giraba de costado, Nikos no tendría oportunidad de salvarse. Lo miró por un momento antes de que la proa desapareciera en la siguiente ola y musitó una plegaria en silencio.

Con amargura se dio cuenta de que la culpa era de ella. Tenía la obligación de haberse asegurado de que la lona cubriera la bodega después de descargar. ¿Acaso no había pronosticado la tormenta? No obstante, de haber sabido que sería tan violenta, se habría quedado en el puerto. Ni siquiera los enormes transbordadores navegaban en esas condiciones. Recordaba que le había asegurado a Nikos que el Miranda era capaz de resistir los embates del Egeo. Quizá los antiguos dioses la habían oído y le mandaban una lección de humildad.

La furia de los elementos continuaba y respiró tranquila al ver que Nikos regresaba a la caseta del timón, sano y salvo. Empapado

y con el pecho palpitante, se apoyó contra la ventana lateral y con una inclinación de cabeza le dio a entender a Carrie que el trabajo estaba hecho.

—Es mi turno de dirigir el timón. Sírveme una taza de café.

Esta vez, Carrie se sintió contenta del relevo. Los brazos le dolían y no habría podido seguir dirigiendo el barco. Llenó una taza de café y se la acercó a los labios de Nikos.

Nikos tomó un sorbo y ella le sujetó la taza hasta que quedó vacía. Después, se sirvió una para ella.

—Eso fue… —dejó inconcluso el comentario porque la taza cayó de sus manos, cuando vio la enorme pared de agua que se levantaba encima de ellos. Con un grito de horror rodeó a Nikos por la cintura con los brazos y se aferró a él como una lapa. ¡Este era el fin! Cuando esa ola se estrellara contra ellos, el Miranda se haría trizas.

Se escuchó un tremendo bramido y un ruido seco, luego sintieron que el suelo de la caseta del timón se sacudía debajo de sus pies. El agua entró por el techo destruido y Carrie oprimió una mejilla sobre la espalda de Nikos sintiendo el movimiento de los músculos y tendones, mientras él luchaba por controlar el timón. De manera milagrosa, la pared de agua quedó detrás de ellos y el Miranda, un poco deteriorado, continuó hacia adelante. Avergonzada de su miedo, la chica apartó los brazos y, cuando estaba a punto de enderezarse, Nikos gritó:

—¡No te muevas! ¡Tenemos problemas! Algo anda mal con el timón.

Ella volvió la cabeza por encima del hombro y se dio cuenta de que la proa se balanceaba hacia el lado derecho mientras Nikos luchaba por girar el timón en otra dirección.

—¡Algo se ha roto! —gritó él.

—Te ayudaré —gritó, pálida por el miedo mientras agarraba el timón. No sabía si su débil fuerza sería suficiente, pero era mejor que quedarse parada, sin hacer nada.

—Gracias —le dirigió una sonrisa sin alegría.

La tempestad duró otra hora y de forma repentina comenzó a amainar. El viento dejó de soplar y las olas se calmaron. Ahora el

Miranda se balanceaba sobre el mar tranquilo.

—Gracias a Dios, que ya terminó —Carrie casi se desmayó de alivio en la caseta del timón.

Aunque Nikos estaba agotado, se las arregló para animarla con una sonrisa.

—Lo has hecho muy bien, Carrie.

—No lo creo. Estaba demasiado asustada —sacudió la cabeza, avergonzada por el elogio inmerecido.

—¿Y crees que yo no? De todos modos, tendremos que encontrar un lugar para amarrar el barco y evaluar los daños. Tal vez pueda arreglarlos yo mismo, si no son muy complicados —señaló la ventana de estribor—. Aquella parece una isla pequeña a pocos kilómetros de distancia. Localízala con los prismáticos.

—Parece que no hay habitantes. Creo que la playa es rocosa y al sur hay un brazo de mar arenoso.

Observó que una vez más los enérgicos brazos de Nikos tiraban del timón, en un esfuerzo porque el Miranda siguiera la nueva dirección. Ella debería salir a cubierta a revisar los desperfectos, pero parecía estar paralizada. Algo le sucedía, algo espantoso. Era como si la tragedia que acababan de vivir le hubiese dado a su relación una dimensión nueva y sus ojos le transmitieron la repentina emoción que crecía en su corazón, tan inesperada y aterradora como la tormenta de la que acababan de salvarse.

Tan pronto como echaron el anda en el brazo de mar, Nikos se quitó la ropa y se tiró por la borda para inspeccionar el timón.

—El timón parece estar bien —le informó—. Debe de ser la transmisión. ¿Tienes un plano del barco?

—Sí. Está en el anaquel, encima de las cosas de Jimmy. Voy a buscarlo.

Una vez que estudió los planos, a Nikos le fue fácil determinar dónde estaba el problema.

—No podrás entrar ahí —protestó Carrie cuando le enseñó el

angosto túnel donde estaba la conexión del timón, observó que su interlocutor abría enormes los ojos—. No podrás salir.

—La elección es sencilla —levantó los hombros—. O trato de arreglarlo o permanecemos aquí en espera de que algún barco que pase nos preste ayuda. Quizá tardaría una semana… —hizo una pausa cuando algo diabólico brilló en sus ojos verdes—. No crees que el destino nos ha traído aquí, ¿verdad, Carrie?

—¿Destino? —no le agradaba la palabra.

—Un sitio ideal. Aislado… ninguna posibilidad de que nos molesten…

—El túnel está muy oscuro —comentó ella de inmediato—. Traeré una linterna.

Cinco minutos después regresó con una linterna en una mano y una llave inglesa en la otra. Nikos metió primero la cabeza dentro de la abertura. Centímetro a centímetro su cuerpo fue desapareciendo.

Por un momento Carrie caminó de un lado a otro con una sensación de total impotencia. Esa iba a ser la parte más dura de soportar, saber que no podía hacer nada para facilitarle su trabajo, ya que las condiciones del túnel debían ser infernales. Un terrible calor… sin ventilación… tan encerrado como un ataúd lacrado.

—¿Nikos? —se inclinó sobre el túnel—. ¿Estás bien?

La respuesta fue un gruñido amortiguado y ella se mordió un labio… ¿Y si le sucediera algo? ¿Y si le diera un calambre o se desmayara por falta de aire? ¿Como podría sacarlo? No había forma de hacerlo.

¡Maldición! Debió habérselo impedido. Había puesto su vida en peligro por su temor de permanecer una semana ahí, sola con él. Era consciente de lo que sucedería. Aunque ahora la tratara con más respeto, dudaba que cambiara su plan original. Iba a ocurrir tarde o temprano, ¿entonces por qué no ahí? De todos modos… ¿estaría dispuesta a rechazarlo durante más tiempo? Corría el peligro de olvidar la parte más importante, o sea que Jimmy regresara sano y salvo.

—¡Nikos! —gritó de nuevo, cerca del túnel y obtuvo una respuesta muy débil.

Cuando estaba a punto de ir a preparar un café que sin duda le apetecería cuando saliera, cambió de opinión. ¿Y si algo ocurriera y le gritara pidiendo ayuda y ella no estuviera allí? Indecisa, se puso en cuclillas a la entrada del túnel y se mordió la uña del pulgar.

De forma inesperada oyó un ruido, y después, que Nikos le gritaba desde muy lejos.

—Ve a la caseta y mira si el timón está más suelto.

—Sí, ya funciona —le informó al regresar y haber hecho girar el timón de izquierda a derecha.

La tensión la invadía y, con un enorme alivio, observó que Nikos comenzaba a salir del túnel. El sentimiento de alivio de Carrie se transformó en ternura al ver la condición en que se encontraba. Las magulladuras y raspones en la espalda y hombros eran claramente visibles debajo de la capa de aceite y grasa.

Una vez afuera, se enderezó y dobló las piernas y los brazos.

—Una de las varillas estaba torcida —explicó—. Me las arreglé para enderezarla.

—Necesitas una ducha caliente —sugirió y lo miró de arriba abajo.

—Sí. La necesito —observó su pecho y su estómago, que estaban tan arañados como la espalda—. No voy a discutirlo.

—Bajaré en cinco minutos —respiró hondo y le dio a su voz un tono práctico.

—¿Vamos a duchamos juntos? —sus ojos brillaron maliciosos.

—No. Pero el estado de tu espalda es terrible y no podrás enjabonarte tú solo. Además, te pondré una crema antiséptica en esos cortes.

—Comprendo. Tu instinto maternal te lo pide a gritos, ¿no es verdad? ¿O la perspectiva de tocar mi cuerpo te entusiasma?

—Sólo trato de ayudarte, pero si eso es lo que crees, entonces que se te infecten las heridas —se ruborizó ante la insinuación de Nikos.

—Está bien —levantó la mano para calmarla—. Está bien. Discúlpame. Lo que pasa es que me sorprende un poco tu

preocupación por mi bienestar. Durante la tormenta era comprensible, pero ahora, me pregunto cuál es la razón. De todos modos, te lo agradezco —sonrió—. Te espero dentro de cinco minutos.

La distribución en el Miranda era idéntica a la época en que servía como barco de pesca con una tripulación de cuatro hombres. La escalera bajaba a la pequeña cocina y después estaban los camarotes, que eran dos habitaciones separadas por una cortina: cada una con una litera, un sencillo tocador y un guardarropa. Entre los camarotes un baño y una ducha.

Mientras se acercaba podía oír el ruido del agua al caer.

—¡Nikos! —gritó su nombre, junto a la cortina.

—Has llegado pronto —abrió la cortina de plástico.

—No. Ahora ponte de cara a la pared.

Una vez que él obedeció, a regañadientes, Carrie se enjabonó las manos y después las deslizó con suavidad sobre sus hombros y por su espalda.

—No te hago daño, ¿verdad? —preguntó.

—Ni siquiera me he dado cuenta de que habías empezado. Frota con más fuerza. No soy tan delicado.

Le frotó con energía los hombros.

—¿Mejor?

—Perfecto. Repítelo y me sentiré como un hombre nuevo.

—Hasta aquí llego —le dijo, cinco minutos después—. El resto puedes hacerlo tú mismo. Cuando estés vestido ve a la cocina y te pondré la pomada en la espalda.

En la intimidad de su camarote, Carrie se cambió de ropa. Después fue a la cocina y llenó el recipiente de café.

Volvió a atormentarla el pensamiento anterior. Quizá Nikos tenía razón y el destino había llevado al Miranda a ese apartado brazo de mar, que como él había afirmado, era un lugar paradisíaco. Y ella sólo había estado retrasando lo inevitable. «Por lo menos sé honrada y reconócelo, Carrie. Estás loca por él, ¿no es verdad? Si ahora mismo te tomara entre sus brazos, te entregarías a

él sin una palabra de protesta. Sí, pero…».

Ése era el problema, pensó, desolada. Estaba dispuesto a conquistarla, pero la decisión final era sólo de ella. Ese era el precio por la libertad de Jimmy. ¡Ella era la que tendría que pedírselo!

Era consciente de lo que sucedería. Nikos estaría feliz con su triunfo, pero en el fondo la despreciaría. Después de todo, esa era su intención: castigar a su hermano, humillándola. Pero si permitía que eso ocurriera, lo único que ganaría sería menosprecio y desdén, ¡lo cual sería terrible, porque ahora comenzaba a importarle lo que pensara de ella! Se estaba enamorando de ese hombre insoportable.

Acababa de terminar de preparar el café cuando oyó que Nikos se acercaba a la cocina y, respirando profundamente, trató de serenarse. Lo único que él llevaba puesto era un pantalón limpio.

—Siéntate —ella le indicó el banco.

Le sirvió una taza de café. Después, se sentó en el banco detrás de él y se echó pomada en sus dedos.

—Quizás esto te escueza un poco —comentó—. ¿Estás seguro de que no te hago daño? —preguntó al tiempo que aplicaba la pomada sobre las heridas.

—Sólo a mi paciencia —refunfuñó él—. Continúa.

—Esto evitará que se te infecte.

—¿Y las heridas en el pecho y el estómago? —volvió la cabeza para mirarla de frente.

—En esa parte, puedes aplicarla tú mismo —bajó la vista.

Levantó las manos sosteniendo la taza de café.

—No puedo. Tengo las manos ocupadas.

—Bueno, no podemos impedir que el amo y señor deje de saborear su bien ganado café, ¿verdad? —ocultó su incomodidad detrás de una sonrisa de sarcasmo.

Primero le curó el pecho, sus dedos se deslizaban sobre su piel y su mente trataba de apartar con desesperación el sentimiento de deseo que la invadía.

A lo largo del estómago tenía un profundo arañazo.

—¿Y esta otra? —Nikos se desabrochó el cinturón y aflojó la cintura de los vaqueros.

Ella tragó saliva al ver la herida que le bajaba del ombligo y, mientras le aplicaba la pomada con cuidado, sintió una extraña debilidad en sus muslos.

—Ya está. Ahora creo que deberías… —comentó con el deseo de irse y jadeó sorprendida cuando él la sujetó de la cintura y de nuevo la obligó a sentarse en el banco.

—No tengas tanta prisa —su voz era agradable, pero insistente —. Todas las buenas enfermeras dedican tiempo para charlar con sus pacientes. Aseguran que es bueno para el estado de ánimo.

—No soy enfermera. Sólo te he puesto un poco… —sonrió con amabilidad… y cautela.

—Pero tienes los sentimientos y las manos de una enfermera —agregó con voz suave y enérgica—. Tiernos y afectuosos —después de soltarla de forma inesperada, la miró con provocación—. Tus manos fue lo primero que observé cuando nos conocimos. Tus manos y tus ojos azules, y reconozco que era lo único visible. Sólo una cara manchada de grasa que podía o no ser hermosa.

—Sí, bueno olvidemos eso, ¿te parece? —apartó la vista, avergonzada, y de inmediato, cambió el tema—. No hay nada que pueda hacer aquí. Voy a arreglar el tejado de la caseta del timón.

—Ese es trabajo de hombre —contempló el cuerpo de su interlocutora y después se puso de pie—. Tú revisa el frigorífico y decide qué vamos a cenar esta noche.

Una vez que se fue, Carrie respiró temblorosa y se quitó el sudor de la frente. Debería ser esa noche, pues ella no podía resistirlo más tiempo. Miró la cafetera y sacudió la cabeza. Lo que en realidad necesitaba era una copa de coñac.

Capítulo 5

Carrie había aplazado el encuentro todo lo posible y, cuando subió a la cubierta un poco después, el sol estaba a punto de esconderse en el horizonte. Los últimos rayos le daban a la arena un tono rosado y la primera estrella de la noche brillaba en el este. Respiró aquel aire perfumado y después extendió unas mantas en la cubierta, del lado de la caseta del timón. Al levantar la vista, observó que Nikos le sonreía abiertamente.

—Nos sentaremos encima de ellas —explicó ella, tranquila—. Es mejor que cenemos en cubierta. Hace demasiado calor abajo.

Por un momento, sintió que los ojos de Nikos la desnudaban.

—Parece una buena idea, Carrie. Te aseguro que ésta va a ser una cena inolvidable.

—Oscurecerá en unos minutos —comentó, haciendo un esfuerzo por aparentar tranquilidad—. En el cajón del timón hay dos linternas.

—Iré a buscarlas —sonrió—. Me gustaría saber qué estoy… comiendo.

Cuando bajó de nuevo, Carrie entró en su camarote para mirarse en el espejo. Cepilló de nuevo su cabello y lo sujetó con una cinta. Aunque no estaba satisfecha con su apariencia, ya era demasiado tarde para mejorarla, así que regresó a la cocina. Revisó que todo lo necesario para la cena estuviese en la cesta, respiró con fuerza y subió a cubierta.

Nikos había colocado las dos linternas a un lado de la caseta del timón. En la radio sonaba una hermosa melodía. Colocó en el suelo la cesta y caminó hacia la popa para admirar la vista. La espectacular puesta de sol también llamó la atención de Nikos, y juntos, la observaron en silencio. La oscuridad siguió mientras el cielo cambiaba de carmesí a violeta. Una a una, las estrellas salieron y el mar parecía tranquilo después de aquel día agotador.

En silencio, los dos volvieron a donde estaban las mantas. Con la ayuda de las linternas, ella se puso en cuclillas y abrió el cesto.

—Te toca servir el vino —sacó el vino, los vasos y se los pasó.

Nikos la acercó a la luz y leyó la etiqueta.

—¡Danielis! Estás llena de pequeñas sorpresas, ¿no es verdad?

—Tengo varias —le informó sin darle importancia—. Fue parte del pago por un trabajo que hice. Sólo las saco en ocasiones especiales.

—¿Y qué ocasión especial celebramos esta noche? —levantó con inocencia una ceja.

—¿Por salir sanos y salvos de la tormenta? —levantó los hombros—. Sin duda es algo digno de celebrar, ¿no crees? —sin esperar respuesta, sacó un plato grande y le quitó la tapa—. Pollo frío con gajos de naranja. Es lo mejor que he podido hacer.

Él inclinó la cabeza en señal de aprobación y Carrie le sirvió una generosa ración en un plato.

—Tengo muchas latas, pero ninguna es adecuada para el vino —bromeó en un intento de ocultar su nerviosismo, pero tuvo la sensación de que perdía el tiempo. ¿Cómo se le pedía a un hombre que le hiciera el amor?

Quizás el vino la ayudaría, pensó, mientras lo observaba llenar los vasos. Dos botellas de ese vino no serían suficientes para hacerla perder sus inhibiciones. Pero permanecer sobria no formaba parte del trato.

Sentado ahí, estaba más arrollador que nunca. Iluminado con la poca luz de las linternas… Apartó los ojos antes de que le hiciera algún comentario sobre la forma en que lo miraba.

—Podemos zarpar mañana temprano —trató de iniciar una conversación informal—. Para recuperar el tiempo perdido.

—Tal vez —arrastró las palabras—. Es probable que nos guste este lugar, y si encuentro alguna forma de divertirme… bueno… ¿quién sabe?

—¿Divertirte?

Le sonrió de forma enigmática y cortó otra pieza de pollo.

Era absurdo. El sabía muy bien lo que iba a ocurrir y de manera deliberada trataba de hacerlo mucho más difícil para ella, pensó Carrie. No iba a esperar hasta que ella se arrodillara para suplicarle que lo hiciera, ¿verdad? ¡Cielos! Tal vez sí.

Sus ojos verdes brillaban en la oscuridad, como los de un tigre. Un depredador de la selva dispuesto a devorar a su víctima.

—¿Nikos? —se llenó de valor y extendió una mano.

Rezó porque la oprimiera con fuerza contra su cuerpo. El corazón le latía y sentía el cuerpo dolorido.

—Dime… —clavó la mirada en sus ojos.

—¿Quieres… quieres que…? —la voz se le quebró. No pudo pronunciar las palabras. Jamás saldrían de su boca… sin ayuda.

—¿Qué quieres, Carrie? —preguntó con suavidad.

Se dio cuenta de que él estaba disfrutando con la situación.

—Parece que te ha comido la lengua un gato —comentó burlón —. Quieres más vino, ¿verdad? —le llenó de nuevo el vaso—. No te avergüences. Es un vino magnífico y yo voy a servirme más.

Con mano temblorosa Carrie tomó el vaso y después apartó la cabeza para evadir aquella mirada penetrante. ¿Qué clase de poder poseía ese hombre? Era un demonio insensible de corazón de piedra; entonces, ¿por qué aún sentía ese deseo enloquecedor de estar en sus brazos y besar sus labios? Era inútil pretender que sólo le interesaba salvar a Jimmy. Era algo relacionado con ella misma.

—Oí en la radio las noticias, cuando estabas abajo —comentó él —. Dijeron que la tormenta fue peor de lo que imaginamos.

—¿Hubo víctimas? —preguntó, preocupada.

—Por fortuna no —sacudió la cabeza—. Pero sí muchos daños. El transbordador Skipos encalló y al menos una docena de yates zozobraron —hizo una pausa y después la miró de modo significativo—. Estuve a punto de morir y tú me salvaste la vida.

—¿Yo? —sus ojos azules lo interrogaron.

—Cuando salí a cubierta a amarrar la lona de encima de la bodega, tú hiciste un esfuerzo tremendo por mantener el Miranda en equilibrio. Si hubieras permitido que el barco se moviera, sin duda habría caído al mar —su mirada exigía una respuesta—. Esa era tu oportunidad de librarte de mí, Carrie. ¿Por qué no la aprovechaste? Todos lo habrían considerado un accidente.

—¿Me preguntas por qué… no te maté? —lo miró con

incredulidad.

—¿Por qué no? No tienes motivos para que yo te agrade. Todo lo contrario.

¡Cielos! Hablaba en serio. ¿Qué clase de persona creía que era?

—Bueno —aclaró, llena de indignación—, si piensas que soy capaz de algo semejante es que no conoces a las personas. Quizá la familia Spirakis vive de acuerdo con la ley de la selva, pero yo vengo de un mundo, donde la gente está muy por encima de esas cosas.

—Realmente te has ofendido —la observaba con ese gesto de desaprobación tan familiar—. Te pido disculpas. Cuando uno casi siempre está rodeado de enemigos, espera lo peor.

—No me sorprende que estés rodeado de enemigos —musitó—. No eres precisamente una persona amable, ¿verdad?

—Ahora trato de ser amable, Carrie. No lo hagas demasiado difícil.

«Dios me libre», pensó ella. Sin duda bromeaba.

—Está bien —suspiró—. Acepto tu disculpa, y olvidemos el asunto.

—Gracias, Carrie —se acercó un poco más—. Pero realmente salvaste mi vida y no puedo olvidarlo. Siento el deber de recompensarte de alguna manera.

—¿Recompensarme? —lo observó, cautelosa—. No quiero ninguna recompensa de ti, a menos que sea dejar libre a mi hermano.

—Después hablaremos de eso —se acercó aún más a ella—. Por el momento, tal vez me aceptes un beso como muestra de gratitud.

—¿Un beso? —la boca se le secó de inmediato—. ¿Tú… deseas besarme?

—Sólo como muestra de gratitud —replicó con suavidad.

Ahora su cara estaba muy cerca de la de ella. Tan cerca, que la hizo sentir que aquellos ojos verdes la absorbían.

—Entonces… hazlo —tartamudeó—. Si eso es lo que de verdad deseas.

—Creo que es lo que ambos queremos, Carrie —susurró al tiempo que le acariciaba con la mano la sedosa piel de una mejilla.

Estaban tan cerca, que sus muslos se tocaban, y sin dejar de acariciarle la mejilla, la besó en los labios. Por un momento, la boca de Nikos permaneció inmóvil; ella apenas sentía la presión. Después, él subió la mano libre para acariciarle la otra mejilla. Sosteniéndole la cabeza con las manos, Nikos movió con suavidad los labios sobre los de Carrie, en un ritmo lento, sensual, que la atormentaba. Comenzó a temblar y de forma instintiva se aferró a los hombros de Nikos para sujetarse.

Él aumentó la presión y el corazón de la muchacha comenzó a latir con fuerza. Dentro de las profundidades de su alma, el familiar demonio despertó y la excitó. Al sentir el roce de su lengua, ella entreabrió los labios y se perdió en la dulce sensación.

Su corazón latía aceleradamente cuando él la estrechó en sus brazos y ambos cayeron sobre la manta, en el suelo. Él estaba casi encima de ella y su lengua dejó de hacer estragos en la boca de la chica. Miró la profundidad de sus ojos.

—Quiero hacerte el amor, Carrie.

Ella hizo un esfuerzo inútil por hablar. Después de hacer de nuevo el intento sin resultado, se dio por vencida e inclinó la cabeza con debilidad.

—Si no estás de acuerdo, me detendré —sus labios rozaron sus párpados. Su respiración era cálida y dulce sobre la mejilla de Carrie—. Te prometí no tomarte por la fuerza y lo cumpliré.

Esa vez ni siquiera hizo el intento de hablar. Con desesperación le rodeó el cuello con las manos y de nuevo, él inclinó su boca hacia la de ella; con avidez desenfrenada, casi amenazadora por su intensidad. Era un deseo que exigía más, y los dedos de Carrie vagaron por su espalda en un anhelo insaciable que fue de pronto interrumpido por un quejido.

¡Cielos! ¡Las heridas de su espalda! En su deseo incontrolable las había olvidado.

—Nikos… lo lamento, no he querido hacerte daño —susurró con sentimiento de culpabilidad.

Al sentir que Nikos se apartaba de ella, el corazón le dio un

salto. ¡No la creía! Imaginaba que lo había hecho a propósito.

—Por favor, Nikos —le suplicó—. Ha sido sin querer. No lo hice… Olvidé… —su voz se apagó cuando él, de forma inesperada, le puso un dedo en los labios.

—Lo sé —le aseguró amable—. Digamos que te dejaste llevar por la pasión. Tu castigo es que no te muevas durante los próximos cinco minutos. ¿Estás dispuesta a hacerlo, mi pequeña tigresa con garras?

—Acepto —respondió.

Nikos le puso las manos en la cintura y las deslizó debajo de su camiseta.

—Tanta belleza no debe estar oculta, Carrie —le levantó la camiseta para dejar al descubierto los senos turgentes. Levantó los brazos para obedecer la orden de él, y un instante después, le quitó la prenda. Luego arqueó la espalda y permitió que le quitara el sostén para quedar desnuda de cintura para arriba. Sin vergüenza alguna, se dejó acariciar por la mirada de admiración de Nikos. Una vocecita interior condenaba su conducta inmoral, pero emociones más fuertes la acallaron.

Casi con reverencia puso una mano en cada pecho, sintiendo su firmeza y los pezones erectos.

—¡Afrodita! —murmuró él—. Verdaderamente el cuerpo de una diosa.

Con lentitud le desabrochó los vaqueros y los deslizó por las caderas y las largas y esbeltas piernas. Carrie sólo se quedó con la pequeña braguita, cerró los ojos y tembló de antemano cuando él le quitó esa última prenda. Abrió a tiempo los ojos, para observar que él también se desvestía y levantó los brazos para atraerlo hacia ella. Mientras sus bocas se unían en un húmedo encuentro sintió la dureza del cuerpo masculino sobre su piel y el contacto la hizo estremecerse de deseo.

Finalmente, la boca de Nikos vagó hacia su cuello para sentir el pulso acelerado y siguió su camino hacia abajo hasta llegar a su destino final, cerrándose sobre el pezón. Carrie, de forma convulsiva, le acarició el cabello y un grito escapó de sus labios.

Su cuerpo tembló al sentir que la mano derecha de Nikos

iniciaba una exploración sobre su estómago y sus caderas, y gimió cuando le separó los muslos con suavidad.

Podía oír la respiración agitada de Nikos, cuando éste se acomodó encima de ella. Nikos deslizó la mano izquierda sobre el trasero de ella para levantarla, y Carrie se mordió un labio para ahogar un grito cuando la poseyó. Por un instante, permaneció inmóvil al sentirse oprimida por el peso de su pareja hasta que él se levantó y usó sus antebrazos como apoyo. Temerosa de lastimarle otra vez la espalda, lo sujetó del cabello como si temiera que se levantara y la dejara acostada ahí, estremeciéndose de pasión.

Él la contempló; sus ojos estaban encendidos por el fuego de una tormenta interna, y después comenzó a moverse. La lenta y rítmica posesión produjo una reacción primitiva en el cuerpo de ella que la ayudó a contestar esa invasión con un ritmo propio.

Olas de voluptuoso placer invadían su cuerpo haciéndola olvidarse de todo. No existían ni el tiempo ni el espacio. Sólo importaba ese sentimiento. El ritmo de él se hizo más rápido, lo mismo que las respuestas de Carrie, llevándola a un febril instante. La chica lo oyó gemir y se dio cuenta de que temblaba, y su propio cuerpo se convulsionó en una explosión silenciosa de placer.

Lo abrazó con fuerza hasta que sus cuerpos dejaron de temblar. Sus brazos cayeron a los lados y dejó escapar el último suspiro de pasión.

—¿Has estado bien? —él le besó los párpados y después la boca.

—¿Por qué me haces esa pregunta tan tonta? ¿No puedes contestarla tú mismo?

—La próxima vez será mejor —le dio un mordisco en la yema de los dedos—. No seré tan impaciente.

—¿La próxima vez? —preguntó, después de mirar aquellos ojos verdes y fingió un gesto de escándalo—. ¿Qué te hace suponer que habrá otra vez?

—¿Y por qué debería pensar que no? —rió con suavidad. Se apoyó en un codo para contemplar el cuerpo de Carrie como quien admira una posesión recién adquirida—. He decidido que mañana nos quedemos aquí. Desembarcaremos para explorar la isla, después haremos una fogata en la playa y haremos el amor.

Nikos bajó a la cocina y regresó con más vino, una colcha y dos almohadas. Ella estaba acostada tal como él la había dejado y con un dedo señaló las estrellas y esbozó una sonrisa.

—Allí están los satélites, los cuales llevan rayos infrarrojos para poder ver en la oscuridad, y aquí estamos nosotros dos totalmente desnudos. A lo mejor aparecemos en una enorme pantalla de televisión en Houston o Moscú.

—Siempre y cuando eso evite que se lancen misiles entre sí —Nikos rió de buena gana.

—Da un significado nuevo al dicho que dice que: hacer el amor evita la guerra, ¿no crees?

Nikos se sentó y llenó las copas de vino.

Hablaron mucho… al menos ella. Quizás el vino era el responsable, y de forma natural le contó su vida en Inglaterra antes de tomar la decisión de vivir en Grecia. Ella se mostró interesada sobre todo en lo relacionado con el padre de Nikos y la forma en que había desechado una vida de aburrida seguridad, por seguir un sueño.

—Fue lo correcto —opinó Nikos con seriedad—. El hombre sólo tiene una vida. No debería desperdiciarla.

—Eso es justo lo que mi padre siempre decía. No temas al día de mañana porque un día después será ayer… Quiero decir… hoy es el mañana por el que te preocupaste ayer —asintió con la cabeza.

—Sé lo que quería decir —comentó él en tono de broma y le quitó el vaso de la mano—. Ya hemos bebido suficiente vino.

—Es verdad —una agradable soñolencia la invadió y miró a Nikos con los párpados a medio cerrar—. Pero no estoy borracha. Sólo un poquito… cansada. No te importa si duermo un poco, ¿verdad?

—Creo que los dos necesitamos dormir —bostezó.

—Sí —acomodó la cabeza en el cojín, con pereza, y se estiró hacia él. ¿Quieres oír algo verdaderamente loco?

—¿Qué es? —se acostó junto a ella.

—Me gustas —susurró—. No puedo evitarlo.

—Mmm. No me equivoqué… has bebido demasiado. Duérmete.

Durante la noche, Carrie despertó una vez. Nikos tenía un brazo sobre su pecho y su respiración era profunda y tranquila. Se sentía contenta de estar acostada mirando las estrellas y escuchando el suave sonido de las olas, pero su mano tocó el muslo desnudo de Nikos. Aunque estaba dormido, Nikos suspiró y por un instante sintió la imperiosa necesidad de volver a hacer el amor. Pero cambió de opinión. Tal vez sería mejor dejar que durmiera. Era demasiado pronto. Ojalá supiera más de los hombres. Tal vez él se enojaría y decidió esperar hasta mañana. Sonrió en la oscuridad. ¡Cielos! Se estaba convirtiendo en una descarada. ¿Y por qué no? Con excepción de aquel breve episodio con el sinvergüenza de Victor, no había vuelto a estar con nadie, ya era hora de que hiciera lo que quisiera. Después de todo, era tan humana como los demás.

Amanecía cuando la chica despertó y de inmediato posó una mano sobre su cabeza.

—Oh…

—¿Te sientes mal?

—Un poco —entreabrió los párpados y vio la figura de Nikos junto a la barandilla—. Es lo que llaman resaca.

—Conozco un buen remedio.

—Café con dos aspirinas será suficiente. En media hora estaré en perfectas condiciones.

—Este remedio es instantáneo —la estrechó entre sus brazos.

—¡Nikos! —el contacto íntimo y la calidez de su cuerpo ocasionó que ella sonriera sorprendida—. ¿Qué estás…? —la pregunta quedó inconclusa cuando Nikos saltó con ella al mar.

La sorpresa inicial la dejó sin respiración y luchó por salir a la superficie balbuceando.

—Bruto. ¿Quién supones que eres…? —el besó de él interrumpió su explosión de coraje.

Nikos la soltó para que tomara aire. Un instante después, él salió a la superficie con el cabello pegado a la frente. Sus ojos brillaban divertidos.

—¿Cómo va el dolor de cabeza?

—Hubiera preferido el café con las aspirinas —su respiración volvía a la normalidad y, a pesar de lo agradable del agua, lo miró con resentimiento.

—Este remedio es más divertido —la estrechó contra su cuerpo.

Sus labios se unieron de nuevo y notó que Nikos bajaba las manos para sujetarle el trasero. Sintió algo más.

—¡No! ¡Aquí no, nos ahogaremos!

—No es verdad. No dejes de mover los brazos.

Sintió que la levantaba y él esbozó otra sonrisa.

Jadeante, Carrie lo rodeó con las piernas y comenzó a golpear el agua con furia.

Nadaron hacia la playa y se acostaron en la arena. Una vez que se tranquilizó, Carrie se puso de costado y empujó a Nikos por las costillas.

—Eres increíble. Supongo que esa era tu idea de la hidroterapia.

—Te aseguré que era mejor que una aspirina —se defendió—. Después de todo no te has ahogado y estoy seguro de que el dolor de cabeza te ha desaparecido.

—Debes de haberlo hecho otras veces —volvió a empujarlo por las costillas.

Nikos sonrió de forma enigmática y a ella la invadió un absurdo arrebato de celos. ¿A cuántas mujeres les habría hecho el amor?, se preguntaba. ¿A cincuenta? ¿A cien? ¿O había perdido por completo la cuenta? ¿Y cómo la calificaría en la escala del uno al diez? ¿Menos dos? Sin duda estaba acostumbrado a mujeres experimentadas, a las latinas ardientes de ojos brillantes y sonrisa seductora.

—Siempre consideré a las inglesas frías e insensibles hasta que te conocí, Carrie. Me has hecho cambiar de opinión.

—Tengo hambre —cambió de tema para no seguir hablando del asunto—. Prepararé el desayuno y cuando esté listo te llamaré —se puso de pie con rapidez. Entró al agua y nadó hacia el Miranda.

Después de desayunar, subieron al pequeño bote para regresar a la playa y comenzaron a explorar la isla. Desde el punto más alto

sólo se veían extensiones de maleza y hierba.

—Me gusta —afirmó ella con rebeldía—. Incluso me parece hermoso. Está tal como Dios lo creó y nadie ha llegado aquí para estropearlo.

—¿Consideras que los huertos, los campos y los olivos estropean la naturaleza?

—Algunos fertilizantes son dañinos.

—Dudo que los millones de personas que pasan hambre compartieran tu opinión —rió ante la evidente incomodidad de su interlocutora—. Esa es la diferencia entre tú y yo, Carrie. Tú eres una idealista. Yo un realista. Sé lo que debe hacerse y pongo manos a la obra.

Carrie guardó silencio hasta que regresaron a la playa. Su compañero comenzó de inmediato a buscar leña.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Carrie, después de observarlo largo rato.

—Para comer algo decente. Como soy realista, voy a preparar pescado para cenar mientras tú, mi pequeña idealista, te ocupas de recoger madera para la fogata.

Esa noche volvieron a hacer el amor junto al fuego. Fue algo dulce y tierno. Todo lo que había soñado. Un momento antes de quedarse dormida en los brazos protectores de Nikos, Carrie comprendió que para bien o para mal estaba perdidamente enamorada de él.

Capítulo 6

A las cinco de la tarde del siguiente día, amarraron el Miranda en el muelle del puerto de Thikos, y en ese momento Carrie se dio cuenta de lo tonta que había sido y lo poco que le importaba a Nikos.

Lo había sospechado por la mañana, al subir el café a la caseta del timón. El ancla estaba levantada y el Miranda salía del brazo de mar.

—No olvidaré este lugar en mucho tiempo, Nikos. ¡Siempre lo recordaré como algo especial!

—No veo el motivo —tomó el café que ella le ofrecía y dio un sorbo—. Como te comenté ayer, sólo sirve para que lo habiten cabras.

La mirada de Carrie se entristeció, ya que no era la respuesta que esperaba. Fue como una bofetada.

—Quizá serías tan amable de indicarme qué rumbo debo seguir —dijo Nikos refunfuñando.

Ella ignoró el tono de su voz y el dejo de sarcasmo, y buscó la carta de navegación.

—Hacia allí —señaló ella—. Thikos. Necesitamos combustible, agua potable y provisiones. Tengo una cuenta en ese lugar. Dormiremos ahí y después nos dirigiremos hacia el norte…

—Conozco Thikos —la interrumpió con brusquedad—. Hay un buen hotel. Por lo menos pasaremos la noche en una cama cómoda.

—¿Qué ocurre? —preguntó, áspera—. ¿Cansado de las incomodidades?

—No merece la pena despreciar los beneficios de la civilización, cuando los tenemos a mano —aclaró.

Sentía ganas de aclararle que ella, en primer lugar, nunca lo había invitado a que subiera a bordo, pero cambió de opinión. Tal vez eso la llevaría a hablar de cosas que con desesperación trataba de olvidar.

—Sí… bueno. Voy a bajar a limpiar. Dentro de dos horas me haré cargo del timón.

Dio rienda suelta a su frustración, fregando con energía el suelo de la cocina. Aunque no había esperado abrazos y besos, al menos podía haberla tratado con más cortesía. Aunque respetaba su opinión de que el lugar era idóneo sólo para cabras, sin duda significaba algo más para él. Era el sitio donde habían hecho el amor por vez primera.

Terminó de limpiar el suelo y después hizo lo mismo con el resto de la cocina. Al terminar, se preguntó si su reacción no era exagerada. Sólo porque él la había tratado con cierta brusquedad había sacado las peores conclusiones. Después de todo, juntos habían pasado momentos inolvidables… sin duda él aún estaba… Temerosa de poner en palabras su pensamiento, inspeccionó la cocina para buscar algo más qué limpiar.

Deseando que el estado de ánimo de Nikos hubiera cambiado, Carrie le llevó otro café, cuando se acercó a sustituirlo en el timón. Sonriente, le entregó la taza.

—Esto es lo último de azúcar que queda, Nikos. Él la cogió apenas con un susurro y ella con suavidad le pasó los dedos por la espalda.

—Las heridas ya casi están curadas. Tal vez por el… agua salada.

—Sí, seguramente —contestó.

—Me haré cargo del timón —ofreció Carrie con frialdad, al darse cuenta de su rechazo.

Después de levantar los hombros, Nikos se apartó, llevándose el café.

Mientras tomaba el timón, y rectificaba la trayectoria, Carrie se tragó su amargura. Nikos la acusaba de ser una idealista y quizá lo era, pero cuando las circunstancias lo requerían, podía ser tan realista y mal intencionada como él. Antes de que el día terminara, Nikos iba a comprobarlo. Ella le había concedido lo que deseaba y ahora era el turno de Nikos de cumplir su parte del trato.

Tan pronto como llegaron a Thikos, Nikos desembarcó para reservar una habitación en un hotel, dejando a Carrie en el barco

para que le pusiera combustible. En cuanto a las provisiones, la chica se encargaría de comprarlas a primera hora de la mañana, cuando los artículos en el mercado estuvieran frescos. Cuando terminó de llenar el depósito, bajó a darse una ducha.

Diez minutos después, regresó a la cubierta con una blusa roja y una falda blanca. Nikos aún no había vuelto y ella caminó, impaciente, por la cubierta.

Su plan de acción aún estaba confuso, pero estaba decidida a no dormir con él esa noche. La farsa se había prolongado demasiado y estaba harta de que los hombres la manipularan. Victor la había utilizado para su propia satisfacción y Nikos la manipulaba como una forma de restituir el «honor de la familia». Bueno, todo terminaba ahí y ahora. El próximo hombre que llegara a su vida tendría que demostrarle que de verdad la amaba, antes de que ella le permitiera ponerle un dedo encima.

Cuando Nikos llegó, Carrie tuvo que esperar un cuarto de hora para que se duchara y se cambiara de ropa. Cuando subió a cubierta, Nikos tuvo el descaro de hacer comentarios sobre su apariencia, después de mirarla de arriba abajo.

—Me gusta la blusa. La falda es demasiado corta. ¿No tienes algo un poco menos atrevido?

—Ayer no te comportabas con tanta mojigatería —le dirigió una mirada de desdén.

—Ayer nos encontrábamos en una isla desierta —le recordó, en tono áspero—. Este es un puerto concurrido y me conocen muy bien.

—Si temes que el hecho de que te vean junto a una basura como yo, perjudique tu reputación, puedes ir solo. Prefiero quedarme aquí —la respuesta no se hizo esperar.

Con un brillo de indignación en los ojos, Nikos la sujetó del brazo con fuerza y le dio un tirón.

El restaurante a donde la llevó estaba lleno, pero el jefe de camareros, que sin duda lo reconoció, les asignó una mesa apartada.

En contraste con su actitud anterior, Nikos ahora se comportaba con encantadora amabilidad. Ella le contestó con estricta cortesía a

lo largo de la comida y en esa ocasión tuvo cuidado de no beber más de dos vasos de vino, que era su límite. Cuando el intentó servirle el tercer vaso, ella lo cubrió con la mano.

—No, gracias. Ya he bebido suficiente.

—Es un vino magnífico —aclaró—. Sería una lástima desperdiciarlo ahora que la botella ya está abierta.

—Consúmelo tú. Estoy segura de que puedes hacerlo.

La luz de las velas le iluminó los ojos a Nikos y frunció las cejas.

—¿Pasa algo? ¿Acaso no te sientes bien?

—Perfectamente bien, gracias.

—Entonces, ¿por qué estás tan antipática? —le preguntó en voz baja.

—Tú has hablado muy poco hoy, ¿no es verdad? —por un momento, lo miró, enfadada.

—Tenía algo en la mente —explicó, áspero—. Tu charla me estaba distrayendo.

—Bueno, yo también tenía algo en mi mente —le lanzó la pulla —, y tu charla me aburre. Tengo cosas más importantes en las cuales pensar.

—Comprendo —colocó el cuchillo en el plato y la miró pensativo—. Tal vez te gustaría comentármelo.

—Lo haré —prometió Carrie—, pero no aquí. Odio hacer escenas en un restaurante. Un sitio más tranquilo será mejor.

—¿Cómo la habitación del hotel? —sonrió sin alegría.

—Será perfecto siempre y cuando las paredes sean lo bastante gruesas.

—Mmm. Parece como si me esperara una noche muy interesante.

—Te lo aseguro —por supuesto que sería interesante, pensó la chica. Pero no de la manera que él esperaba.

Terminaron de cenar en silencio y, después, Nikos pidió un taxi para que los llevara al hotel. Una vez que estuvieron en la habitación, él examinó la amplia cama matrimonial y sonrió

provocativamente.

—Creo que estaremos muy cómodos en esta cama, Carrie. ¿Quieres que nos desvistamos ahora y lo comprobemos?

—Tú puedes hacer lo que quieras —respondió desdeñosa—. Yo no tengo intención de dormir contigo esta noche, ni ninguna otra.

—¿Hablas en serio? —le dirigió una mirada penetrante—. ¿Te das cuenta de la situación de tu hermano, si no cumples el trato?

—No voy a permitir que me hagas chantaje —rechinó los dientes—. Te entregué lo que querías y ahora debes liberar a Jimmy. En la mesa hay un teléfono. Da la orden ahora mismo.

—Imposible —aclaró, inexorable—. ¿Se te ocurre alguna otra cosa?

Carrie abrió la boca. Estaba preparada para cualquier cosa, excepto para su fría negativa. Una mirada a aquel rostro de piedra fue suficiente para que comprendiera que cualquier rebeldía por su parte sería un fracaso.

Pálida y temblando de ira, se sentó en una silla.

—Fui una cretina. Debí imaginarlo —alzó la vista para mirarlo con amargura—. Me estaba enamorando de ti. Y pensé… —las palabras se negaron a salir de su garganta por un momento, al fin continuó—: Creí que comenzabas a sentir… algo por mí. Pero me equivoqué, ¿no es verdad? Eres un hombre carente de sentimientos, como un robot programado para la venganza.

—No tenías derecho a enamorarte de mí —refunfuñó—. Sólo estás complicando las cosas.

¿Estaba complicando las cosas? ¡Cielos! Era como para reírse. Quizás ahora debería disculparse por enamorarse de él.

—Desde el principio fui sincero contigo —continuó, despiadado —. Lo menos que puedes hacer es ser igualmente sincera contigo misma.

—¿Y qué diablos se supone que significa eso? —demandó, iracunda.

Nikos caminó por la habitación, sujetó a la chica de los hombros y, con violencia, la obligó a ponerse de pie.

—Te diré lo que significa. Sientes remordimientos y pretendes culparme.

—¿Yo? —lo miró como si se hubiera vuelto loco—. No tengo culpa de nada. Tú eres el que debería sentirse avergonzado.

—Deja de engañarte a ti misma —la recriminó furioso—. Tu conciencia te hace comportarte como una mártir por salvar a tu hermano, pero tus instintos naturales te delatan. Con horror te has dado cuenta de que deseas hacer conmigo el amor. Esa es la verdad, ¿no crees?

—Suéltame —trató de liberarse de él—. ¡Has perdido el juicio!

—¡Contéstame! —preguntó, furioso—. Reconócelo.

—No. Es ridículo —sacudió la cabeza, clavándole una mirada de frustración.

—¿De verdad? —sus ojos le quemaban—. ¿Eres tan tonta como para suponer que un hombre no sabe cuando una mujer lo desea? La intensa mirada. Las pupilas dilatadas. El ligero rubor. La forma en que tiembla cuando la tocas.

Carrie desvió la mirada, incapaz de resistir tal escrutinio.

—Tu imaginación te ha gastado una broma —musitó, enojada—. Ilusiones. Nunca te pedí que me hicieras el amor. Me abrazaste y yo… yo…

—Es a ti a quien la imaginación y la memoria le juegan bromas —la interrumpió áspero—. Yo no te abracé. La verdad es que me diste lastima. Mi intención era que te arrodillaras y me suplicaras que te poseyera, pero era pedir demasiado. Esa noche llegaste a cubierta con mantas y almohadas y después de unas copas de vino trataste de armarte de valor. Pero no lo lograste, ¿verdad? En ese momento decidí facilitarte las cosas iniciando la seducción. Te di las gracias por salvarme la vida y te pregunté si podía besarte —hizo una pausa y continuó en tono de guasa—. Eso era lo único que esperabas, ¿no es cierto?

Experimentó repulsión por sí misma y la invadió un sentimiento de humillación. ¿Había sido su comportamiento tan evidente? ¿Tan claro? Cielos, ¡cuánto debió reírse de ella!

Después de soltarla, Nikos se arrellanó de nuevo en la silla. A

Carrie le era difícil decidir a quién odiaba más, si a él o a sí misma. Lo vio caminar hacia el teléfono, y por un instante, el corazón le dio un vuelco. Quizás había cambiado de opinión y dejaría libre a Jimmy al fin. Después oyó que pedía que le subieran a la habitación dos botellas de vino y vasos.

—Te dije que no quería más vino —sus ojos brillaron llenos de indignación.

—Quizá después cambies de opinión —levantó los hombros—, y casi estoy seguro de que lo harás. Ahora, estoy dispuesto a olvidar esta discusión innecesaria y te sugiero que hagas lo mismo.

Enfurecida por la fingida amabilidad de Nikos, se puso de pie para dirigirse de inmediato al baño. Por un momento contempló su imagen en el espejo y después se lavó la cara con agua fría. ¿Cómo era posible que hubiera creído que estaba enamorada de un hombre como él? ¿Habría sido una forma subconsciente de acallar su culpabilidad? Después de todo, esa era la mejor disculpa para justificar el haber hecho el amor.

Al regresar a la habitación, se dio cuenta de que el vino había llegado. Sólo le quedaba una carta y decidió jugarla.

—Acabo de vomitar —mintió—. Creo que estoy embarazada —bajó los ojos avergonzada—. Parece que has cumplido tu propósito. Ahora ya nada te detiene para hacer una llamada telefónica.

—Comprendo… ¿Estás segura de tu embarazo? —la observó, pensativo.

—Totalmente. Nunca había sufrido mareos.

—Está bien —tomó el teléfono—. Si ordeno que suelten a tu hermano, ¿dormirás conmigo esta noche? Sólo una vez más.

—¡No! Yo… yo… —su voz se apagó por el desconcierto de sentir que el poder de aquellos ojos verdes despertaba al demonio que dormía en su interior. Después de mirar la cama, se mordió un labio.

—¿Por qué no, Carrie? —trató de persuadirla con suavidad—. No es mucho pedir, ¿verdad? La libertad de tu hermano a cambio de una última noche en mis brazos. No creo que me detestes tanto.

—Está bien… acepto —cerró los ojos.

—Sabía que lo harías.

Algo en el tono de su voz la obligó a abrir mucho los ojos y el corazón le dio un vuelco al ver la mueca irónica en la boca de él.

—¿Me tomas por un imbécil? —preguntó Nikos, burlón—. Es imposible saber aún si estás embarazada. Es demasiado pronto. Bebamos una copa y olvidemos todas estas tonterías.

Carrie clavó las uñas en las palmas de la mano para controlar su ira y después respiró con fuerza.

—Eres despreciable.

—Anoche no pensabas así.

—Todavía no te habías quitado la máscara —contraatacó.

—Ves sólo lo que quieres ver —contestó él con la misma brusquedad—. Eso es lo malo de ser idealista. La próxima vez que vengas a decirme que estás embarazada, lo mejor es que estés segura, porque tendrás que someterte a una prueba —ignorando la expresión de agravio en el rostro de su interlocutora, agregó—: La prueba la efectuará el médico de nuestra familia. El mismo que confirmó el embarazo de mi hermana. Si opina que no estás embarazada, entonces comenzaremos de nuevo —comentó con informalidad, mientras llenaba dos vasos de vino—. En lo que a mí respecta, no me importa cuánto tiempo tardes en quedarte. ¿Quieres esta copa o no?

Hizo caso omiso de la copa que él le ofrecía y se arrellanó en el sofá. Esa pesadilla empeoraba por momentos y debía existir una salida, algo que pudiera hacer. Suplicarle resultaría inútil, porque no conseguiría nada.

—Está bien, Nikos —se levantó con lentitud—. Tendré a tu hijo y reza por que sea varón. Un hombre tan fuerte y seguro de sí mismo como tú.

—Estoy seguro de que lo será.

—Yo también —le sonrió con frialdad—. Porque tan pronto tenga la edad suficiente para comprender, voy a explicarle lo que hiciste. Le diré que su propio padre nos abandonó. Te odiará, Nikos. Y alimentaré ese odio día a día hasta que alcance la madurez. Y cuando llegue ese día te buscará y te destruirá a ti y a tu maldito

clan.

—¿No crees que eres bastante melodramática, Carrie? Quizá sea una niña. Y en cualquier caso, ¿quién sabe dónde estaremos todos nosotros dentro de veinte años? —sacudió la cabeza—. No, Carrie. Una amenaza como ésa no me presiona lo más mínimo —de nuevo le ofreció el vaso—. Bebe esto. Creo que lo necesitas.

Sin darse cuenta de lo que hacía, bebió el contenido del vaso de un solo trago.

—Mucho mejor —dio su aprobación—. ¿Nos ponemos cómodos y vemos la televisión antes de acostarnos o prefieres que vayamos a un centro nocturno?

—Si tu hermana es como tú, sólo Dios sabe qué vio Jimmy —lo miró con amargura.

—Supongo que su atractivo. Al igual que todas las mujeres de mi familia, Helen es guapísima.

—Sí… —murmuró con tristeza—. Y apostaría a que saben cuál es su lugar, ¿no es cierto? Sin duda son mujeres pisoteadas si todos los hombres Spirakis son como tú. No sé qué tienes en las venas. No es sangre… más bien parece ácido.

—Yo soy más liberal que mis hermanos y primos —rió con aspereza ante el comentario de ella y llenó su vaso—. Gracias a mi intervención, tu hermano aún está vivo. Todos estaban de acuerdo con tomar una decisión directa y drástica, pero me las arreglé para convencerlos de que esto era más apropiado —llenó su vaso y lo levantó, burlón—. Porque continúe la buena salud de tu hermano.

—¿No sientes el más mínimo remordimiento por la forma en que me estás tratando? Soy mujer al igual que tu hermana, a quien tanto cuidas.

Por un segundo apareció en los ojos de Nikos una expresión de dolor, la que de inmediato fue sustituida por un brillo cínico.

—No tengo otro remedio. Soy el hijo mayor y el resto de la familia espera que me vengue de este insulto a nuestro honor. Es mi deber.

—¿Tu deber? —le dirigió una mirada de desprecio—. Tal vez era lo que decían los emperadores romanos cuando lanzaron a los

cristianos con los leones.

—Sí —asintió, áspero—. Quizá.

—Vuelve a llenarlo —le dio el vaso.

—En dos minutos has bebido dos vasos.

—Llena el maldito vaso o lo haré yo —insistió.

Nikos se vio obligado a complacerla. Luego, Carrie caminó hacia el balcón con su vaso en la mano. En la tranquila calle de abajo, las parejas paseaban del brazo y se escuchaba el murmullo de las conversaciones y las risas. Era gente común y corriente que disfrutaba de vivir y se preguntó si esas personas serían conscientes de lo afortunados que eran.

La descripción de Nikos sobre sus parientes significaba una preocupación más. Jimmy era un hombre independiente, como ella, y no aceptaría ninguna clase de encarcelamiento, sin causar todos los problemas del mundo. Tal vez se impacientara y le hicieran daño. Este pensamiento la hizo estremecerse. A primera hora de la mañana le pediría a Nikos que la dejara hablar con su hermano por teléfono. Al terminar la tercera copa, entró en la habitación.

—Deseo hablar con Jimmy a primera hora de mañana —llenó de nuevo su vaso.

—¿Por qué motivo? —arrastró las palabras—. ¿Tratas de castigarlo por todos los problemas que ha causado?

—Quiero asegurarme de que está en buenas condiciones físicas.

—Te lo aseguro.

—Necesito que él mismo me lo diga. ¿Eres tan malvado que ni siquiera me permitirás hablar con mi propio hermano?

—Está bien —levantó los hombros con indiferencia—. Cálmate. Lo arreglaré.

—Más te vale.

—¿Intentas emborracharte? —le preguntó al ver que de nuevo llenaba su vaso—. Ese vino es fuerte.

—Cuanto más fuerte, mejor —la habitación parecía oscilar un poco. Le dio hipo y señaló la cama—. Antes de que me acueste ahí, contigo, voy a emborracharme. Y en el punto culminante de tu

actuación, voy a vomitar encima de ti —levantó el vaso hacia sus labios y se detuvo para mirarlo—. Con un poco de suerte, te haré odiar el sexo el resto de tu vida.

—Baja ese vaso —le ordenó—. No sólo te estás poniendo en ridículo, sino que te levantarás con una tremenda resaca.

—¡Una resaca! —fingió un ademán de horror—. ¡Oh, Dios mío! No debo tener una resaca, ¿verdad? Sería terrible —le dio hipo de nuevo, antes de mirarlo—. ¡Cretino! ¿Crees que me preocupa la resaca? —levantó el vaso y apuró su contenido.

—Bueno, ya se ha terminado la primera botella —comentó él en tono de broma—. Sólo queda una. ¿Debo pedir una caja entera?

—Sí. Hagamos una maldita fiesta para celebrar que estamos juntos —lo miró achispada—. No es tu cumpleaños, ¿verdad? ¿No? Ni el mío. No importa. Pensaré en algo. Déjame ver… ¡ya sé! ¡La llamaremos una fiesta de concepción! —contenta de su brillantez trataba de descorchar la segunda botella, cuando él se la arrebató.

—Ya has bebido suficiente —refunfuñó—. Ahora desvístete.

De nuevo, el dormitorio pareció comenzar a girar y Nikos la sujetó de los hombros.

—¿Qué te pasa? Ya estás impaciente, ¿verdad?

—Enojado sería una descripción mejor —aclaró, molesto—. Ahora desvístete o lo haré por ti.

—¡Oh, no! —se las arregló para apartarlo sin caerse—. Puedo hacerlo… yo sola, gracias —cuando estaba a punto de desabrocharse el botón superior de la blusa alzó las cejas enojada—. No vas a quedarte parado ahí observándome, ¿verdad? ¿Acaso no puedes, volver la espalda? No voy a escapar.

Por un instante parecía que él estaba listo para arrancarle con los dientes la cabeza, y después de dar un suspiro de desesperación, se dio media vuelta.

—Eso está mejor —murmuró Carrie entre dientes—. Sé que es un esfuerzo para un hombre como tú, pero si lo intentas, puedes comportarte como un caballero.

Al fin logró desabrocharse la blusa. La falda no fue problema, pero no alcanzaba el cierre del sujetador. Si el maldito suelo se

quedara quieto un momento… Al fin se dio por vencida y le golpeó en el hombro.

—Disculpa, pero no puedo quitármelo. ¿Crees que podrías…?

Él la rodeó con los brazos y desabrochó con destreza el cierre; la prenda cayó al suelo cuando ella levantó los hombros.

—Gracias —dijo con ceremoniosa formalidad—. Ahora ya puedes soltarme.

—No creo que sea una buena idea —miró la piel tentadora—. Estás a punto de desmayarte —antes de que ella se diese cuenta de lo que pasaba, la tomó en brazos para acomodarla en la cama, con suavidad.

Por un instante, ella lo miró y por alguna razón extraña sintió un nudo en la garganta y el labio comenzó a temblarle.

—No me importaría —dijo con ternura—… si pensara que te importo aunque fuese un poco, no me importaría… Con toda sinceridad, Nikos, no me importaría.

Mordiéndose los labios, cerró los ojos y esperó…

Capítulo 7

A la mañana siguiente el dolor de cabeza despertó a Carrie. Abrió un poco los ojos y los cerró con un gemido. Un instante después lo intentó de nuevo, y esta vez se las arregló para mantenerlos abiertos mientras miraba el techo.

¡Anoche! ¡Oh, Dios! Sintió ganas de meterse de nuevo bajo las mantas y esconderse. Con dificultad se incorporó y miró a su alrededor. No había el menor indicio de Nikos, pero podía oír el ruido de la ducha.

Jamás se había sentido tan mal en su vida. Trató de reconstruir los acontecimientos de la noche anterior. Discutieron mucho… sí… le había dicho a Nikos lo que pensaba de él… ¿y después? ¿Le había quitado la ropa? ¿O ella misma lo había hecho? No estaba segura, pero sí recordaba que la había cogido en brazos y la había metido en la cama…

—Buenos días, Carrie.

Nikos salía del baño, recién afeitado y vestido, y se sentó en el borde de la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Bien —contestó con voz poco clara—. Muy bien.

—Tu aspecto no es bueno —comentó en tono de broma—. Pareces una superviviente de un tren descarrilado.

—Sin duda sabes estimular la confianza que una persona tiene en sí misma, ¿no es cierto? —advirtió con acidez.

—No debiste beber tanto —opinó, indiferente—. Te lo advertí, pero no me hiciste caso. Ya he desayunado —se puso de pie—. ¿Y tú? ¿Quieres que ordene que te traigan algo? ¿Huevos con tocino?

—No, gracias. Sólo mucho café.

Nikos llamó a la recepción y, después de pedir el café, se sentó de nuevo junto a la chica.

—Cuando te sientas capaz, llamaré a la finca.

—¿Finca? —frunció el ceño.

—Me pediste hablar con tu hermano. ¿No te acuerdas?

—Sí. Lo… recuerdo.

Bajo la constante mirada inquisitiva de sus ojos, la chica comenzaba a sentirse incómoda.

—¿Qué recuerdas?

—Si no te importa, prefiero no pensar en eso ahora —pequeños recuerdos ya la atormentaban.

Contempló la almohada intacta del otro lado de la cama.

—Estuvimos… quiero decir…

—No —contestó con evidente disgusto—. Estabas inconsciente. Aunque sé lo que opinas de mí, aún no he bajado a ese nivel.

Continuó mirándola con enojo, satisfecho de darle una lección.

—Te quedaste dormida tan pronto como te acosté en la cama. Después de asegurarme de que estuvieras cómoda, salí un rato. Cuando regresé, roncabas como un marinero borracho —con un ademán le señaló la silla—. Pasé una noche muy incómoda sentado ahí.

—Supongo… que debería agradecértelo —notó que su ropa estaba doblada sobre el tocador.

—¿Por qué? ¿Por cuidarte? ¿Por no aprovecharme de tu estado?

—Sabes a qué me refiero —se mordió un labio con tristeza—. No lo hagas más difícil. Ya me siento bastante mal.

—Anoche me clasificaste de cretino mal intencionado. Quizá sólo quería la satisfacción de ver que esta mañana te comieras tus palabras.

—Deseo darme una ducha —miró hacia el baño.

—Muy buena idea. Tu café estará aquí cuando salgas —se levantó y se acercó a la ventana mientras ella abandonaba la cama para tomar su ropa y caminar hacia el baño.

Carrie se colocó bajo el chorro de agua hirviendo y después abrió el grifo de agua fría. Se cubrió de inmediato con una toalla y después de vestirse entró en la habitación.

—Ahora tu aspecto es mucho mejor —Nikos servía el café y la

miró de arriba abajo—. ¿Ya ha desaparecido el dolor de cabeza?

Ella hizo un ademán afirmativo y tomó un sorbo de su café.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve. ¿Por qué? ¿Tienes prisa de ir a algún lugar?

—Sí. Al mercado, a comprar verduras frescas. Si llego tarde, ya habrán vendido las mejores.

Él levantó el teléfono y pidió hablar con el gerente.

—Habla Spirakis. Por favor envíe a alguien de la cocina al mercado para comprar algunas cosas y llevar las a un barco que está en el muelle llamado Miranda —le entregó a Carrie el teléfono —. Dale la lista de las verduras que quieres que te compre.

De modo que así actuaban los ricos y poderosos, se dijo a sí misma, de mal humor. No regatean en el mercado… mandan a alguien de la cocina a que lo haga por ellos.

Una vez que Carrie terminó con la lista de la compra, Nikos le pidió a la telefonista que le pusiera con un número de teléfono.

Carrie bebió otro sorbo de café y se dio cuenta de la impaciencia de Nikos mientras esperaba.

—Trato de llamar a la finca —le explicó mientras le echaba una mirada—. Vas a tener la oportunidad de hablar con tu hermano. No hables mucho, por favor. Sé lo más breve posible.

Carrie bajó la taza de café y se dispuso a coger el auricular. No sabía qué decirle a su hermano, excepto que no se preocupara; pero conociendo a Jimmy, estaría más angustiado por ella que por sí mismo.

—¿Está segura de que llama al número correcto? —preguntó Nikos después de otra espera interminable y finalmente colgó el auricular—. No contestan.

Carrie lo miró recelosa, preguntándose si esa era otra de sus mentiras para lastimarla y confundirla, pero se dio cuenta de que su impaciencia era sincera.

—Quizá no hay nadie —opinó.

—En la casa grande hay ocho personas —aclaró, irritado—. Al menos una debería estar ahí para contestar el teléfono.

—Quizás haya una avería en la línea —opinó para tranquilizarlo —. Vuelve a intentarlo dentro de un rato.

—Lo haré. Pero tengo la sensación de que algo anda mal.

—¿Mal? —preguntó—. ¿A qué te refieres? ¿Algo relacionado con mi hermano? —su voz comenzó a estremecerse—. Te… te advierto Nikos, que si tu familia lo ha lastimado…

—Tu hermano está sano y salvo —le lanzó.

—¿Cómo lo sabes? —demandó—. Después de lo que me dijiste de esos cerdos vengativos que tienes por familia.

—Nadie se atrevería a desobedecer mis órdenes —la miró con indignación.

A pesar de la vehemencia de sus palabras, éstas no la tranquilizaron, y de nuevo, lo injusto de la situación le provocó un nudo de amargura en la garganta.

—Supongo que lo tienen encadenado en el sótano, como a un animal —afirmó en fría acusación—. Esa sería tu idea de mantenerlo a salvo, ¿no es verdad?

—Eso encajaría muy bien en tu percepción de mí como una bestia insensible —comentó con sarcasmo—. El hecho es que, quizás en la finca se encuentre mucho más cómodo que a bordo del Miranda. Cuenta con una habitación detrás del alojamiento de los sirvientes y come lo mismo que los demás. Trabaja en los campos de olivos de siete de la mañana hasta mediodía. Después, el resto del día es todo suyo.

—Si le permitieran hacer lo que quisiera, habría escapado hace mucho tiempo —le aseguró.

—De manera razonable, puede hacer lo que quiera —rectificó Nikos, cortante—. No se le permite acercarse a la casa principal y, por supuesto, a todas horas está vigilado.

—¿Acaso por uno de tus secuaces greñudos armados? —rió con burla.

—Mi primo, Theo, en nada se parece a tu descripción. Es bastante exigente con su apariencia.

—Al infierno con tu primo Theo —refunfuñó.

—Probablemente irá a parar ahí, como todos nosotros. Bien, como tenemos unos minutos libres, hay algo que quiero discutir contigo.

—¿Discutir? —terminó su café y lo miró con recelo—. Qué raro. Hasta ahora, jamás te has molestado en…

—¡Por amor de Dios, mujer! —exclamó, furioso—. ¿No puedes dulcificar tu lengua cinco minutos? Anoche ya soporté tus insultos. Trato de ser razonable contigo, pero no me das la oportunidad.

—Está bien. Te… escucho —se atemorizó ante la mirada violenta de Nikos.

—He pensado en el futuro de nuestro hijo —caminó hacia la ventana y miró hacia la calle.

El corazón le dio un vuelco. Era la primera vez que se refería de su hijo como «nuestro».

—No es justo que él sufra por los pecados de otros —manifestó con serenidad.

Aunque estaba completamente de acuerdo, descubrir ese sentimiento en un hombre como él era lo último que Carrie esperaba. Incapaz de saber qué contestar, esperó que él continuara con su inesperada conversación.

—Anoche me amenazaste con criar a nuestro hijo para que me odiara por haberos abandonado. ¿Lo recuerdas?

—A… apenas —tragó saliva—. No creo haberlo dicho en serio.

—Tengo la impresión de que sí —afirmó con brusquedad—. Aunque eso no me preocupa. Si decido ser generoso contigo, ahora, no tiene nada que ver con esa amenaza. Quiero que lo entiendas, Carrie. Nadie amenaza a Nikos Spirakis.

—Lo entiendo… —de nuevo se mordió un labio—. ¿Qué quieres decir con eso de ser generoso conmigo? Aún a costa de que te enfades de nuevo, quiero decirte que no voy a aceptar ninguna oferta de dinero que pienses hacerme. Sacaré a mi hijo adelante, sin ayuda tuya.

—Debí recordar tu absurda independencia —dijo entre dientes, al tiempo que le dirigía una mirada penetrante, que ella correspondió sin amedrentarse.

—Es verdad —replicó,— soy muy independiente. Pero no tengo intención de permitir que tranquilices tu conciencia aceptando tu dinero.

El rostro de Nikos era una máscara inescrutable y se preguntó qué existía en realidad en lo más recóndito de su pensamiento. ¿Sería posible que comenzara a sentir…? No. Era esperar demasiado.

—Acabas de decir que no es justo que un niño inocente sufra por los pecados de otros. ¿Y yo? —preguntó, decidida a presionarlo un poco más.

—Tú no sufrirás —frunció el ceño—. Cuando llegue el momento, tendrás la mejor atención médica.

—¿Y dónde estaré cuando todo esto ocurra? —lo retó—. ¿En el amoroso seno de tu familia?

—Sabes que es imposible.

—Sí —el nudo regresó a su garganta—. Sólo quería oírtelo decir.

—Podrás disponer de una habitación privada, en el mejor…

—No, Nikos, gracias —lo interrumpió.

—¿Por qué no? —la ira y el desconcierto ensombrecieron sus facciones.

—Si tienes que preguntarlo, entonces nunca lo entenderás.

Era consciente de los riesgos que corría. Si continuaba rechazando esas ofertas tentativas de amistad, él podría decidir no darle nada.

—Si de verdad deseas ser generoso conmigo, hay algo que puedes hacer —declaró serena.

—Dímelo.

Ella respiró con fuerza. Tal vez se negaría, pero al menos debía intentarlo en beneficio de Jimmy.

—Libera a mi hermano —vio que sus párpados se entrecerraban y continuó—: Ya no lo necesitas como rehén, Nikos. Por eso lo hiciste prisionero, ¿no es verdad? Para asegurarte de que yo… cooperaría contigo. Ya cumplí…

Se dio cuenta de la fría negativa en su cara, incluso antes de que abriera la boca, y decidió insistir.

—Estoy dispuesta a quedarme contigo hasta… hasta que tu doctor me examine. Eso es lo que pretendes, ¿no es cierto?

El gesto en su cara le indicó que quizá cambiara de opinión, y presintió una pequeña victoria.

—Jimmy tiene amigos en Piraeus —continuó en su afán de convencerlo—. Puede quedarse con ellos unas cuantas semanas.

—¿No intentarás escapar?

—Ya te aseguré que me quedaré —le recordó, ceremoniosa—. Debes creer en mi palabra.

—Está bien, acepto —la contempló un instante.

Sintió como si le quitaran de encima un enorme peso y dio un prolongado suspiro de alivio.

—¿Y el otro asunto? —preguntó él con calma—. ¿Aún te niegas a aceptar mi ayuda para el niño?

«Cuidado, Carrie. No eches todo a perder. Acabas de recibir una concesión de él y sería absurdo ponerla en peligro. Podría cambiar de opinión con respecto a dejar en libertad a Jimmy».

—Lo… pensaré —mintió—. Cuando llegue el momento, quizá necesite alguna ayuda.

Fue suficiente para tranquilizarlo de momento. Nikos caminó hacia el teléfono para pedirle a la telefonista que llamara otra vez a la finca. Carrie se sirvió otra taza de café.

Incapaz de conseguir comunicación con la finca, puso el auricular en su lugar y miró por la ventana con expresión sombría.

Ella guardó silencio. Por experiencia sabía lo que pasaba cuando los pensamientos de Nikos eran interrumpidos por «charlas intrascendentes». El día anterior, por la mañana, a bordo del Miranda, él la había tratado con frialdad, por haber interrumpido sus pensamientos. ¿Acaso reflexionaba sobre el futuro de su hijo?

—Termina tu café —se volvió a ella, después de tomar una repentina decisión—. Nos vamos. En poco más de siete horas llegaremos a tierra firme. Si nos vamos de inmediato llegaremos por

la tarde a la finca.

Ella titubeó. Entrar en el territorio enemigo no era una perspectiva que le agradara.

—Te gustaría ver a tu hermano antes de que lo ponga en libertad, ¿no es verdad? —le preguntó en tono de guasa—. Esta es tu oportunidad. De todos modos, debo averiguar por qué no contestan al teléfono y algunas cabezas caerán cuando llegue al fondo del asunto. Todas nuestras empresas se manejan desde la finca y el éxito depende de una comunicación inmediata.

El Miranda salió del puerto media hora después. Nikos se encargó del timón mientras Carrie inspeccionaba las provisiones que habían llegado minutos antes de zarpar. Después de guardar todo en la bodega, regresó a cubierta y se desvistió hasta la cintura. Era extraño que jamás hubiera soñado hacer eso frente a su propio hermano, pero no sintió la menor vergüenza frente a Nikos. Se sentó en la cubierta con la espalda hacia la caseta del timón y se dejó acariciar por el sol. Media hora sería suficiente para mantener el color dorado de su piel y después se pondría la camiseta.

Una vez que el problema de la seguridad de su hermano estaba solucionado, era hora de pensar en su propia situación. No merecía la pena hacer hincapié en los pros y los contras, debido a que en más o menos nueve meses tendría un hijo, de modo que cuanto antes comenzara a hacer planes, mejor.

Lo primero era dejar de sentir compasión de sí misma, ya que el mundo no se acabaría. No sería la primera mujer en la historia, en esta situación. Las mujeres eran más resistentes que los hombres.

De algo estaba segura. Le daría a su hijo todos los cuidados y el cariño de que era capaz y buscaría un hogar permanente en algún lado y quizá también un empleo. Dirigir un barco no era lo único que sabía hacer. Aún conservaba su diploma de estudios administrativos y en Piraeus existían muchas agencias marítimas. Tal vez tendría suerte ahí.

Sin embargo, no estaba tan segura con respecto a su hermano. Era indispensable que le aclarara que en absoluto lo consideraba responsable de lo ocurrido. Jimmy era atolondrado e irresponsable, como la mayoría de los hombres; unos senos prominentes y un par de piernas bonitas bastaban para enloquecerlos, pero Jimmy no lo

consideraría así. Cada vez que viera al niño recordaría su insensatez y se moriría de vergüenza y remordimiento. Lo mejor sería que Jimmy encontrara un nuevo socio para que le ayudara a manejar el Miranda. De esta manera, tendrían caminos diferentes.

Contra toda lógica, sentía pena por Nikos, quien sería el padre de un niño al que jamás vería. Hasta ahora no había tomado en cuenta esta realidad y tal vez era el motivo de su tardío ofrecimiento de ayuda. Si continuaba rechazándolo, le negaba prácticamente el derecho de ver a su hijo.

«¿Realmente deseo hacerlo?», se preguntó. Aunque detestaba lo que estaba haciendo con su vida, no podía odiarlo. Si lo hubiera conocido en otras circunstancias, tal vez habrían llegado a enamorarse.

Cuando transcurrió media hora, se cubrió con la camiseta y bajó a la cocina para preparar un plato de emparedados. Después, sacó del frigorífico una jarra de zumo de naranja helado y subió la bandeja a la caseta del timón.

—Sírvete. Es mi turno de dirigir el timón.

—Cuidado con aquellos yates, allí adelante —le advirtió él mientras se servía zumo de naranja—. Cambian de rumbo hacia donde sopla el viento, por lo que es probable que se te crucen.

Carrie suspiró y levantó la vista. Él rió por su expresión.

—Disculpa. Olvidé que eres un viejo lobo de mar —reconoció.

Nikos empezó a comer un emparedado, pero se detuvo con brusquedad cuando ella le preguntó algo relacionado con su hermana.

—¿Helen? ¿Qué pasa con ella?

—Sólo me preguntaba cómo es. Después de todo, las dos estamos en la misma situación. Supongo que tenemos bastante en común.

—Es posible que tengas la oportunidad de conocerla. La curiosidad tal vez la convenza de conocer a la hermana del hombre que abusó de ella.

—¿Quieres decir que aún vive allí? —preguntó con sarcasmo, molesta por sus palabras.

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Porque de acuerdo con la forma en que hablas de ella, supuse que la habían enviado a vivir con una vieja tía, en las montañas, para ocultar su deshonra. Tengo la seguridad de que agradece el hecho de no estar completamente excluida de su cariñosa familia.

Haciendo a un lado el sarcasmo, Nikos le dio otro mordisco a su emparedado.

—Se irá a América en cualquier momento, pero es más conveniente que mientras tanto viva en la casa. Por supuesto que no puede salir de su habitación, donde la atiende una doncella. No es un castigo, como comprenderás, más bien es para que no sienta vergüenza frente a los demás miembros de la familia.

—Aún no me has dicho cómo es, como persona. Aunque supongo que debe de ser muy hermosa, sin duda cuenta con otras cualidades —hizo una pausa y después lo incitó a que le contestara, al añadir en tono informal—: Si no deseas hablar de ella, no te preocupes. Después de la vergüenza en que os ha puesto a todos… —se detuvo con la esperanza de no haberse excedido.

—Se parece bastante a ti, Carrie —arrastró las palabras y su expresión se endureció—. Valiente y muy simpática.

Carrie miró en línea recta, temerosa de que él se diera cuenta del desconcierto y la tristeza de sus ojos. «Es una gran ayuda comportarse con valentía cuando se termina así», pensó.

—¿Es también una idealista… una soñadora romántica como yo?

—Sí. Y como tú, es lo suficiente sensata como para saber que al final, es mejor rendirse ante lo inevitable —hizo una pausa y continuó en tono sombrío—: Y no te equivocaste al mencionar que puso en vergüenza a nuestra familia. Es tan culpable como tu hermano por permitir que esto sucediera. Ahora se da cuenta de su error y…

Carrie no pudo soportar más y deseó no haber querido haber hablado del asunto.

—¡Está bien, Nikos! —se volvió a él con brusquedad—. No quiero oír más. Ya estoy bastante deprimida.

—Entonces haremos lo posible por acabar con esa depresión —se mofó—. En la finca hay una villa apartada. Pasaremos la noche juntos y en esta ocasión no habrá vino para entorpecer los sentidos —se inclinó hacia ella y sus labios le rozaron la oreja—. No dejes de pensar en eso durante las próximas horas, Carrie. Imagínate el placer que vamos a proporcionarnos mutuamente.

Cuando él abandonó la caseta del timón, Carrie lo miró con resentimiento y se mordió un labio. El placer era lo último en que podía pensar en aquel momento.

Lo más importante era su hermano y lo que ella le fuera a decir cuando se encontraran.

A kilómetro y medio de la costa, se divisaba la enorme finca. El muelle al que se dirigían era lo suficientemente grande como para acomodar una flota de barcos de distintos tamaños. A través de los prismáticos, Carrie contó al menos veinte, desde cruceros magníficos, yates y pequeños barcos. Delante del muelle había diversos astilleros y talleres y, más allá, sobre el terreno elevado, la mansión principal adornada con césped impecable y arriates. Detrás de la casa, que se extendía hasta las colinas, al pie de las montañas, había extensos olivares y huertos de árboles frutales.

El Miranda entró al muelle, guiado por Nikos, y uno de los empleados lo amarró a un poste. Mientras ella hacía lo propio con la cuerda de la proa, una limusina blanca se detuvo y dos hombres salieron, uno de ellos le gritó que quién diablos era y quién le había dado permiso de amarrar su barco en una propiedad privada.

De pronto, la expresión de sus rostros cambió, al ver que Nikos salía de la caseta del timón.

Nikos, sin perder el tiempo, subió al muelle y furioso se enfrentó a ellos.

—No tendríamos que estar aquí si alguien hubiera contestado mi llamada telefónica de esta mañana. Espero que los dos me den una buena explicación.

De nuevo se miraron uno a otro sin saber qué hacer, y el mayor de los dos, un hombre fornido de cincuenta y tantos años apartó a

Nikos y comenzó a hablarle en voz baja.

Carrie se dio cuenta de que el otro hombre la miraba de arriba abajo. Tenía más o menos la misma edad de ella e iba vestido con un elegante traje oscuro, sus labios eran gruesos y sus ojos claros. Carrie lo miró desafiante y después le dio la espalda fingiendo que inspeccionaba la grúa. En ese hombre había algo que le erizó la piel. Cuanto antes viera a Jimmy y se alejara de allí, mejor.

Con un sentimiento de alivio vio que Nikos regresaba a cubierta. Pero este alivio desapareció al ver la furia en su cara.

—¿Qué… qué sucede, Nikos?

—Parece que existía una muy buena razón de que nadie estuviera en la casa para contestar el teléfono esta mañana. Todos estaban afuera, buscando a tu hermano.

—¿Jimmy? —abrió los ojos de par en par—. No… no comprendo. ¿Dónde está?

—Eso es lo que nos gustaría saber. Desapareció.

—¿Quieres decir que escapó? —tuvo ganas de reír de alegría, pero cambió de opinión—. No sé por qué estás tan contrariado. De todas maneras ibas a dejarlo libre, ¿no es cierto? Él sólo se ha adelantado —sentía los ojos claros encima de ella—. Mira. Nikos. No me gusta tu amigo, quienquiera que sea. Como ya no hay motivo de que permanezcamos aquí más tiempo, ¿por qué no arrancas el motor y…?

—Este hombre que te desagrada tanto es mi primo Theo.

—El que se suponía que cuidaba a Jimmy, ¿no es verdad? Parece que no es competente en su trabajo.

—Durante la noche, tu hermano fingió estar enfermo, y cuando Theo fue a ayudarlo, lo golpeó. Lo amarró y lo amordazó. No pudo liberarse hasta las siete de la mañana.

—Jimmy siempre fue bueno para los nudos. Mi padre le enseñó.

Por un instante creyó que Nikos iba a golpearla y retrocedió.

—La siguiente parte no te parecerá tan divertida, Carrie —respiró con fuerza—. No contento con escapar, también secuestró a mi hermana.

—¿De esta casa? —abrió la boca—. ¿Como se las arregló para hacerlo?

—Supongo que entró en el dormitorio de mi hermana, la ató y después la amordazó, como lo hizo con Theo —sonrió sin alegría—. Sin duda su idea es usar a Helen como rehén a cambio de ti. Lo encontraremos y cuando lo tengamos en nuestro poder…

Cortó la frase y Carrie, desesperada, cerró los ojos. A pesar de todo, su hermano había empeorado su situación.

Capítulo 8

Carrie hizo un esfuerzo por disimular su contrariedad, pero no fue fácil, ya que la hostilidad que la rodeaba le puso los nervios de punta. Nikos había dedicado más de diez minutos a interrogar y regañar al personal y a los miembros de la familia, y era innegable a quién culpaban de todos sus problemas. A ella. Si no podían desahogar su coraje con Jimmy, lo harían con la hermana de éste.

Por fin, Nikos los despidió a todos sin disimular su disgusto, y cuando salían del salón, llamó a una empleada.

La muchacha tenía alrededor de diecinueve años, era morena y esbelta y su expresión hosca disminuía su belleza.

—A sus órdenes, señor Spirakis.

—Sofía, ella es Carrie, la hermana del hombre que secuestró a tu señora. No obstante, la tratarás con el mismo respeto y consideración que a Helen. Mi intención era hospedarla en la villa, pero dadas las circunstancias, creo que será más conveniente asignarle una habitación en la casa principal.

—Me encargaré de todo, señor Spirakis —prometió la doncella, ceremoniosa—. ¿Cuánto tiempo estará nuestra huésped con nosotros?

—Un mes —clavó sus ojos verdes en Carrie, como si esperara su protesta y luego sonrió—. Todavía tenemos un asunto pendiente, ¿no es verdad, Carrie? Ahora es más importante que nunca concluirlo de manera satisfactoria. Creo que estarás de acuerdo, Carrie.

—¿Tengo alguna elección? —preguntó, resignada—. Estoy segura de que como de costumbre, si no te obedezco, te vengarás sobre Jimmy. De nuevo estamos en la misma situación de antes, ¿no es cierto?

—Así parece, gracias a la estupidez de tu hermano. No obstante, durante la cena discutiremos tu futuro, con más tranquilidad.

Desanimada, salió con la doncella del salón. Lo único que la alentaba era que Nikos le había ordenado a la doncella que la tratara con todo respeto y consideración, pero a juzgar por la

expresión adusta de la muchacha las posibilidades eran poco prometedoras. Con excepción de Nikos, todos parecían estar ansiosos de colgarla de los pulgares.

La casa era demasiado espaciosa y necesitaría un mapa para recorrerla. O tal vez la encerrarían bajo llave con un guardia en la puerta, como lo hicieron con Jimmy.

Llegaron a un dormitorio de muebles preciosos y, una vez que entraron, la doncella cerró la puerta y después dio un prolongado suspiro de alivio.

—Este es un lugar seguro. Nadie puede oírnos.

—¿Cómo?

—Sofía. Por favor llámeme Sofia, Carrie. Soy su amiga. La única que tiene aquí —de manera milagrosa la expresión hosca se convirtió en una sonrisa amistosa—. ¿Le agrada el dormitorio? Hay muchos otros para escoger.

—Es muy bonito —frunció el entrecejo—. Sofía.… ¿qué me quiso decir con eso de que nadie puede oírnos?

—Cuanto menos sepan ellos, mejor —la doncella resopló.

—¿Saber qué? ¿Y quiénes son ellos?

—Todos —aclaró la muchacha, enigmática—. No confíe en ninguno de ellos, porque la embaucarán para que les diga lo que quieren saber —de inmediato cambió el tema—. ¿Dónde están sus cosas?

—¿Qué cosas?

—¿Sus maletas? ¿Su ropa?

—No tengo nada. Sólo unos vaqueros y una camiseta.

—No puede cenar con Nikos si lleva puestos unos vaqueros —protestó. Una vez que abrió la puerta y miró hacia afuera, le hizo una seña—. Sígame. Le buscaremos algo bonito para que se ponga.

Carrie, indecisa, suspiró. Tarde o temprano llegaría al fondo de ese misterio. Siguió a la doncella a lo largo de un corredor hasta que llegaron a una imponente puerta de madera. Sofía la abrió con la llave que llevaba colgada al cuello.

Una vez adentro, la doncella la llevó a un salón más pequeño

fuera de la habitación principal y movió una enorme puerta cubierta con un espejo, que dejaba al descubierto un guardarropa.

Carrie contempló, asombrada, los percheros llenos de vestidos y tocó una hermosa creación de seda negra.

—Son preciosos. ¿De quién son?

—De Helen, por supuesto. Ésta es su *suite* privada. Tiene buen gusto, ¿verdad?

—No puedo usar su ropa —Carrie apartó la mano de inmediato.

—¡Por supuesto que sí! —Sofia parecía desconcertada—. Usted es la hermana de Jimmy, ¿no es cierto? Habría querido que usted los usara.

—¿De verdad? —en ese momento cayó en la cuenta de que Sofía estaba enterada de todo—. Helen está enamorada de Jimmy, ¿no es verdad?

—¡Los dos están enamoradísimos! ¿No lo sabía?

—No —sintió ganas de abrazarla—. Pero le aseguro, Sofía, que me ha quitado un enorme peso de encima. Hasta este momento, imaginé que era sólo una aventura de Jimmy. Desconocía que fuera algo serio.

—¿No se lo contó, siendo usted su hermana? ¿No le habló de Helen? —la voz de la doncella revelaba incredulidad—. Sin duda Helen le prohibió que se lo dijera a alguien, incluso a usted. Tenía miedo de lo que le harían, si se enteraban.

—Por favor cuéntamelo todo, Sofía —Carrie le cogió la mano y la acercó al sofá—. ¿Cómo se conocieron… cuánto tiempo hace?

—Una vez a la semana, yo solía acompañar a Helen de compras. Lo esperaba con ansia, porque era la única forma de salir de esta casa. Hacíamos las compras y comíamos afuera. Helen estaba feliz de actuar como cualquier otra muchacha. Algunas veces íbamos a la playa o al cine…

—¿Cómo conoció a mi hermano? —la interrumpió.

—Oh… sí. Eso sucedió hace más de seis meses. Nuestro coche se había estropeado y Jimmy lo arregló. ¡Oh, Carrie, si hubiera visto la forma en que se miraban el uno al otro! Nunca había visto a Helen tan dichosa. Se veían cada vez que Jimmy venía al puerto. Solíamos

ir al pueblo y después yo los dejaba solos…

—¿Qué ocurrió cuando se dio cuenta de que estaba embarazada?

—La engañaron para que les confesara quién era el padre, con el engaño de que lo invitarían a la casa para hablar acerca de los arreglos de la boda.

—¿Hizo eso Nikos?

—Nikos, en ese momento, estaba fuera en viaje de negocios. Fueron los otros cerdos, el tío y los primos. Helen les dijo la fecha en que regresaría, de modo que esperaron.

No necesitaba escuchar el resto de la historia. Era fácil imaginar lo que le dijeron a Nikos a su regreso. Maquinaron todo y, mientras esperaban a Jimmy, Nikos llegó al Miranda para vengarse.

Estaba temerosa de hacer la siguiente pregunta, pero era necesario:

—Asegura que todos son unos cerdos, Sofía. ¿Está Nikos incluido?

—¿Está enamorada de Nikos? —la miró pensativa y sonrió.

—No. Desde… luego que no —la negativa no resultaba convincente. Ni siquiera para sí misma.

—No se preocupe. Nikos es un hombre difícil, pero honrado. Y trata bien al personal.

—No creo que Nikos sepa lo mucho que Helen y Jimmy se quieren. Si se lo dijéramos…

—¡No! —Sofía la miró horrorizada—. ¡No lo haga!

—Pero… sin duda le agradaría que su hermana fuera feliz, ¿no es cierto? —preguntó, desconcertada.

—Como usted es inglesa no entendería estas cosas —Sofía rió con amargura—. Si fuera tan sencillo, ¿no cree que Helen misma se lo habría confesado?

Carrie suspiró. Sin duda Sofía no se equivocaba.

—Aunque imaginan que son muy listos, Helen y yo les tomamos el pelo. Ayudamos a Jimmy a escapar y aún no lo imaginan —rió de

forma repentina. Miró hacia la puerta como si temiera que la escucharan y continuó—: Tenían a Jimmy en una habitación donde se alojan los sirvientes. Su dormitorio estaba junto al mío y como las paredes son finas, por la noche Jimmy y yo nos enviábamos recados en voz baja. Me comunicó su plan de escapar, pero necesitaba una cuerda para atar al guardia. Yo se la conseguí.

—¿De modo que no es verdad que ató y amordazó a Helen para obligarla a que se fuera con él? —preguntó con otro suspiro de alivio.

—Desde luego que no —Sofía se mofó de la idea—. Helen ya estaba afuera, esperándolo. De inmediato se fueron al puerto y robaron un barco. Según parece, esos estúpidos todavía no se dan cuenta de que falta uno de sus barcos. Creen que Jimmy se dirigió a la carretera y que ahí robó un coche.

—¿Sabe dónde se encuentran ahora? —preguntó Carrie, sin aliento.

—No quise saberlo, para que no me obligaran a decirlo. Pero Jimmy comentó que usted sabría dónde estaban.

—Sí. Lo sé —Carrie sonrió.

—Entonces tenga cuidado de que no la obliguen a decírselo —le advirtió. Se puso de pie y caminó hacia el guardarropa—. Pronto llegará la hora de la cena. Debemos elegir algo muy especial.

Se encontraban solos en el comedor. Carrie se había decidido por un vestido de seda roja, escotado, que Helen nunca había usado. A la luz de las velas, Nikos estaba guapísimo con una chaqueta de etiqueta blanca.

Era innegable que la comida estaba deliciosa. Por desgracia, la chica estaba demasiado nerviosa como para saborearla. Cenaron en silencio y, cuando el sirviente apartó el último plato, Nikos le sirvió otro vaso de vino y sonrió.

—No te emborracharás con este vino, Carrie, de modo que no te asustes. Su contenido de alcohol es bajísimo.

—Magnífico. No me apetece despertarme con más dolores de

cabeza —tomó el vaso.

—Ese vestido te queda muy bien —comentó, al tiempo que levantaba el vaso en un silencioso brindis—. ¿Dónde lo conseguiste?

—Creo que es de Sofía —mintió—. Ha sido muy amable conmigo.

—Sí —entrecerró los ojos, pensativo—. Es una buena muchacha. Helen y ella se quieren mucho, como si fueran hermanas. Y tengo la sensación de que nuestra pequeña Sofía sabe más de este romance de lo que aparenta.

—No comparto esa impresión —fingió una expresión de sorpresa —. Está muy preocupada por Helen. Al menos no me culpa de lo ocurrido… como el resto de la gente que vive aquí.

—No tienes nada que temer de los de esta casa —le aseguró con acento sombrío—. Te lo aseguro.

—Me alegro de oírlo —señaló, al tiempo que recordaba al muchacho de los ojos claros. Theo, quién la había mirado como un lobo hambriento mientras Nikos les echaba una buena reprimenda. Incluso el tío parecía una serpiente lista para morder.

—Hay muchos aspectos misteriosos en este asunto —Nikos jugaba con el vaso—. Voy a llegar hasta el fondo.

—¿Qué quieres decir con eso de misterioso? —preguntó sin malicia—. Creí que habías llegado a la conclusión de que es un caso típico de secuestro. Jimmy se llevó a Helen e intenta canjearla por mí.

—Tu hermano golpeó a su vigilante y lo ató de pies y manos. Parece que en silencio entró en la *suite* de Helen. La amordazó para que no gritara, se la echó al hombro como un saco de patatas y salió por la puerta principal —levantó las cejas, escéptico—. La clase de escena que verías en una pésima película. ¿Estás de acuerdo?

—¿Qué insinúas?

—Tenía la esperanza de que pudieras darme algunas ideas.

Sofía, de antemano, la había prevenido. Nikos sospechaba de Sofía y suponía que le había hecho confidencias a Carrie, y ahora trataba de sacarle la verdad.

—¿Por qué debería estar informada del asunto?

—¿Instinto femenino? —preguntó con aplomo—. Deberías saber mejor que nadie de lo que es capaz tu hermano.

—Sé que no es capaz de secuestrar a alguien —lo defendió con pasión—. La simple idea es ridícula. No es esa clase de hombre.

—¿Acaso insinúas que Helen se fue con él de forma voluntaria? —la miró con atención.

—Quizá sí —le devolvió la mirada con una expresión desafiante —. Es tu hermana —y agregó mordaz—. Deberías saber mejor que yo lo que es capaz de hacer.

—No te atreverías ni siquiera a suponer a dónde pudo haberla llevado tu hermano, ¿verdad?

—¿Pretendes seguir interrogándome? Ya te dije que desconozco todo.

—Mencionaste que él tiene amigos en Piraeus —continuó el interrogatorio, haciendo caso omiso de su reclamación—. ¿Crees que haya llevado a Helen allí?

—Es probable —sonrió con frialdad—. ¿Quieres la dirección? Entonces podrás enviar a uno de tus monos amaestrados a investigar —si su suposición era correcta, Jimmy no estaría en ningún lugar cercano a Piraeus.

Bebió de su copa y mantuvo un aire de fingida inocencia. Nada le habría dado más gusto que decirle la verdad, pero no deseaba poner en peligro a Sofía. ¿Helen y Jimmy alguna vez la perdonarían por traicionarlos? Ahora debía protegerlos hasta que salieran del país o contrajeran matrimonio.

—Una vez me aseguré que eras una actriz pésima Carrie. Es cierto, porque sé que mientes. Si de verdad deseas ayudar a tu hermano, tendrás que cooperar con nosotros para encontrarlo. Cuanto más pronto lo localicemos mejor.

—No sé nada —susurró, inflexible.

—No le haremos daño.

—¿Pretendes que lo crea, después de todas tus amenazas?

—Olvida las amenazas —le advirtió, molesto—. Las hice en un momento de coraje. Sólo me interesa que mi hermana regrese sana y salva. Esta humillación se ha prolongado demasiado.

¿Humillación? Era lo único que le preocupaba, pensó con amargura. Su dignidad herida. El hecho de saber que una vez que las noticias se divulgaran, la familia Spirakis sería el hazmerreír de todo el país. En un lugar tan machista como ése, ¿cómo podrían volver a respetarlos una vez que descubrieran que ni siquiera sabían controlar a sus mujeres?

—Eres excelente para juzgar a los demás, pero las cosas cambian cuando estás en el otro lado, ¿no es cierto? —parecía incapaz de contener su ira—. Quizá tu hermana, de forma voluntaria se fue con mi hermano y tal vez hasta lo ayudó a escapar. Es probable que lo quiera. ¿Habías pensado en eso? Quiero decir… ella va a tener un hijo suyo.

La cara de su anfitrión permanecía impasible y sólo los nudillos se le pusieron blancos por apretar el vaso.

—Desde luego que lo he pensado. Y por eso deseo que regrese antes de que haga algo aún más insensato.

—¿Insensato? —repitió, incrédula—. ¿Qué insensatez existe en enamorarse? Sucede todos los días. Es inevitable. Es más, es un sentimiento precioso.

—El amor es para los tontos. Nuestra familia no puede permitirse ese lujo. Helen es una Spirakis y sabe cuál es su deber.

Carrie sintió ganas de lanzarle algo a la cara, pero se contuvo.

—¡Por supuesto! ¡Qué tonta soy! Me olvidé de que está comprometida con otro, ¿no es verdad? Alguien más… adecuado —pronunció con desprecio la última palabra.

—Tengo la impresión de que ese concepto te parece extraño —levantó un poco las cejas.

—Es verdad —reconoció, cáustica—. Es más, en esta época lo califico de ridículo. A nadie deberían obligarlo a casarse.

—¡Ah, sí! —su risa fue seca y burlona—. Yo también lo estaba olvidando. Eres la típica idealista soñadora. Creí que ya habías aprendido la lección. ¿Acaso no fuiste tú la que estuvo de acuerdo con que es mejor doblegarse ante lo inevitable? —su tono se endureció—. El poder y las prerrogativas tienen un precio, Carrie. Helen siempre lo ha sabido. Los matrimonios de conveniencia no son nuevos, ni siquiera en tu país.

—¡Por Dios, Nikos! —lo miró desesperada—. Tu hermana es casi una niña, no es propiedad de una empresa. ¿De verdad esperas que renuncie a una vida de amor y felicidad sólo para consolidar el poder de tu familia? Es grotesco.

—A nadie, aquí, le interesa lo más mínimo tu opinión —la incomodidad de él era casi tangible—. La forma en que manejamos los asuntos familiares es cosa nuestra y de nadie más. Nuestras normas nos han dado buenos resultados a través de los años, y no toleramos que extraños entren aquí para crearnos confusión y discordia.

No era su ira la que desalentaba a Carrie… ya estaba acostumbrada… sino su firme creencia en su propia rectitud.

—Aunque a Helen no le agrada el hombre que le has escogido… ¿la obligarías a casarse?

—Su terquedad es la única razón de que lo rechace —aseguró él —. Ari Palandrous es un joven de buena presencia y con antecedentes intachables. Es el hijo de un conocido e importante banquero.

«Ahora comprendo todo», pensó la chica, sintiéndose herida en su amor propio. Era inútil insistir para hacerlo cambiar de opinión.

—¿Estas normas también se aplican a los hombres de la familia? —lo miró con desafío.

—Sí. Nosotros también tenemos nuestras obligaciones.

—Comprendo… —su voz temblorosa la traicionó, aunque logró recuperar el control—. Si existiera la remota posibilidad de que conocieras a alguien… y te enamoraras de ella, harías todo lo posible por olvidarla, ¿no es verdad?

—No puedo darme el lujo de enamorarme, Carrie —aclaró sin la más mínima emoción y ella sintió que le destrozaba el corazón—. Ya te expliqué que es una tolerancia que nuestra familia no puede permitirse.

Aunque era la respuesta que esperaba, oírla de su propia voz…

—Supongo que es lo justo. Quiero decir… como eres el jefe de la familia, debes dar ejemplo.

—Me alegro que al fin lo comprendas —inclinó la cabeza a ella

le pareció un gesto raro, burlón.

—Ahora comprendo todo, Nikos —tragó saliva con amargura—. Has aclarado tu posición y la mía —apartó el vaso y se limpió los labios con la servilleta—. Gracias por la cena y el sermón. Si me disculpas, estoy bastante cansada.

—Tú y yo aún tenemos un contrato.

—No —sus ojos brillaron de resentimiento y desafío—. Ya no, Nikos. No mientras mi hermano esté libre. Ahora ya no puedes herirlo, de modo que se ha terminado tu derecho sobre mí.

—Es verdad —reconoció con una sonrisa amenazadora—. Pero cuando encontremos a tu hermano…

—Querrás decir, si lo encuentran.

—Vendrá a buscarte. ¿O tratas de decirme que está dispuesto a abandonar a su hermana?

Carrie se puso de pie. Había perdido la paciencia e intentó pasar delante de él.

—Espera —la sujetó del brazo—. Le pediré a Sofía que te acompañe a tu habitación.

—No voy a mi habitación —gruñó—. Voy al Miranda. Me voy de aquí ahora mismo, porque estoy harta de ti y de tu familia. Espero que os abraséis en el infierno. Suéltame el brazo o te sacaré los ojos.

—No vas a ninguna parte. Te quedarás aquí hasta que decida otra cosa.

—Entonces, tendrás que encerrarme como lo hiciste con Jimmy.

—Si es necesario, lo haré —le advirtió.

—¿En qué podrías beneficiarte, teniéndome aquí contra mi voluntad? —respiró con fuerza y lo miró con resentimiento—. Si por un minuto supones que voy a permitir que de nuevo utilices mi cuerpo…

—Eres tú quien tienes que decidir si utilizo tu cuerpo, pero tanto si Helen regresa aquí como si no, tú eres el precio que tu hermano debe pagar por su atrevimiento —levantó la mano y le apretó la barbilla de forma posesiva—. Te quedarás aquí, sin importar el

tiempo que tardes en aceptarlo —tocó el timbre, y cuando la sirvienta apareció, le ordenó con energía—: Que venga Sofía. Dile que Carrie desea ir a su habitación. Después, dile a Theo que esta noche mande un guardia que se quede en el Miranda vigilando.

Cuando entró en su dormitorio, Carrie se sentó en el borde de la cama y apretó los puños, desesperada. Sofía le entregó un camisón antes de preguntarle lo que Nikos le había dicho durante la cena.

—No te preocupes —tranquilizó a la doncella—. No le dije nada.

—Menos mal —suspiró de alivio—. ¿Estaba… estaba muy enojado?

—Oh, sí —reconoció con expresión torva—. Estaba enojado, además de arrogante… despreciable… frío…

—Ni Jimmy ni Helen sabían que usted estaría mezclada. ¿Qué va a hacer Nikos ahora? ¿Va a dejarla irse?

—No te preocupes por mí, Sofía —Carrie observó el rostro triste de la doncella—. Soy capaz de cuidarme sola —hasta ahora no lo había hecho muy bien, pero las cosas estaban a punto de cambiar.

—Tenían… planeado enviar a Helen a América —señaló Sofía con violencia—. Nunca volverían a verse, por eso decidió escapar con él.

—Lo sé, Sofía, lo sé. Hicieron lo correcto y te agradezco que los ayudaras.

—No… creo que vuelva a verlos —murmuró Sofía con la voz quebrada—. Como ahora Helen ya no está, no me necesita y supongo que me despedirán. No… no me importa, pero me agradaría ver una vez más a Helen y a Jimmy. Saber que están al fin juntos y felices.

—Tengo el presentimiento de que volverás a verlos.

—Carrie apretó la mano de Sofía entre las suyas—. Cuando Jimmy se entere de que estoy aquí, vendrá a buscarme —se mordió un labio—. Espero que se case con Helen antes de venir.

—¡Desde luego! —exclamó—. Si se casan, la familia no podrá hacer nada —rió con entusiasmo—. Puede imaginar la expresión de todos, si Helen llega con un anillo de matrimonio en el dedo.

Una idea inesperada llegó a la mente de Carrie. ¿Por qué esperar

a que Jimmy viniera? Quizá tardaría bastante tiempo. ¿Qué le impedía ir a buscarlo e irse de ahí? Nikos había puesto un guardia en el Miranda, pero en el puerto había muchos otros barcos, más rápidos y potentes. Podría robar uno y Sofia la ayudaría. ¿Sería posible esa misma noche?, se preguntó. Afuera había oscurecido.

Se preguntó si debería confiarle la idea a Sofía en ese momento, pero decidió que no, ya que Sofía se quedaría sin dormir toda la noche debido al nerviosismo. Incluso podría hacer o decir algo sin pensarlo, que alentaría a otra persona menos digna de confianza.

Sofia permaneció con ella otros diez minutos, poco dispuesta a dejarla sola, pero Carrie logró convencerla de que no necesitaba nada, que la cama era muy cómoda y que si la necesitaba durante la noche tocaría el timbre.

Una vez sola, Carrie se acostó y apagó la lámpara que había sobre la mesilla. Estaba segura de que no podría dormir, ya que ahí todo estaba demasiado tranquilo y extrañaba el movimiento oscilante del Miranda, el ruido del agua y el golpeteo de las olas contra la nave. Además, los sentimientos de ira y remordimiento mantenían su mente en continua confusión.

En unos días, su reloj biológico le daría el primer indicio de un posible embarazo, pero no tenía motivo para dudar que la semilla de Nikos Spirakis estuviera gestándose en su vientre en ese momento. Sin embargo, no podía hacer nada por remediarlo.

Era lógico que Jimmy, tarde o temprano, se las arreglara para escapar, pero debería haber esperado. ¿Cuánto tiempo había tardado ella en sucumbir al atractivo de Nikos? ¡Sólo seis noches! Se entregó a él la noche después de la tempestad, creyendo ingenuamente que el destino la había unido con Nikos. La noche en que se las arregló para convencerse a sí misma de que él comenzaba a respetarla y a sentirse atraído por ella. En ese momento, se habría contentado con menos, porque en el fondo era una tonta. Nikos no se había equivocado, era una idealista siempre dispuesta a creer en un final feliz.

Pero ahora no había un final feliz. Nikos, de manera despiadada y brutal, había acabado con todas sus ilusiones. Para él, ella significaba menos que el polvo del camino. Incluso su hermana no le importaba nada. Lo único valioso era el falso honor del apellido

Spirakis.

Al fin se quedó dormida, pero se despertó y miró a su alrededor. ¿Fue un sueño o escuchó voces? No, no era un sueño. Ahora las oía de nuevo. Encendió la lámpara, se puso de pie y caminó hacia la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, nerviosa—. ¿Qué quiere?

—Abra la puerta, señorita Stevens —contestó una voz ronca.

—No. Váyase.

—Nikos nos envió a buscarla —afirmó la voz—. Su hermano está abajo.

¡Jimmy! ¡Aquí! El corazón le dio un vuelco y fue en busca de la llave, pero cambió de opinión. Algo andaba mal. Nikos habría enviado a Sofía a buscarla, no a un desconocido.

—Dígale a Nikos que venga mi hermano aquí. Quiero oír su voz.

Oyó unas voces que hablaban en voz baja, al otro lado de la puerta.

—Su hermano tiene la pierna herida. Esperamos al médico.

—¿Cómo… cómo se lo hizo? ¿Qué sucedió?

—Lo encontramos escondido en las montañas. Trató de escapar, pero se cayó entre unas piedras.

Ahora estaba segura de que le mentían porque Jimmy no había ido a las montañas. Ni siquiera se habían dado cuenta de que faltaba un barco. No necesitaba una bola de cristal para imaginar sus intenciones. Desesperada, miró a su alrededor y se dio cuenta de que la ventana estaba abierta. ¿Podría escapar por el balcón? ¿Y después? ¿A dónde iría? De pronto vio el timbre en la pared. ¿Llamaría a Sofía? ¿Y qué podría hacer la doncella? ¿Acaso la presencia de otra persona no los asustaría? Cualquier cosa era válida.

—Tendrán… tendrán que esperar hasta que me vista —trató de ganar tiempo.

Cuando estaba en medio del dormitorio escuchó que empujaban la puerta, y se dio la media vuelta.

Eran dos hombres. Theo, el individuo de labios gruesos y los

ojos claros y otro que tal vez era su hermano menor. Theo se humedeció los labios con la lengua.

—Estamos aquí para hacerte compañía.

—Se equivocaron —los agredió con voz de hielo—. Salgan de aquí los dos, ahora mismo —era un intento desesperado, pero quizá se amedrentarían con un alarde de intrepidez. Los hombres que atacaban a las mujeres, en el fondo eran unos cobardes.

—No es muy amable, ¿verdad? —le comentó Theo a su acompañante—. Tendremos que hacer algo, ¿no crees?

Carrie tuvo la tentación de tocar el timbre, pero Theo tiró del cabello de la chica, haciéndola gritar.

—Grita tan fuerte como puedas —rió con burla—. Nadie te oirá desde aquí —su aliento era insoportable y ella trató de apartar la cabeza. El hombre le hizo una seña a su acompañante, quien se paró detrás de ella para torcerle los brazos. Carrie trató de gritar de nuevo, pero una mano sudorosa le cubrió la boca, causándole náuseas.

No merecía la pena fingir que no tenía miedo. Era consciente de lo que intentaban, y casi se desmayó de horror cuando Theo le rasgó el camisón, dejándola expuesta a su mirada lasciva. Por interminables momentos, sintió un hormigueo en la piel mientras los ojos de Theo la recorrían con avidez.

—Su hermano me golpeó y me dejó atado, señorita Stevens —se aflojó el cinturón—. Después le ajustaré las cuentas, pero por el momento, mi hermano y yo vamos a divertirnos un poco contigo. Nikos ya ha tenido su oportunidad y ahora nos toca a nosotros.

Aterrorizada, sintió que las fuerzas la abandonaban. Oyó unas voces y cuando el hombre detrás de ella, de forma inesperada la soltó, ella se desplomó en el suelo sobre las rodillas.

—¡Canallas! —la voz desde la puerta era una explosión de furia y, controlando la respiración, Carrie levantó la cabeza en el momento en que Nikos se lanzaba encima de Theo para darle un puñetazo tan fuerte, que le abrió el labio superior.

—¡Cielos, Nikos! —Theo retrocedió—. Sólo nos estamos divirtiendo un poco.

—¿Creéis que violar a alguien es divertido? —gritó Nikos.

—¿Por qué te preocupas por ella? —Theo protestó furioso—. Es una basura al igual que su hermano. Por eso fuiste a buscarla, ¿no es verdad? Para enseñarle a…

—¡Cierra tu boca asquerosa! —Nikos los miró a los dos con rabia incontrolable—. ¡Os atrevéis a llamarla basura! Ninguno de los dos es digno de lamer el barro de sus zapatos. La única basura que hay sois vosotros.

Se arrodilló y le tocó a Carrie con suavidad el hombro.

—¿Puedes levantarte, Carrie?

Hizo el intento de hablar, pero estaba tan emocionada, que tenía la garganta cerrada. Con lentitud, inclinó la cabeza.

—Bueno… —Nikos le ayudó a levantarse y miró a los hombres que caminaban con nerviosismo hacia la puerta—. Quedaos ahí —gruñó amenazador—. Aún no he terminado con vosotros.

Ayudó a Carrie a sentarse en el borde de la cama y la cubrió con el camisón roto.

—Habéis manchado el nombre de los Spirakis. Quiero que os vayáis de esta casa en este momento. Os iréis con lo puesto. Todas vuestras pertenencias… coches, barcos, acciones en el negocio… han dejado de perteneceros. Si alguno de los dos se acerca a cinco kilómetros de esta finca, se arrepentirá. Ahora, largaos.

Los dos hombres se miraron uno a otro con incredulidad.

—¡No puedes hacernos eso! —protestó Theo—. No vamos a perder todo por esa…

Nikos caminó hacia ellos, lo cual fue suficiente para que salieran corriendo del dormitorio.

El corazón de Carrie latía con fuerza y aún temblaba mientras él la ayudaba a ponerse de pie y la acunaba con cariño entre sus brazos. Por un instante, el hecho de que un hombre, aunque fuera él, la tocara, la hizo sentir una sensación de miedo, e hizo un intento de apartarlo.

—No, cariño —susurró—. Ya se han ido. Ahora estás a salvo.

Lentamente el temor desapareció, y los masculinos brazos que

con anterioridad parecían aprisionarla, ahora eran una barrera protectora contra el resto del mundo. Nikos le acarició con suavidad el cabello para tranquilizarla y ella hundió el rostro contra su pecho. Los firmes latidos del corazón de él le dieron fuerza.

—Intentaban… —se le hizo un nudo en la garganta—. Llegaste justo a tiempo. ¿Cómo… cómo lo…?

—Sofía me lo dijo —aclaró con voz tranquila—. Los oyó hablar y después se dio cuenta de que venían hacia aquí.

—Dios bendiga a Sofía —señaló agradecida—. Les… pedí que se fueran, pero derribaron la puerta.

—Creo que fui muy indulgente con ellos —refunfuñó—. Debería…

—No, Nikos —le tranquilizó—. No te metas en problemas por culpa de ellos. No… merecen la pena.

—Tienes razón. Son una basura —le acarició de nuevo el cabello —. Estás a salvo y es lo único que me importa. Trata de olvidarlo.

Otro escalofrío se apoderó de ella. Era fácil sugerirlo, pero nunca podría olvidar esa noche.

Sofía entró en el dormitorio. Vestida con una bata, su rostro estaba pálido mientras miraba a Carrie.

—¿Puedo ayudar en algo, señor Spirakis?

—Sí, Sofía —inclinó la cabeza, agradecido—. Trae un poco de brandy y leche caliente para Carrie. Después, prepara otro dormitorio para ella con otra cama para ti, porque deseo que te quedes con ella el resto de la noche.

Una vez que la doncella se fue para cumplir sus órdenes, tomó a Carrie de la barbilla y le dio un suave beso en la boca.

—Te fallé, cariño —susurró—. Te aseguré que en esta casa estarías segura, y me equivoqué. ¿Me podrás perdonar?

—Nikos… es la segunda vez que me llamas «cariño» —tragó saliva y lo miró a los ojos—. ¿Es sólo una palabra, o lo dices en serio?

El la besó otra vez como si fuera la respuesta, pero no fue así. El amor era para los cretinos, había dicho él. Y Nikos Spirakis no lo

era.

Capítulo 9

El sol entraba por la ventana abierta y despertó a Carrie, quien se levantó con dificultad. Sofía estaba ahí con una taza de café caliente en la mano y una expresión de inquietud en la cara.

—Buenos días, Carrie. ¿Cómo está? Nikos desea saber si durmió bien. Le aseguré que sí, pero supongo que no me creyó.

Mientras Carrie alargaba la mano para tomar el café, los acontecimientos de la noche anterior se agolparon en su mente con angustiosa claridad. El recuerdo de aquellos ojos claros devorando su cuerpo… su mal aliento… la mano caliente y sudorosa sobre su boca… el consuelo de los brazos de Nikos alrededor de ella. Después de una experiencia como ésa, habría sido lógico que no hubiera pegado ojo en toda la noche, pero gracias a la leche tibia y al brandy, lo había logrado.

—Dígale que estoy bien —susurró.

—Magnífico. Podrá decírselo usted misma, una vez que las cosas se tranquilicen abajo.

Carrie tomó un sorbo de café y al ver la cara de Sofía se dio cuenta de que la joven estaba ansiosa por contarle las noticias.

—¿Qué sucede? —preguntó de inmediato, preguntándose si estaban relacionadas con su hermano.

—Nikos ya se ha dado cuenta de que falta un barco —Sofia se sentó en el borde de la cama después de mirar con nerviosismo a la puerta—. Lo acaban de descubrir y, según él, todos son unos inútiles, incluso su tío. Está furioso y después de lo que les hizo a sus primos, están aterrorizados de que les suceda lo mismo.

—¿De modo que todos están enterados de lo que me sucedió anoche?

—En un lugar como éste, hay muy pocos secretos —la doncella levantó los hombros.

—Eso significa que cuando me vaya, todos hablarán a mis espaldas, y se reirán de mí.

—No será así —le aseguró Sofía—. Todo el personal está

contento de que esos dos cerdos se hayan ido. Piensan que Nikos debe respetarla mucho para haber hecho eso, y de ahora en adelante usted va a ser muy popular aquí.

—No es mi intención quedarme aquí más tiempo del necesario —aclaró Carrie con voz sombría, ya que ahora las posibilidades de robar un barco eran muy remotas. Debía planear otra cosa.

—Ya lavé y planché la ropa que traía cuando llegó aquí —le informó Sofía—. Mientras se da una ducha, iré a traerla.

—Sí… —susurró Carrie, su mente estaba a millones de kilómetros de distancia—. Gracias, Sofía. Eres muy amable.

Nikos desayunaba unos huevos revueltos en el mirador, cuando ella llegó.

—Buenos días, Carrie —le señaló la silla frente a él—. Por favor siéntate. ¿Tienes hambre?

—Gracias. Los huevos parecen deliciosos. Tomaré unos —su apariencia no era mala, reconoció contra su voluntad; estaba más guapo que nunca. Por lo que Sofía le había dicho, esperaba encontrarlo furioso.

—Me alegra —llamó al sirviente que estaba cerca de ellos—. Temía que después de todo lo que tuviste que soportar anoche, no tuvieras…

—Preferiría que olvidáramos lo ocurrido anoche. Sólo me interesa el día de hoy —se sirvió un zumo de naranja de la jarra—. Sofía me informó que te falta un barco. Supongo que también le echarás la culpa a mi hermano. No satisfecho con robar a tu hermana, también se llevó uno de tus barcos —sonrió con sarcasmo —. Nunca me di cuenta de que Jimmy fuese un ladrón.

—Es el evidente sospechoso —afirmó Nikos, haciendo caso omiso del tono agrio de su interlocutora—. Incluso tú debes estar de acuerdo.

—¿No ha podido ser alguien del pueblo?

—Gente como ésa no se acerca nunca a esta propiedad — comentó con desprecio. Nikos la miró, haciéndola sentirse incómoda bajo ese examen penetrante. Sospechaba que su intento de confundirlo, había fracasado. Sólo le interesaba ganar tiempo…

para que Jimmy y Helen tuvieran la oportunidad de contraer matrimonio antes de que los encontraran. En la isla de Kati no había forma de llevar a cabo una ceremonia. Lo único que quedaba era esperar a que las cosas se enfriaran. Desde luego sólo eran suposiciones. Tal vez ya estaban casados, pero dudaba que Nikos desistiera de sus amenazas. Ya lo había visto en acción y sin duda agarraría a su hermana por el cuello y la arrastraría hasta la casa.

Llegó su desayuno y dio un suspiro de alivio al romperse la tensión. ¡Maldición, tenía demasiados problemas de qué preocuparse! Al menos a Helen no la habían dejado embarazada a la fuerza. Jimmy y ella estaban enamorados y ahora eran libres y con la edad suficiente para cuidarse.

—Seguiré con la suposición de que robaron el barco —Nikos bebió de su café, sin apartar la vida de Carrie.

—¿Dijiste que te «robaron» el barco? ¿Entonces ya aceptas que Helen lo ayudó?

Después de sonreír con ironía, él giró la silla para mirar al puerto. Al observar su perfil moreno contra el cielo brillante, Carrie sintió una vez más aquella atracción que la destruía. La noche anterior, sus brazos habían sido un refugio… un abrigo de seguridad y amor. Había sido tan amable… tan tierno. Pero ahora, al mirarlo, comprendió que había sido una ilusión.

Sólo una ilusión de una estúpida idealista.

—¿A dónde crees que se fue, Carrie? —le preguntó de forma inesperada, su voz cortó sus pensamientos como una navaja.

—¿Cómo podría saberlo? —Lo miró con inocencia—. Quiero decir, debe de haber dos mil islas…

—Tres mil —la corrigió.

—Ya ves. Si estuviera en tu lugar, me daría por vencido. Jamás los encontrarás.

—Mmm… —se frotó la sien con el dedo—. Quizá tengas razón. En ese caso, lo único que podemos hacer es esperar aquí hasta que Jimmy llegue para rescatarte de mis garras —la miró de reojo con esos ojos verdes.

—Es probable que tarde mucho tiempo —anunció con

indiferencia—. Me atrevo a asegurar que ya tiene demasiadas cosas en la cabeza, como para preocuparse de mí.

—Ojalá no te equivoques, Carrie —le lanzó la pulla con entusiasmo—. Cuanto más tarde en venir, mejor en lo que a mi respecta. Ya ordené que arreglen la villa para nosotros. De ahora en adelante, seré yo quien te cuide durante las noches.

Carrie se arreboló por su comentario.

—Sofía tiene miedo de perder su empleo —cambió de tema con rapidez—. Supone que como Helen ya no está aquí, ya no habrá trabajo para ella.

—Ayudó a tu hermano y a Helen a escapar, ¿no es verdad? —Nikos miró de nuevo a la chica.

—Es algo que debes preguntárselo tú mismo —respondió.

—Por supuesto que sí los ayudó. Helen siempre le tuvo mucha confianza. Eran amigas íntimas.

—¿Entonces supongo que la vas a despedir, como castigo? —Su voz revelaba un gran desdén—. Por una mera suposición, vas a quitarle su medio de vida.

—No seas ridícula —de nuevo se frotó la sien, como si tuviera dolor de cabeza—. No tengo intención de quitarle su trabajo. Por lo menos, ha demostrado lealtad. Quizá no ha hecho lo correcto, pero de todos modos es un detalle a su favor. También fue lo suficientemente perceptiva como para darse cuenta de lo que mis primos planeaban anoche, y el hecho de informármelo puso fin a sus intenciones. Si tuviera más gente tan valiosa, como ella, sería un hombre más feliz.

—Estará… encantada de saberlo.

—Temía que esta mañana te sintieras enferma, pero me doy cuenta de que ya te has recuperado de tu disgusto —se puso de pie y la recorrió con la mirada—. Estoy seguro de que vas a resistir.

—¿Resistir qué? —se levantó y frunció el entrecejo.

—Una visita alrededor de la finca.

—No. Te lo agradezco, pero prefiero quedarme aquí —una visita con él significaría estar solos y sabía cuál sería el probable desenlace.

—Estoy orgulloso de lo que hemos realizado aquí, Carrie. No te gustaría lastimar mis sentimientos, ¿verdad? —la sujetó con fuerza del brazo.

¿Por qué no lo había dicho antes? Lo último que deseaba era lastimar sus sentimientos; podría ofenderse y dejar de hablarle.

Diez minutos después, estaba sentada junto a él en una camioneta Land Rover que se dirigía hacia las montañas detrás de la casa. Continuaron su camino a lo largo de kilómetros y kilómetros de olivares y huertos, hasta que el camino asfaltado dio paso a un sendero polvoriento. Al fin detuvieron el vehículo y Nikos la ayudó a bajar.

El viento le alborotaba el cabello, obligándola a apartarlo de sus ojos mientras contemplaba el panorama frente a ellos. Desde ese lugar se apreciaba la enorme finca. Debajo de ellos estaba la espaciosa mansión blanca como salida de una juguetería, más allá el puerto y más lejos, el brillante mar azul donde se reflejaba el sol de media mañana. Carrie miraba la costa de norte a sur.

—Cincuenta kilómetros de cada lado —Nikos contestó la pregunta sobreentendida—. Todo es propiedad de los Spirakis.

Ella dirigió la mirada a Nikos.

—Mi bisabuelo comenzó todo —señaló la casa y en su voz se adivinaba un sereno orgullo—. Era un hombre joven, recién casado, cuando construyó una choza de madera, allí abajo, pero él y su esposa trabajaban de sol a sol. Cultivaron olivos, construyeron una prensa y vendían el aceite. Después, él adquirió un barco y pescaba durante el invierno. Sacaron adelante a su familia, trabajando duro, nunca le debieron ni un centavo a nadie, y vivían del sudor de su frente. Su hijo se hizo cargo de todo cuando ellos murieron. Ese hijo era mi padre. Ahora, nuestro aceite de oliva se vende en toda Europa y ese pequeño barco, se convirtió en una flota de barcos de carga y cruceros de lujo.

—Estoy impresionada —confesó ella—. Es un logro fantástico en sólo tres generaciones.

—Algo más que un logro, Carrie —opinó, sereno—. Es el resultado final de la misión y el trabajo arduo de un hombre —se detuvo y miró una vez más el panorama—. Quizá ahora comprendes lo que significa ser un Spirakis. No sólo el orgullo de

un apellido sino el patrimonio y la dura carga que llevo encima.

—¿Tratas de darme lástima? —preguntó con amargura.

—No deseo causar lástima —su cara se endureció un poco—. Pero sí esperaba comprensión.

Carrie contempló el paisaje una vez más. El imperio de Nikos. Su responsabilidad. La pesada carga.

—Lo único que mi padre nos dejó a mi hermano y a mí fue un viejo barco pesquero en pésimo estado y muchos amigos pobres, pero sinceros. Pienso que nuestra herencia fue mejor que la tuya.

Algo brilló en los ojos de Nikos y una sombra fugaz cruzó sus facciones. No era dolor ni ira, sino algo más profundo como si ella hubiera rozado un nervio y, por un momento, se miraron en silencio.

—Quiero hacerte el amor, Carrie. Aquí y ahora.

Aunque presentía que eso iba a pasar, la franqueza conmocionó a Carrie, quien sonrió con desdén.

—Entonces, ¿estás decidido a dejarme embarazada? ¿Sigues con la intención de cumplir con tu deber?

—No —dijo con voz amable—. Ninguno de esos dos motivos.

—Ya te dije que… —le costó trabajo hablar.

—No me interesa lo que dijiste —de pronto Nikos se movió y ella se encontró en sus brazos.

—¡Bájame! —Con los puños le golpeaba el pecho—. ¡Te lo advierto, Nikos! No voy a permitir que…

Nikos la besó en la boca.

—Rodéame el cuello con los brazos y deja de discutir.

Nikos comenzó a caminar hacia la montaña con pasos seguros, como si ella no pesara nada.

Cuando subieron a la cima, Nikos la bajó y de la mano la llevó hacia una cabaña desvencijada. Con la boca seca y el corazón acelerado, Carrie comprendió que ya era demasiado tarde para correr y observó que Nikos sacaba una llave para abrir la deteriorada puerta de madera.

Desde el exterior, el lugar daba la impresión de ser una ruina, pero una vez en el interior, comprendió que estaba equivocada. La cabaña estaba revestida con paneles de madera de pino y una alfombra mullida cubría el suelo. Los estantes estaban alineados en una pared junto a una cadena de música y un televisor. En la única habitación no había cama, sólo un diván cubierto con una piel de oveja.

—Todos necesitamos un lugar solitario de vez en cuando —señaló él, después de observar por un momento la expresión de Carrie—. Algo fuera de las presiones mundanas. Este es el mío.

—Es… muy bonito —murmuró—. Yo me conformo con meter la cabeza debajo de la manta.

—Esa es una de las cosas que me gustan de ti, Carrie. Ese extraño sentido del humor inglés.

—Es característico de nuestro carácter —explicó—. Siempre nos enfrentamos a los malos momentos con una frase graciosa. Pensé que todos lo sabían.

La atrajo hacia él, hasta que una vez más sintió que se ahogaba en las profundidades de aquellos ojos llenos de deseo.

—Tu peor momento fue anoche, cuando llegué a salvarte —le recordó—. ¿O ya lo has olvidado?

—Casi —tragó saliva con dificultad—. Gracias por recordármelo. Supongo que piensas que ahora te mereces una recompensa. ¿Verdad?

Sus cuerpos estaban muy juntos y ella sintió la manifestación del profundo deseo de Nikos. Su boca descendió de nuevo y ella entreabrió los labios. La lengua… y las manos de él… Las piernas de Carrie comenzaron a debilitarse y ese dolor insoportable comenzó a atormentarla.

—Por favor no me insultes, Carrie —apartó la boca para morderle con suavidad el lóbulo de la oreja—. No necesito recompensa por haber actuado como un hombre decente. Lo que ahora deseo es que te entregues de manera voluntaria, sin amenazas, sin promesas, sin cadenas.

—¿Por qué… debería hacerlo? —la voz de ella temblaba.

—Porque yo te quiero y tú me quieres —alegó—. ¿Qué otro motivo más sincero podría existir?

Los ojos de la chica brillaban de deseo y una vez más se sorprendió del poder de ese hombre para incitar un deseo irresistible en ella, y al mismo tiempo un impulso más fuerte de agradarlo y satisfacerlo.

—¡Maldición, Nikos! —Las palabras salieron a la fuerza de su garganta—. Conoces la respuesta. No… no puedo evitar quererte.

—Maravilloso… —susurró él—, esas eran las palabras que deseaba oír —resbaló las manos debajo de la camiseta y le desabrochó el sostén.

La desvistió con exquisita complacencia, quitándole cada prenda con un acompañamiento de besos en la piel. Cuando le bajó las braguitas, sus besos fueron más profundos e insistentes mientras su boca recorría la parte interior de su muslo hasta que ella gimió y echó la cabeza hacia atrás, temblorosa por la imprevista experiencia. La chica lo tomó del cabello y ahogó un grito. Cuando Carrie estaba casi al borde de un frenesí total, Nikos se puso de pie. Con suavidad la llevó hacia el diván y la tumbó. Mientras él se desvestía, ella lo contemplaba.

Una vez desnudo, Nikos se paró frente a ella, su piel brillaba como la seda. La ardiente mirada de Carrie admiró los músculos de sus muslos y su virilidad el estómago duro y, más arriba, el pecho y los hombros anchos. Parecía una espléndida creación enviada por los dioses para complacer sus deseos más vergonzosos e inexpresables.

Mientras se inclinaba sobre ella. Carrie abrió los brazos, y extendió los dedos como alguien que pide alivio. Con cuidado, él relajó su cuerpo moreno y flexible junto a ella y Carrie, con ansia, le cubrió la boca con la suya. Con la mano derecha, Nikos la empujó del trasero para acercarla más, haciéndola sentir la exuberante Carrie de su sexualidad sobre su muslo. Los senos estaban apretados contra el pecho de Nikos, los pezones hinchados y ansiosos. El olor y el sabor de él inflamaban los sentidos de la chica. Carrie levantó una pierna, y comenzó a deslizar la pantorrilla hacia arriba y hacia abajo del muslo de Nikos.

Un gemido casi animal salió de su garganta y apartó su boca de

la de ella.

—¡Te quiero, Carrie! —exclamó en voz baja.

Sintió una creciente frustración cuando él seguía atormentándola con la boca y la lengua, en vez de poseerla, pero entonces, se dio cuenta de lo que él quería. Se movió hasta quedar sentada ahorcajadas sobre él; las rodillas al nivel de su cintura. Él alargó las manos para cogerla de los hombros e hizo que se inclinara hacia delante sobre el diván; los senos, como fruta madura a punto de caer, estaban a unos centímetros de la cara de Nikos. Mordió uno de los pezones y se deleitó en una complacencia erótica, que a ella la hizo jadear de manera incontrolable. Le rodeó la esbelta cintura con las manos, las deslizó hacia sus caderas y con suavidad comenzó a levantarla. Cuando la boca de él solió el seno, Carrie se enderezó y comenzó a temblar por anticipado.

Sus movimientos no tenían nada que ver con la experiencia, los dictaba el instinto y la necesidad apremiante. Cuando la bajó con lentitud, Carrie se inclinó en medio de sus piernas para dirigirlo. La posesión lenta envió fuego a sus venas y pequeños gemidos de placer escaparon de sus labios entreabiertos. Nikos le frotó los pezones con los dedos.

Perdida en un océano de sensualidad, Carrie comenzó a surcar las olas de su propia pasión. Debajo de ella, Nikos de pronto gimió de placer y su cálida esencia se desbordaba en sus músculos contraídos. Arqueó la espalda, echó la cabeza hacia atrás y gritó con incredulidad mientras los espasmos continuaban. Con los ojos abiertos de par en par, jadeante, comprendió que él aún no había terminado ya que sus manos seguían apretándola y sus caderas se levantaban, y empujaban cada vez más profundo y rápido.

Cuando alcanzaron el clímax, ella estaba exhausta aún a horcajadas sobre él, su frente húmeda estaba apoyada sobre el pecho varonil. Con suavidad le levantó la cara para besarla en la boca, con ternura.

—Estoy agotada —al fin se enderezó poniéndole las manos en el pecho—. Siento como si hubiera corrido una maratón.

—Eres competente. Excepcionalmente competente —la miró con una sonrisa de satisfacción en la cara.

Su placer ya estaba satisfecho. Sin duda, su antigua auto

recriminación pronto vendría a visitarla.

—¿Qué quieres decir con eso de «excepcionalmente competente»? ¿Mejor que tus otras mujeres?

—Mucho, mucho mejor —arrastró las palabras—. De las mujeres que he conocido, sin duda tú eres la más apasionada.

Al ver el brillo de burla en sus ojos, toda la magia desapareció. Era una cretina y él se estaba riendo a costa suya. Se apartó de él y puso las piernas en el suelo.

—¿A dónde crees que vas? —le sujetó el brazo con la mano.

—A vestirme —lo miró con amabilidad—. Los dos hemos tenido lo que deseábamos, ¿no es verdad? Y ahora, todo ha terminado.

—Quédate aquí. Debemos hablar —se apoyó sobre un codo.

—Si se trata de algo relacionado con mi hermano y tu hermana, olvídalo. No tengo nada que añadir sobre ellos —se mordió un labio. Nikos deslizó los dedos hacia arriba y hacia abajo por el muslo de ella, obligándola a sujetarle la mano con firmeza y ponerla en otro sitio—. No empieces con eso de nuevo.

—¿Por qué me rechazas? —se las arregló para dar la impresión de que lo había lastimado—. Creí que estabas enamorada de mí.

—No seas… no seas absurdo —trató de soltar el brazo, pero él lo sujetaba con demasiada fuerza, y ella lo miró con resentimiento—. Me estás haciendo daño.

—En ese caso, reconoce que estás enamorada de mí —demandó.

—Si no lo estoy, ¿vas a romperme el brazo? —se mofó—. Eso no demostraría nada.

—Está bien, Carrie —la soltó—. Ahora, reconócelo.

Sentía el corazón en la boca y apartó los ojos, incapaz de resistir el escrutinio de su mirada.

—Estás… estás loco —dijo entre dientes—. Tal vez… en alguna ocasión te confesé que me gustabas, pero eso fue en uno de mis momentos más débiles, antes de saber cómo eras —¿Cómo podía mentirle así?, pensó angustiada. Sinceramente amaba a ese hombre tan arrogante, pero esas palabras jamás saldrían de su boca. De nuevo la pondría en ridículo e insistiría en que el amor era para los

idealistas estúpidos, como ella.

De manera inesperada, se puso de pie, la tomó de la barbilla y la apretó con suavidad.

—Tienes la boca más perfecta del mundo —le aseguró—. ¿Por qué la ensucias llenándola de mentiras, cuando la verdad es tan evidente en otras cien formas?

—¿De verdad? —le apartó la mano.

—Por supuesto. Acabas de demostrarlo.

—Mira… me gustaría vestirme, si no te importa —se arreboló.

—Sí me importa —sonrió con burla—. Me gusta verte así.

—No lo dudo. Pero me da vergüenza.

—Cuando estábamos a bordo del Miranda, no sentías vergüenza.

—Era distinto.

—Es sólo un estado de ánimo, Carrie. Si recuerdas lo que nos hacíamos el uno al otro hace unos cuantos minutos es bastante quisquilloso por tu parte sentir vergüenza delante de mí —su mano ahora hacía un trazo entre la nuca y el final de su espalda, pero ella lo ignoró, porque si trataba de levantarse él se lo impediría. De todos modos, Nikos tenía razón. Se estaba comportando como una colegiala en vez de como una mujer adulta.

—¿Sabes por qué te traje aquí, Carrie?

—Sí, más o menos tengo idea —susurró al tiempo que miraba su ropa sobre el suelo.

—¿Supones que sólo para hacer el amor?

—No. Se me olvidaba. Querías enseñarme tu imperio, ¿no es cierto? Pretendías que entendiera tus «obligaciones» y la terrible carga que tienes que soportar.

—Es verdad. Deseaba que supieras por qué un Spirakis no puede enamorarse.

—Sí. Por favor no me hables otra vez de eso, Nikos. Estoy harta de oírlo. De todos modos, tengo la seguridad de que hay muchas jóvenes adecuadas, de buena familia, deseosas de unirse a tu apellido y compartir tus responsabilidades.

—¿Y a pesar de saberlo, accediste a hacer el amor conmigo?

—¿Me quedaba otra alternativa? —preguntó enojada.

—Pudiste negarte —señaló, tranquilo—. No estabas bajo ninguna amenaza, ni presiones, ni ataduras. ¿Recuerdas? Ahora comprendo que a pesar de tener todas las razones del mundo para odiarme y despreciarme, te entregaste libremente. Quiero saber por qué.

Sus ojos azules brillaron como zafiros y apretó los puños en señal de frustración. No tenía derecho de someterla a esa clase de interrogatorio. Ya conocía los secretos de su cuerpo, pero eso no era suficiente para él, porque deseaba también usurpar su mente.

—Dímelo, Carrie —su voz ahora parecía más áspera e insistente —. Es importante. Tengo que saberlo.

—¡Está bien! El motivo es que lo deseaba —se paró con rapidez y recogió su ropa interior—. No aparentes desconocer el efecto que ejerces en las mujeres. No soy distinta de otras… conquistas. Algo más para presumir.

—El sexo es un asunto raro, Carrie —sonrió mostrando su blanca dentadura—. Se supone que es un acto de amor, pero en la mayoría de los casos es un acto de egoísmo, y mucha gente se entrega a él, por el placer que reciben. Pero no es tu caso. Estabas tan preocupada por complacerme, como a ti misma. Solo las personas enamoradas lo hacen.

Él terminó de vestirse.

—Esa fue la verdadera razón por la que te traje aquí —añadió—. Para averiguar tus verdaderos sentimientos. Aunque sigas negando que me amas, sé muy bien lo que existe en tu corazón.

—Supongo que ahora estás contento —lo increpó con amargura —. Tu victoria es completa. No sólo existe una posibilidad de que hayas dejado embarazada a una estúpida, sino que también está enamorada de ti —una lágrima rodó por su mejilla y, enfadada, la enjugó.

—Estás totalmente equivocada, Carrie —sacudió la cabeza—. Si quieres enterarte de la verdad, yo…

—¡Verdad! —gritó—. ¿Qué demonios sabes de la verdad? ¿O de

la decencia? ¿O del respeto por los sentimientos ajenos? Aunque me hayas salvado de la violación de tus dos primos, hay muy poca diferencia entre ellos y tú. No me sorprende que tu propia hermana no desee saber nada de esta familia —otra lágrima rodó por su mejilla—. Espero que termines casándote con una bruja de negros sentimientos, que convierta tu vida en un infierno.

—Quizá lo haga, después de la forma en que la he tratado —suspiró pesadamente.

—¡Fantástico! —Le lanzó la pulla—. Le deseo felicidad.

En sus ojos y en su sonrisa había algo que ella nunca había visto antes. ¡Calidez! No la acostumbrada ni el sarcasmo que parecía formar parte de su personalidad. Carrie lo miró, preguntándose qué pasaba por aquella mente diabólica. ¿Alguna otra forma de humillarla? No era posible, no con una sonrisa como ésa. Su confusión aumentó al verlo extender los brazos.

—Ven, Carrie.

—¿Por… por qué? —la boca se le secó y lo miró con desconfianza.

—Porque es adonde perteneces.

—Te lo advierto, Nikos. Deja de burlarte de mí. Ya no soporto más.

—No es una burla, Carrie —le aseguró con voz tranquila.

—Sí, lo es —le clavó los ojos de forma retadora—. Ahora… ya te conozco.

—Vas a tener que aprender a no discutir conmigo, Carrie —suspiró con dulce desesperación—. Por lo menos en público. No deseo que la gente opine que Nikos Spirakis no puede controlar a su esposa.

Prefirió guardar silencio, temerosa de decir algo inadecuado. Parecía como si… como si… Pero no era posible. Había oído mal.

—¿Qué pasa? —Frunció el entrecejo—. No has oído lo que te he dicho. ¿O no deseas convertirte en la señora Spirakis?

¡Ahora ya no había error! ¡Le estaba pidiendo que se casara con él! Se humedeció los labios con la lengua, llena de nerviosismo.

—¿Por qué? —preguntó al fin—. Quiero decir… después de todo lo que dijiste sobre… —se quedó sin palabras. Si le pedía que se casara con él quizás era porque le daba lástima, o por el hijo que tal vez llevaba en su vientre…

—Porque te amo, Carrie.

—Pero… pero mencionaste que… tu deber…

—Estaba equivocado por completo. Carrie. ¿Vienes a mis brazos o tengo que obligarte?

Dio un paso hacia adelante, después otro y sin darse cuenta los brazos masculinos la rodearon.

Incluso en ese momento, no confiaba en la evidencia de sus propios ojos o sentidos. No podía permitirse creer en lo imposible. ¡Estaba soñando! ¡Sí, era un sueño! Habían hecho el amor en el diván y ella se había quedado dormida entre sus brazos. En cualquier momento despertaría. Y sin embargo… era tan real. Sentía la fuerza de sus brazos… oía los latidos de su corazón… percibía su aliento cálido sobre la mejilla.

—Aún no me has contestado, Carrie —susurró él.

—Sí, Nikos. Me casaré contigo —la emoción le agarrotaba la garganta—. Si estás seguro… quiero decir… completamente seguro de que me amas.

—Gracias a Dios —dijo en tono ardiente y Carrie pudo percibir el alivio que invadía el cuerpo de él—. Después de la manera en que te he tratado, nunca imaginé que podrías perdonarme.

—Ni yo tampoco, Nikos. Pero nunca supuse que un hombre como tú se enamorara de mí.

—Oh, estoy enamorado de ti, cariño. No lo dudes ni por un minuto —su voz estaba cargada de reproche—. No ocurrió de inmediato, amor mío. Al principio fue sólo un… sólo un sentimiento que trataba de ignorar. Pero durante la tempestad, el sentimiento se convirtió en algo más sólido. Algo que no podía pasar desapercibido más tiempo. Pero no podía permitir que ocurriese —soltó una carcajada de desaprobación contra sí mismo—. Traté de explicártelo… incluso cuando estaba diciendo tonterías sobre mi deber y el honor de mi familia, las palabras se pegaban en mi garganta. Y anoche me di cuenta de la clase de honor familiar que

estaba decidido a defender.

—No, amor mío —colocó un dedo sobre sus labios para calmar el dolor de la culpabilidad—. Tú no tuviste la culpa. No eres responsable de las acciones de esos…

—No. Estás equivocada. Yo soy el responsable. Aunque nunca me gustó Theo, deliberadamente cerré los ojos a la clase de hombre que era porque se trataba de un Spirakis, y la lealtad familiar siempre había sido lo primero —le acarició el cabello y la miró a los ojos—. Ahora sé lo equivocado que estaba. En una ocasión te comenté que era un realista, pero tardé mucho en comprender la verdad.

—¿Qué verdad? —se puso de puntillas para besarlo con ternura.

—Que el amor es más fuerte que la lealtad ciega —le devolvió el beso y continuó—: Mis bisabuelos, que empezaron todo esto se amaban, y debió de ser ese amor el que los sostuvo durante aquellos años de arduo trabajo y privaciones. Pero parece que la familia Spirakis ha olvidado esa verdad y lo único que les interesa es su propia vanidad. Todo eso va a cambiar Carrie. Tú y yo nos encargaremos de ello.

Era el discurso más largo que ella había oído, y estaba segura de que le brotaba del corazón. Su único deseo era que su hermano aún estuviese vivo para atestiguar eso, porque ahora Nikos y él se llevarían bien.

Su pulso acelerado comenzaba a normalizarse, ya que todos sus temores y dudas habían desaparecido, y en su lugar se hallaba un sentimiento de felicidad. Sólo faltaba algo por solucionar.

—¿Y en relación con Helen y Jimmy?

—Ah, sí. Nuestro par de amantes fugitivos —declaró pensativo —. Tengo con ellos una enorme deuda de gratitud. Carrie. De no haber sido por ellos, mis ojos jamás se habrían abierto al amor. Y nunca te habría conocido.

—Ansío conocer a tu hermana, Nikos —le sonrió de manera extraña—. Tengo una idea… Estoy segura de dónde se encuentran. Por qué no zarpamos desde aquí y…

—Creo que es mejor que se queden con Kati unos días más. Después los traeremos de regreso.

—¿Cómo sabes que están en la isla de Kati? —preguntó, asombrada.

—Cuando supe que Jimmy había robado un barco, me pregunté a dónde se habrían dirigido. Supuso que mandaríamos gente al Egeo a buscarlos, de modo que sin duda estaban en una isla aislada, donde se sintiera seguro —le dio un beso en la frente para tranquilizarla—. Tan pronto como el Miranda esté listo, iremos a darle las buenas nuevas. Si aún no están casados, arreglaremos una boda doble.

—Pero… el Miranda está listo para salir de inmediato.

—¿Y arruinarles su felicidad? —levantó una ceja—. Están en una isla apartada con una playa preciosa. Están enamorados y tienen que recuperar el tiempo perdido. Si estuvieras en su lugar, ¿te agradaría recibir visitas?

—Supongo… que tienes razón —sonrió un poco avergonzada—. Nunca lo consideré desde ese punto de vista.

—En cuanto al Miranda… —la tomó de la mano y caminó en dirección a la puerta—. Sígueme. Tengo una sorpresa para ti.

Bajaron por la montaña rumbo a la camioneta. Nikos sacó unos prismáticos de la guantera y se los entregó.

—Observa tu barco y dime qué ves.

—Hay hombres en la cubierta, Nikos —le informó ceñuda—. ¿Qué le están haciendo a mi barco?

—Cumplen órdenes que les di esta mañana —la miró de reojo y sonrió para disculparse—. Incluso antes de que accedieras a casarte conmigo, hice planes. Esos hombres van a hacerle un arreglo completo al Miranda. Cuando terminen, el camarote será tan bueno como el de cualquiera de nuestros cruceros de lujo —después de quitarle los prismáticos los dejó en la camioneta y la rodeó por la cintura—. El Miranda es un magnífico barco. Aunque sus mejores tiempos ya han pasado, jamás terminará en un montón de chatarra mientras tú y yo vivamos, amor mío. Nos ha dado demasiados buenos momentos.

—¿Por ejemplo la vez que arreglaste el timón y tuve que enjabonarte la espalda?

—La forma en que luchó contra la tempestad —la apretó con más fuerza—. Y la primera vez que hicimos el amor en cubierta… bajo las estrellas.

—Y la mañana siguiente —le recordó—, cuando me tiraste por la borda… y yo estaba segura de que me ahogaría, pero me salvaste… a tu manera.

Se miraron a los ojos compartiendo los recuerdos… las risas… el peligro… el amor. Sus labios al fin se encontraron con una ternura que expresaba todo. Después de lo que habían sufrido, ese amor sería eterno.

Fin